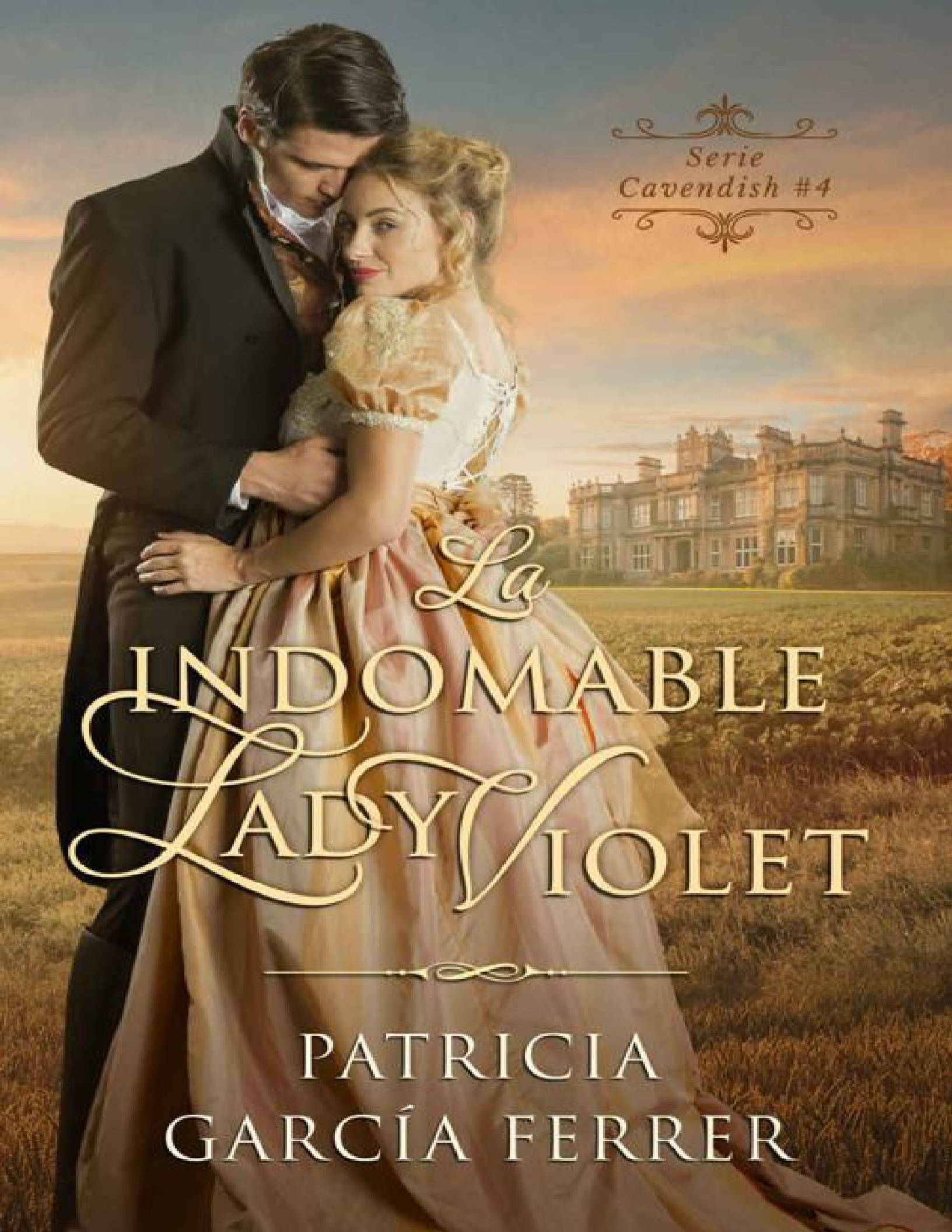
Serie
Cavendish #4
La
INDOMABLE
LADY VIOLET
PATRICIA
GARCÍA FERRER

(Serie Cavendish #4)

PATRICIA GARCÍA FERRER

Copyright © 2024 Patricia García Ferrer
Todos los derechos reservados
Diseño de la cubierta: Kramer
Corrección: Tania Moreno
Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición: noviembre 2024
ISBN: B0DKNQKMP6
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y los siguientes del Código Penal).

"Yo te miro y se me corta la respiración. Cuando tu me miras se me sube el corazón. En silencio tu mirada dice mil palabras. Esta noche te suplico que no salga el sol." "Bailando", Enrique Iglesias

Capítulo 1

Lady Violet Cavendish tenía poco juicio para determinar qué era lo más conveniente para ella, además de una clara incapacidad para tomar decisiones sensatas y racionales. Era una joven superficial, vanidosa e impulsiva, y poseía predilección por los escándalos, los retos y la falta de compostura. Sin duda alguna, cualidades que había observado desde niña de su hermana mayor, Susan, y que su padre, para su suerte o desgracia, había sido incapaz de corregir. La ausencia de Charlotte, la mayor de las herederas Cavendish, tras su casamiento, había desprovisto a la casa familiar de su buen juicio, y eso había permitido al resto de hermanas campar a sus anchas entre los salones de té y bailes sin una pizca de control.

En ese instante, Violet se encontraba en el dormitorio que compartía con su hermana menor, tratando de conciliar el sueño. Resultaba una ardua tarea, pues un solo pensamiento trastocaba sus posibilidades de descanso: la temporada social estaba a punto de comenzar, y ella debía convertirse en la joven más notable y admirada de los encuentros públicos.

Al contrario que su hermana Heather, quien odiaba ser el centro de atención, Violet disfrutaba en gran medida de las miradas, los coqueteos y, si la ocasión lo requería, de una conversación furtiva con algún caballero que la pretendiera.

Como toda jovencita en edad casadera, ansiaba contraer matrimonio, aunque por razones muy distintas a su querida Heather. Ella no llevaba enamorada del mismo joven desde la infancia, y nadie le había robado el corazón hasta el punto de suspirar por él a cada instante. Violet buscaba algo apasionado, intenso. Algo que lograra hacerle perder la razón. Pero, para su desgracia, ninguno de los hombres que había conocido en los últimos años había logrado alcanzar esa minúscula condición. Desde luego, que el caballero en cuestión tuviera fortuna debía darse por sentado, pues no aceptaría una propuesta de matrimonio con alguien que no ostentara, al menos, una fortuna igual o superior a la suya. ¿Qué sería de la incomparable Violet Cavendish entonces?

Con los ojos abiertos y sin poder quitar la mirada del techo, rezó para que, durante esa temporada, llegara a la zona un hombre bien parecido, con la mirada tan profunda como el mar, adinerado, y con pretensiones de casarse con una joven guapa y talentosa como ella, para que todos sus sueños pudieran hacerse realidad.

Puede que Violet Cavendish tuviera sus aptitudes en gran estima, mas su mente se hallaba repleta de ilusiones y no deseaba perderlas por primer caballero que solicitara su mano en matrimonio. No podía negar que varios jóvenes habían pretendido a escondidas conseguir sus atenciones, y ella había aceptado sus halagos. Sin embargo, ninguno de ellos le había proporcionado la sensación que ella buscaba. Deseaba algo que la perturbara desde los mismos cimientos. Quería romanticismo, quería pasión; quería intensidad y besos furtivos; quería secretos y quería… quería mucho más de lo que había leído en sus novelas románticas.

—Si no dejas de darme patadas, tendré que pedirle a padre que me dejen cambiarme a la habitación de Heather. ¡No puedo aguantarte más! —gritó Isabella cansada de tener que escuchar

los constantes suspiros de su hermana. De alguna forma, podía incluso escuchar sus pensamientos en voz alta.

—No puedo evitarlo, Bella —reconoció Violet mordiéndose una de sus uñas, una manía que Charlotte había intentado con ahínco arrebatarle desde niña, pero los nervios de la joven eran más poderosos e imperantes. No podía evitarlo—. Estoy nerviosa.

—Y se puede saber, ¿qué es tan importante como para que te mantenga en ese estado durante toda la noche? —inquirió Isabella con un suspiro de derrota.

—¿No estás emocionada por la nueva temporada social? —preguntó Violet entusiasmada, sentándose de golpe en la cama y provocando que su hermana casi gritara del susto—. Puede que tú no te fijes en ello, pero yo estoy deseosa de averiguar las maquinaciones a las que recurrirán las madres de la alta sociedad esta vez para lograr emparejarme con alguno de sus hijos mientras yo los rechazo uno por uno.

—Eres mala persona.

—No soy mala persona. Soy… selectiva —reconoció con tono altivo. No le importaba lo que las señoras opinaran sobre ella. Era la gran Violet Cavendish, y esta sería su temporada—. Sí, eso. No puedo casarme con alguien que no esté a la altura.

—Claro, claro. Tú y tu magnífica lista… —respondió con ironía Isabella mientras ponía los ojos en blanco. No podía creer que, después de tantos años, su hermana se mantuviera firme en las mismas ambiciones.

—Las damas debemos tener aspiraciones, y las ideas bien claras. Es algo que padre siempre nos ha inculcado.

—¿Y desde cuándo tú haces caso a lo que padre dice? —inquirió su hermana arqueando una ceja.

—No tiene importancia. Este verano conoceré a un joven y por fin podré casarme. Si es un duque o un marqués estaría complacida, y seguro que padre aceptaría el casamiento. Aunque últimamente escasean los herederos y los solteros con título…

—¿Qué opinas del conde de Derby? Parece un hombre muy agradable.

—Desde luego, aunque no es muy elocuente. Sólo sabe hablar de caza y mosquetes. Demasiado aburrido —contestó Violet sin dudar.

—¿Y el conde de Essex?

—Demasiado bravucón. Apenas podría convivir con su gran ego. Alardea de gallardía, e intuyo que falsa valentía.

—Eres demasiado exigente —repuso Isabella, antes de seguir nombrando caballeros—. ¿Y qué me dices de ese atractivo caballero que conociste en la boda de Heather? Todavía recuerdo la vehemencia con la que me hablaste de sus ojos. No me dejaste dormir en toda la noche.

—¿Vehemencia? —preguntó Violet con indiferencia, para que su hermana no apreciara el rubor que había comenzado a subir por sus mejillas con la sola mención a dicho caballero.

—Desde luego. Por desgracia, no recuerdo al hombre en cuestión. Si hubieras tenido el tino de avisarme durante la ceremonia, al menos ahora sería capaz de juzgar sus virtudes físicas. Pero no lo hiciste. Así que debo conformarme con tus suspiros nocturnos.

—¡¿Suspiros nocturnos?! —bramó Violet enfadada. Por la forma en la que su hermana la miraba, estaba segura de que sus intentos por ocultar las reacciones que ese hombre le causaban no estaban siendo fructíferas. Isabella estaba jugando con ella. La estaba provocando a propósito.

—Por supuesto. Hace menos de un año que nuestra hermana se casó, y tienes la mala costumbre de comparar a cada caballero que hemos conocido desde entonces con él.

—¡No es cierto! Y tampoco hemos conocido a tantos jóvenes solteros desde entonces.

—¿Eso crees? Te pondré un ejemplo: Patrick Belfort, el hijo mayor del señor Belfort.

—¿El hijo del coronel?

—Sí. Si no recuerdo mal, dijiste que sus manos no eran tan fuertes ni toscas como las de cierto caballero —dijo Isabella con un brillo travieso en su mirada.

—No lo recuerdo —mintió Violet con rapidez.

—¿Y el hijo de Archibald West? Si la memoria no me falla, sus ojos no transmitían la profundidad de sus sentimientos. Tus palabras, no las mías —añadió rápidamente, sin darle tiempo a su hermana para una réplica—. ¿O eso lo dijiste del segundo hijo del nuevo cliente de padre? ¿Cómo se llamaba…? ¿Franklin? —Isabella fingió estar pensando, con una mano en su mentón—. No. El pobre Franklin era demasiado bajo como para montar a caballo, y considerabas que no podría ser tan diestro jinete como…

—La falta de sueño ha debido de afectarte más de la cuenta, querida hermana —dijo Violet interrumpiéndola, tratando de quitar importancia al comentario de su hermana. La sola imagen del caballero en cuestión, vagando de nuevo por su mente, le provocaba un escalofrío placentero—. Será mejor que nos centremos en dormir —ordenó, tumbándose en la cama de nuevo y zanjando cualquier posibilidad de conversación. No le gustaba que su hermana le sacara los colores, ni mucho menos que averiguara sus pensamientos.

—Di lo que quieras, querida hermana. Aunque algo me dice que esta noche soñarás con…

—Eres insufrible, Bella —la interrumpió Violet de nuevo, exasperada.

—Puede que sea insufrible, pero soy la última hermana confidente que tienes, así que harías bien en dejarme descansar por las noches —concluyó Isabella.

—Buenas noches —respondió de forma tajante Violet.

Odiaba que Bella tuviera razón y, en esa ocasión, cada palabra era certera. Su enfado había aumentado conforme evidenciaba dichas comparaciones. A decir verdad, ni ella misma había sido consciente de que las había hecho. Y, por supuesto, esa noche soñaría con esos ojos tan profundos como el mar. ¿Qué le había hecho ese hombre como para condicionar tanto su visión del sexo masculino?

Violet maldijo en silencio su fortuna y se prometió a sí misma que, dado que el misterioso hombre no había hecho acto de presencia en los meses siguientes al enlace de su hermana, sus posibilidades de volver a verlo eran ínfimas y que, por tanto, debía centrarse en lo que verdaderamente importaba: encontrar un marido que cumpliera sus pretensiones.

Como Isabella Cavendish había vaticinado, la joven Violet apenas logró encontrar descanso en sus sueños, pues un intenso mar azul había sido dueño de cada instante. Sin embargo, Violet se levantó apenas unos minutos más tarde que su hermana y, fingiendo un renovado descanso, bajó al comedor para desayunar tras cambiar su atuendo.

Como era habitual, su padre había organizado su jornada diaria manteniendo separado su propio desayuno del de sus hijas. Desde la marcha de Heather, su última hija con una pizca de sensatez, prefería que sus primeros minutos del día no estuvieran dominados por los gritos y discusiones de sus descendientes más jóvenes. Durante años, había tratado de inculcarles que

madrugar era una cualidad admirable en una dama de su posición, pero, sin responsabilidades reales de las que hacerse cargo, ambas jóvenes eran demasiado frívolas para su bien. Para su vergüenza, él mismo había sido el causante de tal permisividad.

El conde Cavendish había trasladado la mayor parte de las obligaciones propias de la señora de la casa a su ama de llaves y a su mayordomo, dos personas de su total confianza que le habían acompañado durante los últimos treinta años. No confiaba en las capacidades de su hija Violet para llevar la casa, y maldecía su mala fortuna. Engañar a un futuro pretendiente acerca de sus grandes aptitudes sería una ardua tarea. ¡Pobre desgraciado!

Violet e Isabella terminaron de desayunar y pronto se dispersaron por la casa para hacer algunas tareas. Violet elaboró una lista de cosas que necesitaba de forma urgente para la temporada social. En verdad, sus vestidos estaban prácticamente nuevos; no obstante, no iba a permitir que sus posibles conquistas la encontraran repitiendo vestidos del año anterior. Por descontado, estaba segura de que los caballeros no apreciarían ese detalle, pero sí sus madres, hermanas y tías, así que era el día perfecto para solicitar una pequeña suma de dinero a su padre para tales menesteres. Los zapatos, por otra parte, eran los grandes sufridores de las noches de bailes y los paseos por el parque, y gracias a su intensa vida social estaban destrozados.

Como Violet había esperado, su padre se encontraba en su despacho y, tras varios argumentos muy bien fundamentados, que había preparado con diligencia y habilidad, logró una cuantiosa, aunque no tan esperada, suma de libras para cumplir sus caprichos. Por supuesto, la cuantía debía compartirse con las necesidades que su hermana menor también demandara, así que fue en su busca y ambas se prepararon para partir hacia el pueblo, esperando que no fuera demasiado tarde para hacer sus encargos.

Esa mañana de mayo, el clima era apacible y ligeramente soleado. En esa parte del país no se esperaba calor hasta dentro de algunas semanas, por lo que ambas salieron de casa con un chal cubriendo sus hombros y un pequeño paraguas hecho a mano para cubrirse de los escasos rayos del sol. Podían haber paseado en calesa hasta el pueblo, pero su padre la había requerido para asistir a una reunión de negocios en casa de su consuegro, el duque de Kent.

Violet pensó en la suerte que había tenido Heather al contraer matrimonio con el hombre al que amaba desde que era tan solo una niña, aunque no le quitaba mérito, pues alcanzar dicha felicidad había sido peliagudo, y enfrentarse a la duquesa no había resultado tarea sencilla. Violet esperaba que su plenitud y dicha no fueran tan costosas.

Apenas veinte minutos separaban la residencia Cavendish del pueblo, y antes de que pudieran darse cuenta se vieron envueltas en el ajetreo de la plaza, sus gentes y sus gritos. A Violet le encantaba ir de compras: lazos, zapatos, telas, bolsos, sombreros y tocados, guantes y enaguas… Todo lo que la hiciera lucir hermosa e irresistible debía estar en su ajuar, y más esta temporada, en la que había tanto en juego.

Primero acudieron a la tienda de telas para hablar con su modista. Sin duda, era la mejor de la zona, y tenía una demanda que garantizaba su sustento y el de su familia. No en vano, pues sus habilidades con el hilo eran incomparables, e incluso eran solicitadas por familias de todas partes del país, que viajaban a propósito hasta allí para solicitar sus servicios.

Tras más de una hora en el establecimiento, lograron encargar tres vestidos nuevos cada una para los diferentes eventos que tendrían durante la temporada. Eran insuficientes, por supuesto, así que debían conformarse con repetir alguno del año anterior con algún nuevo complemento que los hiciera parecer actuales, atendiendo a las sugerencias de la modista. Por su parte, la modista estaba encantada de que solo le hubieran encargado tres vestidos cada una, pues las hijas menores del conde eran tan antojadizas e impacientes que en alguna ocasión le habían

hecho cambiar el color de la tela, y, por tanto, el vestido completo, a dos días del evento en cuestión. Eran tan caprichosas como volubles.

Tras terminar con todos sus encargos, Violet y Bella estaban agotadas. Una mañana de compras podía resultar extenuante para unas damas, por lo que decidieron sentarse en uno de los bancos justo delante de la parroquia. Mientras conversaban sobre cuál sería el primer vestido que estrenarían, para el concierto de la temporada en la casa de la duquesa de York, Violet sintió cómo un extraño escalofrío recorría toda su espalda. Miró de un lado a otro y, por un instante, le pareció reconocer una mirada azul penetrante en el rostro de un joven que se alejaba a caballo hacia uno de los caminos. Sin darle la menor importancia, se giró y continuó conversando con su hermana, incapaz de apreciar que el vello de sus brazos se había erizado.

Capítulo 2

La ardua tarea de responder todas y cada una de las invitaciones que habían recibido en la residencia Cavendish para acudir a los múltiples eventos de la temporada, había sido larga y tediosa para Violet. Demasiada prosa para algo que la joven podía resumir con facilidad. Todos sus pensamientos se hallaban en ese momento orientados a los preparativos para el primer evento de la temporada.

El concierto en la residencia York era el pistoletazo de salida de toda la temporada en el condado, y reunía a toda la alta sociedad y personas de interés. Por desgracia, conocía a la anfitriona —la suegra de su hermana— desde que era niña y siempre había odiado la forma tan pretenciosa con la que hablaba la señora, la mordacidad de sus comentarios para lograr hacer sentir inferior a los otros y su incapacidad para reconocer los sentimientos de su hijo y de su ahijada.

Tras enviar a varias de sus doncellas a recoger los encargos en el pueblo, las hermanas estaban listas para comenzar con los preparativos. A pesar de que las hijas mayores del conde habían abandonado la residencia familiar tras casarse, el señor de la casa no había despedido a ninguna de las doncellas, pues sus familias le servían con diligencia. El ama de llaves redistribuyó sus tareas a petición del conde. Todas ellas rezaban para no convertirse en la doncella particular de alguna de las señoritas, pero, para su desgracia, Harriet y Margaret habían sido las elegidas para dicha labor.

Como era de esperar, Violet e Isabella discutieron desde el mismo instante en que colocaron sus vestidos sobre la cama hasta el momento en el que se sentaron en la calesa. Al parecer, el lugar a ocupar también era motivo de disputa, pues uno permitía mejores vistas de la entrada de la residencia que el otro.

La calesa entró en la propiedad York y recorrió la distancia desde los portones hasta la escalinata para facilitar el acceso de los miembros de la familia Cavendish. El conde, que había tratado de infundir cordura, sensatez y modales en sus hijas durante todo el camino, no logró su fin, pues las jóvenes comenzaron a discutir de nuevo en cuanto la calesa paró. Exasperado, el conde descendió en primer lugar y tendió la mano a su hija mayor, a sabiendas de que eso ofendería a la pequeña.

—Querida amiga, muy buenas noches —saludó el conde con cortesía a su anfitriona. Como era de esperar, la duquesa revisó de arriba abajo a las jóvenes invitadas para comprobar que estaban a la altura de sus expectativas.

—Conde Cavendish, ¡qué alegría verle de nuevo! Mi esposo lo espera junto a la chimenea del salón principal. Creo que está reunido con otros caballeros, conversando de sus *muy interesantes* asuntos —aseguró la duquesa con cierto tono de ironía en su voz. Estaba claro que le molestaba que su esposo no atendiera a todos sus invitados por igual y se centrara en agasajar siempre a sus socios comerciales.

—Por supuesto, no lo hagamos esperar —respondió el conde mientras daba sus primeros pasos hacia el interior de la casa, dejando atrás a sus hijas, quienes no podían quedar en mejor compañía que en manos de la duquesa.

—Violet, Isabella, están espléndidas esta noche. La elección de sus vestidos ha sido

impecable. La modista ha hecho un trabajo perfecto.

—Gracias, duquesa, por su cumplido. Usted también luce muy elegante esta noche —la agasajó Bella mientras su hermana la miraba con incredulidad. Violet odiaba a esa señora tanto como lo habían hecho Susan o Charlotte en secreto, pero carecía de la valentía que había demostrado Heather para enfrentarla.

—Una debe lucir hermosa en su propia fiesta. Pasen y disfruten de la velada. Seguro que encuentran a algún caballero digno de… de sus atenciones.

Fue esa última pausa lo que despertó por primera vez esa noche a la fiera que Violet llevaba dentro. ¿Acaso la duquesa pensaba que no habían apreciado su indiferencia? Ellas no eran hijas de un marqués o un duque, pero sí eran hijas legítimas de un conde, y merecían respeto y conseguir hacer un matrimonio digno. Violet se mordió el labio inferior y se adentró en la casa, ofreciéndole el brazo a su hermana. Esta lo tomó y, despidiendo a la anfitriona con una fingida sonrisa de educación, se perdieron entre la multitud.

Dentro, como habían esperado, se encontraba su hermana mayor, Heather, y su esposo, Alfred, conversando con un grupo de señores. Como nuera e hijo de la anfitriona, debían hacer acto de presencia en el evento y, aunque no vivían demasiado lejos de la propiedad York, Violet estaba segura de que no la visitaban con demasiada frecuencia. Heather les había contado que la relación con su suegra había mejorado, pero todavía les quedaba un largo camino que recorrer.

Una vez en la sala, Violet y Bella se separaron en busca de sus propios divertimentos y amistades. La mayor se ubicó en una zona estratégica de la sala, un lugar que le permitía ver con claridad todo el salón mientras daba una vuelta lenta sobre sí misma para que así todos pudieran contemplarla.

Reconoció enseguida varios rostros familiares de temporadas anteriores u otros eventos sociales. Entre ellos, algunos herederos que apenas lograban rozar su lista de «a contemplar», y luego dos jóvenes que, poseyendo todas las aptitudes necesarias, no encontraba lo suficientemente atractivos. ¡Qué mala suerte la suya! ¿Es que acaso la duquesa no se vanagloriaba siempre de invitar a los jóvenes más codiciados de la temporada? En teoría, todos los herederos influyentes debían estar en esa fiesta. Solo rezaba para que sus calesas se hubieran retrasado en el camino, o las expectativas de un matrimonio como el que ella soñaba estaban a punto de desaparecer.

—Violet, querida —dijo Heather acercándose con premura para abrazar a su hermana. No pudo evitar estrecharla con fuerza entre sus brazos. Desde que había partido de la casa familiar, echaba en falta a sus hermanas y sus incesantes gritos. Su nueva casa era mucho más silenciosa.

—Heather, ¡qué alegría verte!

—Buenas noches, cuñada —la saludó Alfred. Formaban una pareja tan adorable y encantadora, que Violet los envidiaba a cada instante—. Espero que puedas disfrutar de una estupenda velada esta noche.

—Eso espero yo también, Alfred. Sin embargo, es posible que la duquesa haya traspapelado alguna invitación —dijo Violet echando un último vistazo a la sala.

—Lo dudo mucho, Violet —respondió Heather—. La duquesa es demasiado diligente en sus responsabilidades como anfitriona. Aunque es posible que todavía no hayan llegado todos los invitados.

—¿Estás buscando a alguien en concreto?

La pregunta de Alfred le tomó desprevenida. ¿Estaba buscando a alguien? Tal vez. Tal vez unos ojos azules con los que había soñado durante meses. Tal vez a un caballero que parecía

lo suficientemente importante para asistir a la boda de Alfred y Heather, pero no a este evento. Tal vez al único hombre que había logrado dejar una impronta tan perturbadora en ella, que era incapaz de valorar con sensatez al resto de pretendientes.

—No, en absoluto —negó la joven con rapidez—. Simplemente ansiaba contar con nuevas compañías esta temporada.

—Bueno, es cierto, querida, que echo en falta a algún invitado que esperaba ver esta noche. Supongo que, como es habitual, llegará tarde. Una cualidad que nunca he admirado de él —respondió su cuñado.

—¿Él? —preguntó con cierto tono de desesperación Violet, alertando así, muy a su pesar, a sus acompañantes. Ese «él»… ¿sería su «él»?

—Esperemos que en esta ocasión sea prudente, y que no se atreva a despertar la ira de la duquesa —añadió Heather ante el comentario de su esposo. Fuera quien fuese, quizá estaba a la altura de un rebelde caballero, pues nadie que conociera una mínima parte del temperamento de la duquesa osaría a molestarla.

La primera hora de la fiesta había pasado y, a pesar de que Violet había encontrado entretenidas las conversaciones con algunos de los invitados, no había logrado desviar la mirada de la entrada principal de la casa. Odiaba tener que reconocer que Bella tenía razón: estaba esperando a un hombre en concreto, aunque no era más que un cúmulo de esperanzas que no sabía sí se cumplirían.

La duquesa anunció el inicio del concierto y todos los invitados comenzaron a buscar a sus parejas, familias o amistades para tomar asiento. Violet vio cómo su hermana mayor y su esposo ocupaban la primera fila. Heather era una virtuosa y amante de la música, y estaba segura de que admiraba esa orquesta cada año. Violet, por el contrario, encontraba aburrido y falto de entretenimiento el oficio de músico.

Se sentó junto a su hermana pequeña y algunas amigas en común y, mientras las escuchaba cuchichear sobre algunos de los invitados, echó un último vistazo a los invitados que tomaban asiento. Desilusionada, aplaudió cuando los músicos entraron en la sala y las conversaciones fueron bajando el tono hasta casi desaparecer.

—He oído que la duquesa está enfadada porque algunos de los invitados que habían confirmado asistencia no se han dignado a aparecer ni han excusado su ausencia —dijo Lauren, una de las amigas de las hermanas, en voz baja para no molestar.

—No me extraña. A mí también me habría molestado —sentenció Marian.

—Desde este momento entrarán en la lista negra de la duquesa, y todas sabemos lo que significa eso…

—No creo que sean vetados de todos los eventos de la temporada —decretó Violet.

—La duquesa tiene mucha influencia, y no permitirá que esas personas asistan a otros eventos después de despreciar al suyo de esa manera —aseguró Lauren entre susurros, antes de escuchar cómo uno de los invitados que estaba sentado en la fila de atrás la mandaba guardar silencio.

—Solo el tiempo lo dirá —dijo Bella, cerrando así la conversación, agachando la mirada avergonzada por haber sido amonestadas.

Violet se encontraba pensando en las palabras de su hermana y amigas cuando la atravesó una sensación familiar: un escalofrío. Un escalofrío que se empeñó en recorrer su espalda con lentitud, subiendo lentamente por sus hombros, acariciando su mentón hasta llegar a la nuca. Inquieta, alarmada y curiosamente excitada, Violet Cavendish se dio la vuelta, ignorando las sincronizadas notas musicales.

Allí estaba.

En el lado opuesto de la sala. Justo detrás de las sillas, de pie junto a una gran columna de mármol. Con los brazos cruzados sobre el pecho y el cuerpo apoyado en la columna. Con la mirada fija en ella. Solo en ella. Silenciosa. Dominante. Eterna. Poderosa.

Un mar bravo que parecía estar reclamándola sin palabras.

Un azul que habría reconocido en cualquier parte del mundo.

Un color que la había torturado en sueños durante meses.

Un hombre que había despertado en ella una necesidad que llevaba tiempo anhelando.

Un hombre capaz de retarla.

Un hombre al que había deseado.

Un hombre que ahora le estaba devorando con la mirada.

Capítulo 3

¿Cuánto faltaba para que terminara el dichoso concierto? Bella le había dado un codazo a Violet apenas unos instantes atrás para que regresara su mirada a los músicos y no llamar tanto la atención. Desconocía qué era lo que había logrado captar el interés de su hermana, no obstante, molestar todavía más a la duquesa no sería lo más sensato para ninguna de ellas.

La situación era exasperante, y cuantas más ganas tenía ella de huir, más despacio parecían los músicos interpretar las piezas. Trató de controlarse, aunque giró su rostro en dos ocasiones más para reencontrarse con esos ojos. Allí estaban, otra vez. Tan seductores como los recordaba.

Violet odiaba su mala fortuna. No solo debía esperar a que terminara el concierto, sino que tendría que convencer a su cuñado para que le presentara al caballero en cuestión, pues, para su desgracia, no conocía su nombre ni su ocupación. Pero por todos los santos que esa noche lo lograría. No sería por más tiempo un rostro sin nombre.

Media hora más tarde, cuando el concierto finalizó, los invitados aplaudieron con vehemencia y regresaron al salón para dedicar elogios hacia los intérpretes mientras Violet se reunía con su hermana Heather y su cuñado Alfred con un claro objetivo. Sin embargo, cuando buscó de nuevo a ese hombre, había desaparecido. ¿Dónde se había metido? ¿Por qué tenía tan mala suerte?

—Tienes que contarme tu secreto, o mi esposo lo averiguará tarde o temprano. Posee una gran habilidad para ello —amenazó Heather al ver que su hermana buscaba con la mirada a alguien, sin apreciar la compañía que ya tenía a su lado.

—No estoy buscando a nadie —mintió la menor.

—Es posible que logres engañar a otras personas, pero para mí eres como un libro abierto, y está claro que sientes curiosidad por alguien. Venga, cuéntamelo —la animó Heather.

—Está bien… —dijo Violet dándose por vencida. Lo más probable era que su hermana pudiera arrojar algo de luz sobre la identidad del hombre fantasma—. He reparado en que uno de los invitados a tu ceremonia de casamiento también ha estado presente durante el concierto de la duquesa, aunque, ahora que lo estaba buscando entre la multitud, parece que ha desaparecido.

—¿Un invitado de mi boda? Eso podría ser fácil de averiguar, pues no invitamos a muchas personas. Solo a las verdaderamente importantes y con las que quisimos celebrar nuestra felicidad. ¿Quieres describirme a esa persona?

—Es un caballero…

—¿Un caballero? —preguntó con curiosidad Heather, interrumpiendo a su hermana. Conocía de sobra la facilidad con la que su hermana menor se enamoraba y se olvidaba de los hombres. Había perdido la cuenta de los caballeros que habían entrado y salido de sus pensamientos a lo largo de los años. Sin embargo, algo parecía diferente en esa ocasión, por lo que prefirió seguirle el juego.

—Sí, un caballero. Estuvo en tu ceremonia, mas no se dio la ocasión de presentarnos y no he vuelto a verlo hasta esta misma noche. De hecho, estaba de pie sentado tras las sillas, escuchando la orquesta.

—¿Ha llegado tarde? —interrogó Heather interesada. Necesitaba seguir atando cabos. Sospechaba que podía tratarse de dos personas en concreto, mas necesitaba dar en el clavo, o la

confusión podría resultar bochornosa.

—Desde luego. No ha llegado al mismo tiempo que el resto de los invitados. La primera vez que lo he visto esta noche ha sido durante la interpretación de la orquesta.

—Curioso… Ha llegado tarde. ¿Qué más puedes decirme de él?

—Apenas me he fijado, en realidad —mintió. Violet Cavendish se había fijado en cada mínimo detalle del rostro del caballero. Podría pintarlo con los ojos cerrados. Tantos sueños recreados y tantas fantasías frustradas…

—¿Apenas? No lo habría imaginado, pues has sido capaz de recordar su presencia en mi boda y de apreciar que ha llegado fuera de tiempo.

—¿Desde cuándo eres tan atrevida, querida hermana? —cuestionó Violet, sorprendida ante la renovada personalidad de su hermana mayor.

—Desde que planté cara a una duquesa, me convertí en la futura heredera de un ducado y logré la mayor de las dichas al compartir oficialmente el lecho con mi esposo.

—No es necesario que me des tantos detalles —respondió Violet chasqueando la lengua y tratando de alejar de su mente la imagen de su hermana y su cuñado viviendo un momento romántico. Conocía a Alfred desde la infancia y era como su hermano mayor.

—Entonces no preguntes y continúa con los detalles que nos interesan. ¿Qué más puedes decirme de él?

—Tiene los ojos azules. Pero no es un azul cualquiera. Son tan profundos como el mar. Y sus manos… sus manos son grandes, toscas y rudas. Es alto, fornido, con barba… —Violet empezó a enumerar sus rasgos con bastantes más detalles de los que Heather había esperado; eso significaba que su hermana estaba verdaderamente interesada. Solo esperaba que esa vez no fuera un juego más para ella.

—Creo saber de quién se trata.

—¿De verdad?

—Quizá te refieres a ese caballero de allí —dijo Heather, señalando con la mirada a uno de los hombres que se encontraba conversando con el duque de York y su propio padre en ese momento.

Allí estaba. De nuevo.

Ese hombre.

Ese escalofrío.

—Sin duda, querida hermana, ¡es él! —exclamó Violet radiante de felicidad mientras se giraba de nuevo para tomar las manos de su hermana entre las suyas—. ¿Podrías decirme quién es, por favor? ¿Serías tan amable de presentarnos?

—No estoy muy segura de que…

—Oh, vamos, hermana —la interrumpió la menor—. Nada me haría más feliz que poder conocerlo.

—Déjame decirte que hay más caballeros interesantes en esta velada, Violet. ¿Por qué tiene que ser él? Seguro que el hijo del señor Lacroisse se encuentra disponible, y tiene aptitudes para ser un gran esposo.

—Estoy segura de que serán cualidades dignas de admiración, Heather, pero, ahora mismo, mi único deseo es conocer a ese hombre de allí.

—Tendré que hablar con Alfred, pues es íntimo amigo suyo —añadió Heather dándose por vencida. La mirada suplicante de su caprichosa hermana fue demasiado para ella—. Seguro que no ve inconveniente en presentaros.

—Sería…

Violet intentó agradecer el gesto a su hermana, mas cuando su mirada volvió hacia el pequeño grupo, advirtió que el misterioso hombre había desaparecido de nuevo. No solo no se encontraba conversando con el duque y su padre, sino que no estaba presente en la sala. ¿Dónde se había metido ahora? ¿Era quizá un espíritu enviado solo para perturbarla?

—Vaya, parece que se ha marchado. No desesperes, hermana mía. Si me disculpas, tengo que hablar con otras personas o la duquesa me tachará de imprudente. —Violet se dio la vuelta para marcharse, evitando así que su hermana le hiciera más preguntas.

Violet estaba enfadada. Furiosa, tal vez. Odiaba tener que reconocer que ese hombre la perturbaba tantísimo. Durante meses había ansiado que reapareciera, y ahora que se reencontraba con esos ojos, volvía a convertirse en una bruma misteriosa.

La joven trató de fingir normalidad. Se acercó a una de las mesas, tomó una copa y, con una fingida sonrisa de felicidad, conversó con otros invitados. Varias copas más tarde y tras fallarse a sí misma en cuanto a mostrar indiferencia ante el desaire recibido, pudo admitir que las siete veces que había buscado al caballero por la sala en las últimas dos horas solo habían sido lapsus sin importancia.

Sin embargo, no lo eran, y, en el fondo, Violet lo sabía. Un fondo que parecía carcomer sus entrañas y molestarla más de lo que era capaz de reconocer. Con cierto mareo en el cuerpo provocado por el vino, Violet buscó refugio al aire libre para tratar de recuperarse. Caminó lentamente hasta uno de los bancos que se encontraban en el jardín y allí se sentó. ¿Cómo es que la bebida le había afectado tanto? Apenas había tomado dos copas de vino. ¿No era así? Tal vez no.

La noche no era ni fresca ni calurosa. Tenía una temperatura perfecta para disfrutar al aire libre y el aire soplaba de manera suave. Necesitaba recuperarse. Para su suerte, todos los invitados se encontraban dentro de la casa, y ella se alegraba por ello, pues así ninguno sería testigo de semejante bochorno.

En ese instante, esa sensación que la había sacudido en varias ocasiones regresó para sacarla de su estado de letargo. Le obligó a abrir los ojos y a buscar por todas partes. Sin embargo, no encontró lo que buscaba, así que, castigándose por ver fantasmas, sentir cosas que no tenían sentido, y ser tan ingenua, cerró los ojos de nuevo y esperó.

—La luna está preciosa esta noche, ¿no cree? —dijo una voz de repente, alarmando a la joven, quien dio un salto llevándose la mano al corazón mientras enfocaba los ojos, tratando de encontrar a quien había hablado.

Era él.

—¿Cómo se atreve? —le recriminó Violet enfadada.

—Disculpe si le ha importunado. No era mi intención —se excusó él.

—Yo creo que sí, caballero.

—¿Perdone? —preguntó anonadado el hombre.

—Por supuesto que era su intención. Llevo sentada en este banco bastante tiempo y estoy segura de que ha advertido mi presencia. Las normas de educación dictan que no se debe asustar a una dama.

—La educación y el decoro me dan igual —respondió él ante la crítica.

Allí estaba. Ese fuego que ella estaba buscando. En un instante, sus ojos se habían transformado y, casi como una obra de arte imposible de olvidar, ella había sido testigo de cada matiz de ese cambio.

—¿Disculpe? ¿Cómo ha dicho? —replicó ella con un ligero tono indignado.

—Es usted una dama que ha salido en busca de soledad, o compañía, durante una fiesta. ¿Acaso no estaba esperando mi llegada?

— ¿Compañía o soledad? ¿Su llegada? Es evidente que no sabe cómo tratar a una dama, caballero, así que le seré sincera: lo que yo busque o no aquí, no es de su incumbencia.

—Habría jurado que me ha estado buscando de forma incesante durante toda la velada, señorita —respondió él de forma condescendiente.

Violet no daba crédito a sus palabras. ¿Cómo la había descubierto? No le importaba. Lo único que sabía es que ese hombre le resultaba despreciable.

—¿Acaso ha estado tan pendiente de mí, señor? —replicó Violet de manera altiva.

—¡Cómo no hacerlo! Es usted una joven ruidosa, llamativa y que logra captar la atención de todos los presentes.

—¡Será sinvergüenza! —Violet estaba tan enfadada que dio varios pasos hacia él para enfrentarlo—. ¿Acaso ha venido hasta aquí solo con el propósito de censurar mi disfrute?

—Desde luego que no, pero tampoco esperaba encontrarme con una joven tan… tan… —El caballero empezó a buscar la palabra correcta, incentivando de nuevo el fuego en ella.

—Vaya, parece que he logrado dejarle sin palabras —dijo victoriosa.

—No crea que eso es algo bueno —replicó él—. Dice mucho de un caballero saber aguardar el momento apropiado para hablar.

—Veo que tiene en alta estima sus aptitudes, aunque quizá debería conocer la opinión de las damas antes de sobrevalorarse de tal forma.

—¿Querría entonces ilustrarme sobre los defectos que cree que poseo?

—Lamento informarle de que prefiero invertir mi tiempo en otros asuntos de mayor relevancia. Si no le importa… —dijo Violet, dando por zanjada la conversación mientras se movía para regresar al interior de la casa. Apenas unas frases dichas por aquel hombre habían resultado suficientes para convencerse de que su infantil obsesión por él había sido absurda.

—Habría jurado que su mirada me ha buscado durante toda la velada —repitió el hombre mientras Violet andaba hacia delante. No pretendía detenerla, pero sí seguir provocándola.

—¿De verdad considera que el egocentrismo es una cualidad admirable en un hombre? —preguntó Violet, sin llegar a creer del todo la osadía de ese hombre.

—El egocentrismo no, la confianza sí, señorita Cavendish.

—Pues parece que jugamos en desventaja, caballero. Usted conoce mi nombre, sin embargo, para mí, no es más que un fantasma —evidenció ella deteniéndose en seco, lo que provocó que ambos chocaran entre sí. Violet se desestabilizó debido al impulso que el gran cuerpo de uno, y el estado de embriaguez del otro, habían causado en el impacto. Él la tomó entre sus brazos, acercando su cuerpo más de lo prudente al suyo.

—Podría dejar de serlo, si así lo desea. Podría enseñarle las normas del juego —respondió él con un tono muy diferente. La provocación más sensual que Violet había escuchado nunca dominaba sus palabras.

Ella, todavía confusa por el choque, solo podía admirar la fuerza y musculatura de su carcelero. Esas palabras, que habían salido sin apenas esfuerzo de su boca, llamaron su atención, lo que hizo que elevara la mirada hasta encontrarse con sus labios. Unos labios que había deseado en secreto, y por las noches, besar en más de una ocasión. Unos labios que ansiaba que

la besaran en ese preciso instante, a pesar de estar llena de rabia y enfado.

Pero fueron sus ojos azules los que lograron hacerle perder la razón. No fue el vino. No fue la confusión del momento. Fueron esos ojos los que la habían atrapado durante la boda, los que la habían dejado sin sentido durante el concierto y los que despertaban el deseo en ella. No era un deseo prudente. Era algo más.

Algo que ella estaba deseosa de averiguar. Con él.

La cercanía de sus cuerpos avivaba el fuego que la ridícula discusión que habían mantenido antes había despertado en ella. Había deseado durante meses a ese hombre, y ahora que lo había conocido, lo detestaba con todas sus fuerzas. No podía creer que alguien que gozaba de la amistad de su cuñado y hermana pudiera ser tan endemoniado y altanero.

Lo odiaba. Lo deseaba. Se odiaba a sí misma por desearlo. Deseaba odiarlo. ¡Aquello era un infierno!

No obstante, su infierno nunca terminaría si no lograba zanjar aquello. Aquello que existía entre los dos. Esa chispa que se había prendido de una manera que no acababa de entender. Violet sentía ese torrente de fuego correr sin descanso ni sosiego por la parte de su cuerpo que él estaba tocando. Al principio habían sido sus brazos; ahora, sus manos habían descendido hasta sus caderas, reclamándolas como si fueran el mejor lugar en el que quedarse.

Violet Cavendish se conocía a sí misma y, demostrando su innata impulsividad, terminó por eliminar el inconveniente espacio que distanciaba sus cuerpos y aprisionó los labios del hombre contra los suyos. Lo besó. Lo besó, no con la inocencia del primer beso, sino con la furia del enfado y la frustración. Pero, ante todo, con una furia provocada por el deseo, el calor y la necesidad. Una necesidad forjada por meses de espera y sueños sin descanso.

Él respondió con rapidez, tomando el rostro de la joven entre sus manos para afianzar el beso, y cuando ella comenzó a suplicar, descendió hasta envolverla en un cálido y extraño abrazo.

Violet odiaba a ese hombre, mas sentir cómo su boca y su lengua la reclamaban le resultó tan placentero que todo lo demás dejó de existir. Ella solo sintió.

Violet se asió con fuerza a la chaqueta del caballero, reclamando su proximidad e impidiendo que se alejara de ella.

Pasados unos minutos, los labios de él se separaron ligeramente para depositar besos incandescentes en sus pómulos, y poco a poco descender por el mentón hasta encontrar su cuello. En ese instante, ella sintió que perdía del todo la cordura. Que era capaz de tocar el cielo con las manos.

—Dígame que quiere descubrir mi nombre —susurró él suplicante entre besos. Necesitaba que ella le respondiera.

—Por supuesto que sí —afirmó presa de la pasión. Por supuesto que sí.

—Señor Williams, señorita Cavendish. ¿Qué está ocurriendo aquí? Esto es un escándalo.

Capítulo 4

Lo que ocurrió después sucedió tan rápido, y de forma tan brusca, que Violet apenas pudo procesarlo.

El señor Lacroisse había salido en busca de aire fresco, pues el vino parecía más potente de lo que recordaba de veladas anteriores, y se encontró, para su total desgracia, con una escandalosa e inaceptable escena pecaminosa en el jardín, a la vista cualquiera que se asomara por la puerta.

A su parecer, el señor Williams, cuyo apellido Violet acababa de escuchar por primera vez, sostenía entre sus brazos a la joven heredera Cavendish mientras la mancillaba en público, con besos lascivos en el cuello y en Dios sabe dónde más. Por supuesto, el tono de voz que había utilizado el señor Lacroisse había sido lo suficientemente potente como para alertar a algunos acompañantes que lo habían seguido para continuar con la conversación fuera del salón de baile, lejos del barullo que formaban los invitados y la música de la orquesta.

Aunque el señor Williams se había separado lo más rápido posible de la joven para evitar un escándalo todavía mayor, ya habían sido vistos en público en una actitud más que indecorosa. Todo pronóstico de una velada tranquila había desaparecido.

—Esto es inaceptable, caballero. Inaceptable. Sabía que era una mala decisión que la duquesa invitara a alguien como usted a esta velada. Y al parecer tenía razón. Quien es un rufián en el mar, no deja de serlo en tierra, ¿me equivoco?

—Eso ha sido muy descortés por su parte, señor —respondió el señor Williams.

—Descortés es mancillar el honor de una dama en un hogar de buena reputación como este. Informaré de inmediato de lo sucedido a la duquesa y al padre de la joven. ¡Qué disgusto se van a llevar! ¡Qué disgusto!

—Señor Lacroisse, por favor, espere. No es necesario que hable con mi padre. Me he resbalado y el señor Williams —empezó a excusarse Violet—, me ha recogido antes de que cayera al suelo, y…

—¿Y sus labios han ido a parar a su cuello en repetidas ocasiones? —añadió el hombre, evidenciando la falta de juicio de la joven.

Lo siguiente que Violet recuerda es una maraña de confusión. El señor Lacroisse desapareció y solo pudo escuchar improperios provenientes del que había sido su amante por unos segundos. El joven a su lado no paraba de dar vueltas, pero la mente de Violet se encontraba bloqueada. Aunque sabía que era imposible, esperaba que las repercusiones de lo que había pasado no fueran nefastas. ¿Cómo había sido tan impulsiva? ¿Cómo había besado a ese hombre si le parecía despreciable? ¿Qué ocurriría a continuación?

Apenas unos instantes después, el señor Cavendish y los duques aparecieron en el jardín.

—Demos gracias al Señor de que nuestro querido amigo ha sido más discreto al contarnos la imprudencia que habéis demostrado tener. Esto es lo más bochornoso que he

presenciado en toda mi vida —criticó con severidad la duquesa, mostrando su enfado por la pareja que había arruinado su velada.

—Nos retiraremos inmediatamente a casa y mañana tomaremos una decisión sobre lo ocurrido —dijo el conde Cavendish con tono serio y mirada avergonzada.

—¿Qué es lo que debe esperar hasta mañana, amigo? —añadió el duque situándose al lado de su esposa—. Su hija, aquí presente, y Malcolm Williams, amigo de mi hijo, han sido descubiertos en una actitud deshonrosa. La única posibilidad para que el escándalo no trascienda es el matrimonio.

—¡¿Matrimonio?! —gritaron el señor Williams y Violet al mismo tiempo.

No podían dar crédito a lo que estaban diciendo, al menos Violet. ¿Estaban todos tan locos como para pensar que ella se casaría con un hombre tan malhumorado y pretencioso como aquel?

—Por supuesto. El compromiso debe formalizarse esta misma noche, o mañana toda Inglaterra sabrá lo sucedido, querido amigo —le advirtió el duque de York a su íntimo amigo. La crítica del inicio se había convertido ahora en una exigencia.

El conde Cavendish miró a su hija con una mezcla de decepción, enfado y tristeza. No era así como había imaginado casar a su siguiente hija. No con una mancha de escándalo. No obstante, debía pensar en Bella, su última hija soltera. Si la verdad de lo ocurrido en ese jardín trascendía y Violet era repudiada por la sociedad, su hija menor perdería toda oportunidad para contraer un buen matrimonio y el honor de la familia quedaría en entredicho. Era una decisión complicada, sin embargo, el tiempo no jugaba a su favor, y debía ser justo y demostrar ser digno de su título y posición. Esperaba que el buen juicio de su yerno a la hora de escoger amistades no fuera nefasto y el señor Malcolm resultara ser un buen hombre.

—El compromiso debe quedar zanjado —declaró el conde mirando fijamente a su futuro yerno a los ojos, demostrándole así que su decisión era firme.

—Por favor, pon algo de sentido común a toda esta escena —suplicó Violet volviéndose para enfrentar a Malcolm, pero se encontró con una mirada cargada de seriedad y rendición. Nada que ver con la vigorosidad de momentos anteriores.

En ese instante, Violet temió lo peor.

Malcolm respiró hondo y dio los últimos pasos que lo separaban de la joven hasta situarse frente a ella. Cerró los ojos, respiró hondo y los abrió para pronunciar con relativa seguridad sus siguientes palabras.

—Señorita Violet Cavendish, ¿aceptaría mi propuesta de matrimonio?

Violet se quedó petrificada.

¿Cómo habían llegado eso? Unos instantes atrás estaba discutiendo con un hombre que la había perseguido en sueños durante meses, pero al que había prometido odiar; luego se había lanzado a besarlo por un estúpido impulso y, en ese instante, él le estaba pidiendo matrimonio ante la mirada poco feliz de sus familiares y amigos.

¿Cómo podía decir que sí? Era impensable. Ella era Violet Cavendish y sería ella la que decidiría con quién se casaba. Aquello había sido un pequeño error. Una tontería sin importancia que pronto olvidarían.

Cuando se giró para buscar la ayuda de su padre, se encontró con una mirada que se alejaba de la familiaridad que siempre había recibido por su parte. La duquesa y su esposo tampoco lucían contentos y el señor Lacroisse seguía tan escandalizado por la escena que era incapaz de respirar con normalidad.

¿Qué debía hacer? La propuesta de matrimonio estaba en el aire y no podía dejar en vilo

eternamente al caballero sin una respuesta, y menos con tantos testigos presentes. En ese instante, una ráfaga de viento la golpeó, como si la razón deseara regresar a su cuerpo, y por un extraño trazo del destino, la cordura entró en ella para ver las cosas con claridad por primera vez esa noche.

Si aceptaba esa propuesta, estaría condenada durante toda su vida a un matrimonio sin amor, con un hombre al que detestaba desde que cruzaron la primera palabra. Y si no lo aceptaba, se quedaría soltera, repudiada de la sociedad y sin conexiones, marcando a su familia con la lacra de sus actos. ¡Qué complicado! A pesar de todos estos pensamientos, y aunque le doliese, sabía que no tenía escapatoria posible. Abrió la boca para pronunciar unas palabras, mientras su corazón se rompía en mil pedazos.

—Acepto, señor Williams.

Una parte de ella no quería mirar a los ojos al hombre que había cambiado toda su vida en un solo instante, pero no pudo evitarlo. Necesitaba saber cómo toda aquella absurda situación había terminado de esa forma.

—Estupendo, ya podemos retirarnos, entonces. Regresar al salón es la idea más sensata, si me permiten decirlo, jovencitos —advirtió el conde a los jóvenes.

—Por supuesto, señor Cavendish. Por supuesto —respondió con vergüenza Malcolm.

—Espero que no haya más inconvenientes dignos de atención esta noche. ¿He sido clara? —ordenó su anfitriona con un tono autoritario.

—Sí, duquesa —contestaron Violet y Malcolm al unísono.

Unos minutos después, todos regresaron al interior, dejando a solas a los recién estrenados prometidos, que parecían estar procesando todavía lo acontecido.

—Señor Williams, yo…

—¿Usted qué? ¿Por qué quería conocerme? ¿Por qué tuvo que salir aquí afuera sola? ¿Por qué tuvo que besarme?

—Disculpe, pero creo que no noté absolutamente ningún reparo en mi beso cuando sus labios estaban sobre los míos. —Violet era una joven bastante fácil de provocar, y ese hombre lograba que perdiera hasta el último ápice de contención—. Al contrario, parecía estar disfrutando.

—¿Disfrutando? —preguntó él mientras paseaba de un lado a otro, completamente fuera de sí—. Eso es un completo disparate.

—¿Me está llamando mentirosa? —repuso la joven con tono indignado.

—No sé si se ha dado cuenta, señorita, pero acaba usted de condenarnos a los dos a un matrimonio sin sentido.

—¡Es usted el que me ha pedido matrimonio! —gritó ella incrédula.

—Porque no teníamos otra opción. ¿Es que acaso es tan ingenua que no ha visto la presión a la que me han sometido? —contestó Malcolm molesto.

—Lo dice como si yo hubiera deseado que ocurriera todo esto.

—Si no me hubiera besado, nada de esto habría ocurrido —le reprochó él.

—Si no me hubiera provocado no habría saltado.

—¡No me lo puedo creer! —El caballero no daba crédito. Verdaderamente era una joven ingenua—. Ahora tendré yo la culpa de todo…

—En buena parte, caballero.

—Mire, señorita Cavendish —dijo acercándose a ella de manera intimidante, hasta estar apenas a un suspiro de distancia—, quiero que sepa que esta noche le he hecho el mayor favor de su vida.

—¿A esto lo llama favor? —Violet no podía contener su enfado. Nada le gustaría más que zarandear a ese hombre para mostrarle lo mucho que lo despreciaba.

—Llámelo como quiera. Podría haberme negado a casarme con usted.

—¿Y perder su reputación como caballero delante de todo el mundo? No lo creo, señor Williams —respondió la joven levantando la cabeza y mirándolo fijamente.

—No se confunda, señorita. Yo no soy ningún caballero, y no me importa perder mi reputación, pues carezco de ella. No vine a tierra con la intención de conseguir una esposa, y mucho menos elegiría a alguien tan imprudente, caprichosa e insolente como usted —le espetó Malcolm.

—Pues me temo que tendrá que conformarse conmigo.

—Malditas mareas que me hicieron parar en tierra para el casamiento de su hermana —rumió el joven por lo bajo.

—¿Qué ha dicho?

—Nada, no he dicho nada —repuso él—. Regrese al interior con su familia. Descanse esta noche y, si su poco juicio se lo permite, reflexione sobre el compromiso que acabamos de adquirir porque, sin duda, yo no tendré otra ocupación. Buenas noches, señorita Cavendish.

Y sin dejar que ella se repusiera de su comentario, el galán abandonó los jardines de la propiedad con un preocupante malhumor y a pasos acelerados. Ella, por otra parte, todavía trataba de recobrar la respiración. Apenas era capaz de olvidar la tremenda consternación que ese hombre le provocaba. ¿Cómo era capaz de afectarla tanto si apenas lo conocía?

De repente, Bella apareció en el umbral de la gran puerta que comunicaba el interior del salón con los jardines de la propiedad y comenzó a interrogar a su hermana sobre la veracidad de lo que su padre le acababa de contar. No podía creer que su hermana mayor se hubiera comprometido esa misma noche. Violet no quiso dar más detalles de lo acontecido y fingió encontrarse feliz por el acontecimiento, pues eso debería hacer a partir de ese mismo instante: fingir.

Malcolm Williams.

Así se llamaba el hombre que durante meses la había torturado y que, con una sola mirada, la había condenado al infierno. Un infierno al que había caído sin darse cuenta, con los ojos cerrados, el corazón en un puño y los labios ardientes.

Durante toda aquella condenada noche, Violet no dejó de pensar en que se iba a casar con un hombre del que solo conocía su nombre. No tenía ninguna referencia sobre él, ni conocía a su familia ni amigos…Ni su oficio, ni si tenía fortuna o título, ni sus aptitudes ni cualidades… Para su desgracia, la noche le había proporcionado una visión general sobre sus defectos. ¿Cómo había llegado a aquella situación?

Él la había instado a que reflexionara sobre todo lo ocurrido. Y, aunque trataba con todas sus fuerzas culpar al caballero y, Dios mediante, tenía excusas más que de sobra para victimizarse, cuando terminó de formular esas acusaciones en su mente se dio cuenta de que una semilla se había plantado en su interior. Una semilla que ella misma había regado sin apenas

darse cuenta, y que había crecido rápidamente hasta asfixiarla por completo.

La culpa.

Violet Cavendish, por primera vez en toda su vida, se sentía culpable. Culpable por reconocer que había sido ella la que había besado a aquel hombre en un impulso; por haber caído en sus provocaciones como una ingenua. Culpable por haber permitido que ese beso llegara a más; por sentir deseo y atracción por ese hombre. Culpable por no haberse reprimido. Culpable por…

Malcolm Williams tenía razón: ella les había arruinado la vida. A ambos.

Capítulo 5

Los preparativos del enlace fueron la menor de las preocupaciones de Violet Cavendish. La noticia del enlace se publicó en todos los periódicos locales la mañana siguiente a la fiesta de la duquesa y las columnas de sociedad pronto se hicieron eco de ella.

Las amonestaciones fueron diligentemente presentadas. A partir de entonces tenían tres semanas para oficializar el matrimonio en la parroquia.

El conde, cuyo humor se había agriado desde la noche en cuestión, no estaba para nada satisfecho con el enlace, y había mantenido una dura conversación con su hija para reprenderla por su actitud impulsiva. Sin embargo, el daño estaba hecho, y no tuvo otra opción salvo proporcionarle una suma aceptable a su hija para comprar todo aquello que se precisara para el enlace.

La duquesa se ofreció gustosa a ayudar a la joven, y, debido a la falta de una madre que se responsabilizara de dichas tareas, Violet no pudo negarse a aceptar. La presencia de la señora en la casa Cavendish era tensa, pues Violet podía reconocer la sonrisa de triunfo en el rostro de la duquesa, quien era conocedora del escándalo y, además, parecía disfrutar con él.

Bella, al contrario que su hermana, parecía entusiasmada con el enlace y estaba mostrando su apoyo en todo momento. Es cierto que al principio le resultó extraño que su hermana se comprometiera con un hombre sin título, pero como había sido el protagonista de sus sueños durante meses, asumió que era su ferviente deseo.

Todo el mundo en la comunidad parecía emocionado por el enlace, puesto que un matrimonio proveniente de tan buena familia, sin duda atraería invitados y riquezas a los negocios locales.

Todos parecían felices salvo Violet y Malcolm.

Los novios no se habían vuelto a ver desde aquella nefasta noche y, a pesar de los esfuerzos de Alfred por reunirlos, ambos habían rehusado encontrarse. El joven heredero de York, que desconocía por completo lo sucedido entre su amigo y su cuñada, trataba de hacer de celestina. No podía dar crédito a la actitud distante de los recién prometidos, por eso decidió interceder.

Y así sucedió. Diez días después de la propuesta de matrimonio, Alfred y su esposa organizaron una velada en su residencia para reunir a sus amigos y familia. Ese era, al menos, el pretexto incluido en la invitación que Violet recibió en la casa Cavendish.

Bella había recibido unas horas antes otra carta de su hermana Heather, en la cual la instaba a rehusar la invitación que ella y su marido habían extendido a la familia, poniendo como excusa un compromiso previo, para que la joven pareja pudiera pasar un rato a solas, pues sabía que su padre tenía esa noche una cena de negocios a la que no podía faltar. Y así lo hizo, la menor engañó a su hermana Violet y a su padre con un falso pretexto.

A Violet no le importaba acudir sola, pues necesitaba distraerse de sus preocupaciones, y la vida de su hermana Heather, aunque no lo pareciera, sonaba más emocionante y entretenida que la suya propia.

Violet fue recibida por su hermana y su cuñado, quienes la invitaron a unirse a ellos en su acogedor salón para tomar un refrigerio antes de la cena. Conversaron sobre diversos temas y ella agradeció el entusiasmo con el que su cuñado hablaba de sus labores como futuro duque y el compromiso de su hermana con las labores de la casa. En ningún momento sacaron el tema de su compromiso a colación, y se alegró por ello, pues le haría sentirse muy incómoda. Igual de incómoda que los últimos diez días fingiendo sentirse la mujer más feliz del mundo por su futuro matrimonio con cada persona a la que agradecía sus buenos deseos.

Uno de los sirvientes anunció que la cena estaba lista y justo cuando los tres se disponían a levantarse para acudir al comedor, alguien llamó a la puerta principal de la residencia. Ese mismo sirviente se desplazó y abrió la puerta, revelando al otro lado de la misma la figura de un hombre fornido, alto y de ojos azules.

—Oh, Malcolm, llegas tarde. Como era de esperar —saludó Alfred con cierto tono de ironía, mientras se aproximaba a la entrada acompañado por su esposa.

—Lo siento mucho, amigo mío. Pero en esta ocasión tengo excusa, pues a mi ayudante le ha costado mucho ensillar a mi caballo. Hubiera preferido venir caminando, mas amenaza lluvia esta noche y prefería…

Antes de que el recién llegado terminara su disculpa apreció la presencia de un tercer cuerpo en la sala, Violet. Su prometida. ¿Desde cuándo estaba ella invitada a la cena? Un minúsculo pero vital dato que su amigo había decidido omitir.

Su respiración quedó entrecortada al verla enfundada en un sencillo aunque precioso vestido de color canela que parecía resaltar sus ojos castaños. Su corazón empezó a latir con fuerza y no supo si era por el esfuerzo de haber montado a caballo y su carrera, o porque estaba ante ella en ese momento. Fuera lo que fuese, debía mantener la compostura y la actitud que había decidido tener con ella. Puede que fuera hermosa y atractiva, pero eso no borraba el hecho de que sus destinos habían quedado entrelazados de la peor manera posible.

—Pensaba que cenaríamos los tres solos esta noche, Alfred —dijo Malcolm con voz seria, retirando su mirada de la joven para recriminar a su amigo por el embuste.

—Alfred y yo decidimos que sería buena idea disfrutar de una cena para conocernos mejor. Después de todo, vamos a ser familia en apenas una semana —expresó la señora de la casa con una gran sonrisa, esperando calmar la tensión que parecía estar presente en la sala.

—Habría sido cortés por tu parte avisar de la presencia de la señorita Cavendish en nuestra reunión. Habría podido…

—Habrías podido… ¿qué, viejo amigo? —lo cortó Alfred—. Violet será tu esposa. No hay nada que debas preparar. Solo conocerla y disfrutar de su… extrovertida personalidad.

—Sí, bueno… Gracias a su extrovertida personalidad estamos…

—Será un placer disfrutar de su compañía, señor Williams —interrumpió Violet antes de que su prometido revelara el nefasto hecho que había desencadenado aquella situación. Pero ella no estaba dispuesta a ser juzgada en público por las personas a las que amaba. Su padre la odiaría por siempre, no era necesario que su hermana mayor y su cuñado participaran de la censura.

—Desde luego, desde luego. Tomemos asiento, entonces —sugirió Alfred, animando a su amigo a seguirlo al interior del comedor principal, dejando a las señoras rezagadas—. La cena está servida y tengo un hambre atroz. Querida, ¿acompañas a Violet? —dijo el joven duque

mirando con cariño a su esposa.

—Por supuesto, querido —respondió Heather con una bonita sonrisa, gesto de complicidad que no pasó inadvertido para Violet, quien sintió una punzada de envidia en el corazón.

Los cuatro entraron en el comedor. La norma dictaba que las parejas no podían sentarse una junto a la otra, pero, en aquella ocasión y tratándose de una reunión tan privada, Heather animó a Violet y Malcolm para que se sentaran el uno junto al otro.

La sopa que se sirvió como primer plato estaba exquisita, aunque, por supuesto, Violet no podía esperar menos de una cocinera que prestaba servicio en la casa de un futuro duque. Sin embargo, fue el estofado lo que despertó sus sentidos; no pudo evitar liberar un gemido de satisfacción cuando la salsa se entremezcló en su paladar, provocando una explosión de sabores. Sin duda, la cocinera se merecía el cielo por aquel plato.

Aquel sonido tan inesperado causó una sonrisa entre los presentes y Malcolm aprovechó para admirar a su futura esposa. La joven, que parecía tan inocente y sencilla en ese momento, había emitido un gemido del que él bien habría deseado ser el causante. Con los ojos cerrados y saboreando ese bocado, el caballero se deleitó con el rostro de una joven que, sin previo aviso, parecía haberse ganado un extraño lugar en su corazón, no estaba seguro si para bien o para mal. ¿Cómo alguien tan pequeño había logrado cambiarle toda la vida con apenas un beso?

—Ejem… —carraspeó Alfred llamando la atención de Malcolm, quien rápidamente giró el rostro para centrarse en su buen amigo. Se sentía avergonzado de que lo hubieran descubierto espiando en silencio el rostro de su futura esposa—. Y dime, Malcolm, ¿te quedarás mucho tiempo por el condado tras la ceremonia? ¿Dónde has pensado instalarte? Porque imagino que no llevarás a mi delicada cuñada a una travesía en barco durante meses, sin rumbo fijo… ¿No es así?

¿Travesía en barco? ¿Sin rumbo? ¿Acaso su prometido era marinero o comerciante?

—Con sinceridad, todavía no he pensado demasiado en ello. Bien sabes que el mar es mi hogar. Mi tripulación y yo teníamos un encargo para visitar dos de las islas de la costa africana para recoger una mercancía en varias semanas.

—¿A la costa africana? —preguntó Violet tras recuperarse de un atragantamiento causado por la sorpresa.

—Sí, mi buen amigo Malcolm es capitán de un navío. Trabaja para la corona y suele realizar viajes comerciales, diplomáticos o de exploración por todo el mundo.

—Ten por seguro que yo no pienso montarme en un barco en mi vida —declaró Violet con determinación, dejando clara su postura sobre un posible viaje que la implicara a ella. Ni por todo el oro de Inglaterra se montaría en un barco.

—¿Acaso repudias mi profesión? —preguntó el marinero un tono severo. No se dejaría amedrentar por una joven tan insufrible.

—No, por supuesto que no —dijo con una sonrisa socarrona—. Lo que sí puedo asegurar es que no me siento atraída por el mar, los navíos o las largas esperas en viajes en los que no puedo salir de mi transporte para disfrutar de los placeres que puede ofrecer el lugar.

—Lo agradable es compartir el rumbo con el mar y las experiencias que este ofrece.

—Sin duda lo será para usted, pero puedo garantizarle que mi estómago no resistiría el zarandeo causado por las olas.

—Y yo puedo garantizarle a usted que mi navío es totalmente confiable y me ha salvado en más de un aprieto. No debería juzgar tan a la ligera —replicó el joven capitán dedicándole una mirada firme. Era una insensatez dejar subir a una mujer a bordo de un navío, pues el mal fario

siempre acompaña a esas travesías, aunque el pensamiento de su futura esposa en la cubierta del barco le hizo estremecerse.

—Habla de él como si fuera una persona o un amigo —observó Violet con curiosidad.

—Siempre hablaré mejor de mi barco que de muchos de los hombres que he conocido a lo largo de mi vida, señorita Cavendish.

—Entonces es una pena que no vaya a conocerlo —respondió orgullosa, dejando totalmente claro de nuevo que ella jamás pondría un pie encima de unos tablones que surcan el mar.

—Eso todavía está por ver —dijo él triunfante, dando un sorbo a su copa de vino y retirando su mirada. Esa joven lo desquiciaba, pero sabía que dejarle con la palabra en la boca le enfadaría todavía más.

—¿Disculpe? —Violet no daba crédito a lo que estaba escuchando, por lo que intensificó su tono. Puede que su futuro esposo no la conociera, pero estaba a punto de mostrarle que ella no era alguien que se pudiera domar fácilmente— ¿Piensa obligarme a embarcar?

—¿Y usted piensa obligarme a asentarme en tierra firme?

—Un barco no es apropiado para una dama —rebatió ella con celeridad. Ese hombre no la obligaría a embarcar.

—Lo será para mi esposa —declaró él, tratando de zanjar la subida de tono que habían alcanzado con sus ataques.

—Eso ya se verá —repuso Violet.

—Bueno, bueno. Sin duda la cocinera ha hecho un gran trabajo en esta ocasión, querido, ¿no crees? —intervino Heather para rebajar la tensión que se había instalado entre los presentes.

La acalorada pero diplomática discusión entre los invitados había sido demasiado. La señora de la casa dio un golpe a su marido por debajo de la mesa para obligarle a intervenir y evitar que el daño fuera mayor.

Los prometidos parecían dos leopardos a punto de saltar sobre su presa. Violet no estaba dispuesta a ser obligada a embarcar y Malcolm, por otro lado, no podía vivir en tierra firme durante mucho tiempo. ¡Qué situación más complicada de resolver! Sin embargo, al igual que le ocurrió a ella, Heather estaba segura de que el destino tendría una peculiar forma de resolver la situación para su hermana. Solo esperaba que el barco, el condado y todos sus habitantes sobrevivieran al huracán que se avecinaba. Ella conocía el temperamento de Violet, y solo podía rezar para que Malcolm tuviera la paciencia para sobrellevar sus caprichos.

—Desde luego, querida. Estoy muy satisfecho con nuestra cocinera —respondió Alfred a sus invitados—. Fue una gran recomendación por parte de mi madre.

—Oh, sí. La duquesa tiene un gran ojo para las cocineras —respondió con ironía Violet, tratando de relajarse y regresar la atención a su plato. Lo cual le resultó complicado, pues su corazón latía desbocado.

—Veo que nadie escapa a la furia de sus comentarios mordaces, señorita Cavendish —respondió Malcolm a su prometida. Puede que ella estuviera dispuesta a recobrar la normalidad, pero, en el caso de él, su anterior discusión le había dejado en un estado de alerta tan extremo como cuando viaja en una tormenta de otoño—. En alta mar no disfrutamos de las habilidades de grandes cocineras, aunque Roberto, uno de mis mejores hombres, quien se alistó en España, tiene un don único.

—Sin duda, tendremos que hablar con Roberto para que se instale en nuestra propiedad cuando nos hayamos casado —resolvió Violet, remarcando cuáles serían los pasos a seguir una vez que estuvieran instalados en tierra firme. La idea de embarcar le parecía, cuanto menos,

descabellada.

—Lo dudo mucho, señorita Cavendish. Roberto ama el mar casi tanto como yo. Dejarle en tierra secaría su corazón.

—No se preocupe, señor Williams, me encargaré de que haya agua siempre disponible para todos sus marineros.

Ese último comentario fue la gota que colmó el vaso. Malcolm Williams dio un golpe seco en la mesa, lo que provocó que todos se alarmaran. Para su desgracia, no logró su objetivo con su futura esposa, la cual siguió disfrutando de su último trozo de estofado con verduras con toda la calma del mundo, con una triunfal sonrisa en el rostro. El marinero estaba furioso y ella no se dejaría amedrentar por la figura tan alta, musculosa y varonil que se había levantado como un resorte de la silla y permanecía paralizada y llena de furia a su lado. No daría su brazo a torcer.

—Alfred, señora York, muchas gracias por tan exquisita cena. Pero, ahora debo retirarme a descansar, antes de que mis nervios terminen por arruinar esta velada tan encantadora —se disculpó el marinero con premura, pues no quería que los anfitriones sufrieran las consecuencias de su falta de control. La insolencia de su futura esposa había sido demasiado para él. Necesitaba serenarse.

—Por supuesto, mi buen amigo. Te acompañaré a la puerta. Es una lástima que no puedas quedarte a tomar una copa.

—No te preocupes, la copa la tomaré en mi residencia.

Y sin más comentarios, los dos caballeros salieron de la sala, dejando a Violet pletórica y a Heather enfadada.

—No me puedo creer que hayas sido tan desconsiderada con tu prometido, Violet. El señor Williams es un hombre decente, con una buena profesión y ha decidido convertirte en su esposa.

—Yo no se lo pedí —replicó su hermana.

—Pero aceptaste su propuesta, así que más te vale cambiar esa actitud tan infantil o todos tus años de matrimonio serán un suplicio.

—Serán un suplicio para él, querida hermana.

—El amor es complicado, Violet. No comiences una batalla si no estás segura de que posees todas las armas para ganarla.

—¿Qué quieres decir con eso, Heather? —preguntó la joven preocupada. No comprendía del todo a su hermana.

—Que el destino es muy caprichoso, y, si no me equivoco, no tardará en actuar.

—A veces hablas en un idioma incomprensible, hermana.

Capítulo 6

Malcolm Williams apenas pudo descansar en toda la noche. Trató de calmar sus nervios cabalgando con furia por el campo hasta llegar a su propiedad; la tormenta que se desencadenó le pareció más una mofa del destino que un alivio para su frustración.

Desmontó del caballo y se dirigió lo antes posible a sus aposentos, donde se desprendió de toda la ropa mojada para evitar caer enfermo. Como marinero, había luchado contra la furia del tiempo en miles de ocasiones, pero esa noche parecía que su enfado había desencadenado algo completamente diferente en su interior.

¡Qué equivocado había estado con su futura esposa! Sin duda, era una joven agradable a la vista, con temperamento y desparpajo, que lo había cautivado en la boda de su amigo. Durante meses, su rostro había ocupado sus noches de descanso en alta mar. Sin embargo, su primera conversación en el concierto de la duquesa había sido una demostración de lo antojadizas que podían llegar a ser las primeras impresiones. Toda esa belleza había quedado opacada por un carácter caprichoso, una mala lengua y, por lo que había visto esa misma noche, un claro desdén hacia su profesión.

Con sus caminos entrelazados por un beso, Malcolm estaba dispuesto a omitir su agrio temperamento y llegar a un entendimiento con ella. Mas su desconocimiento en el trato de las féminas lo había mantenido alejado de ella desde la propuesta. ¿Cómo se supone que debía actuar con una mujer a la que no conocía, pero con la que iba a casarse en solo unos días?

La cena en casa de su buen amigo le había demostrado cuán equivocado estaba respecto a sus posibilidades de mantener un matrimonio apacible. Aquella joven era insufrible y, por desgracia, estaba ligado a ella de por vida. ¿Por qué había permitido que ese beso tuviera lugar? Trató de buscar una explicación racional que lo alejara de la justificación real que bien conocía: había ansiado ese beso, sus labios y su abrazo desde el primer instante en que la vio, aquel día de septiembre del año anterior. Era una sirena que lo había tentado, y besarla parecía ser la forma inequívoca de tocar el cielo que su mirada le había prometido.

Él mismo había cavado su propia tumba.

Al otro lado del condado, la situación no era muy diferente. Violet había recibido una reprimenda por parte de su hermana Heather, pero ella seguía furiosa ante la clara intención de su futuro marido de que abandonara tierra firme para enrolarse en una misión en alta mar junto a él.

Por más vueltas que le diera al asunto, sabía que aceptar que el destino los había unido era algo innegociable. Ella había cometido la osadía de besarlo en un lugar público y, tras ser descubiertos, ambos debían pagar las consecuencias. Por un instante recordó esos ojos azules y la fuerte atracción que le causaban. Había soñado con él durante más tiempo del que quería reconocerse a sí misma, y su rostro moreno por el sol y sus toscas manos, le habían servido de vara para medir a otros caballeros. Sin embargo, era su voz dura y segura lo que la desarmaba por completo. Recordó la pasión con la que devoró sus labios y la ternura con la que la estrechó

entre sus brazos para afianzar ese beso que ella misma había comenzado.

Por más que ansiara repetirlo, debía admitir que algo dentro de ella parecía odiar cada cosa que él representaba. Había sido un bruto y un insensible con ella. ¿Qué haría una dama como Violet en alta mar? ¿Es que acaso él no había pensado en echar raíces y asentarse en algún lugar tras casarse? Desde luego, ella no estaba dispuesta a subirse a un caparazón de madera con la intención de cruzar océanos en busca de aventuras. Todas las aventuras que ella deseaba vivir estaban allí, en la sociedad que tanto frecuentaba, y, no hacía falta repetirlo, en tierra firme. Si tenía que pelearse con su futuro marido una y otra vez, lo haría.

Apenas quedaban dos días para la ceremonia y, por mucho que ella deseara ignorar el hecho de que al fin sería una mujer casada, todavía rezaba para que sucediera algo que fuera capaz de detener aquella absurda situación. Sin embargo, las horas se consumían poco a poco, y la parroquia se llenaba de decoración y detalles para el evento. Por supuesto, la propiedad del conde Cavendish también estaba siendo acondicionada bajo la atenta supervisión de la duquesa, quien no perdía una sola ocasión para remarcar las claras diferencias entre su espectacular propiedad y la de su amigo. Violet, que se sentía en parte agradecida a la duquesa por ayudarle a organizar un evento de semejante magnitud, también se sentía frustrada porque el decoro le impedía hablar de forma concisa con esa señora. Era una mujer insufrible. Se lamentaba por su cuñado y hermana.

Violet siempre había soñado con el día de su boda o, más bien, con el galán que la esperaría en el altar. Dicho galán había tenido múltiples rostros en función del interés romántico de la temporada o del momento, pero desde la boda de su hermana solo una figura había ocupado ese lugar. Una figura que, dentro de dos días, estaría frente a ella prometiendo respetarla y quererla durante todos los días de su vida. Era posible que, dados los últimos acontecimientos, respeto y amor fueran dos palabras que no estarían presentes en su matrimonio. El suyo no era más que un matrimonio forzado por las circunstancias. No había amor. Y por lo visto, también carecía de respeto.

Malcolm. El simple hecho de llamarle por su nombre le provocaba un cosquilleo en el estómago. Un excitante cosquilleo que Violet deseaba que se transformara en algo más.

En ese mismo instante, mientras escuchaba las frases sin sentido de la duquesa, tomó una decisión. Una decisión que, aunque iba en contra de sus principios, creía que sería lo más adecuado.

Como la dama bien educada que era, esperó a que la duquesa se marchara al fin a su propiedad y tomó prestado el coche de caballos para llegar a la casa que Malcolm Williams tenía alquilada, tal como su padre le había indicado.

Su cochero le ayudó a bajar de la calesa y luego ella se acercó a la puerta para llamar, mientras se llevaban a los caballos a otra parte de la finca. Era una casa muy modesta, sencilla, sin apenas lujos y con un terreno muy pequeño a su alrededor. ¿Qué había esperado de un marinero? Con el amor tan intenso que profesaba al mar, le extrañaba que el barco no estuviera amarrado en el río más cercano.

Tras llamar varias veces, Violet se impacientó, pues nadie le respondía. ¿Acaso no habían escuchado cómo tocaba a la puerta? ¿No estaba el servicio atento a las posibles visitas? Con la

esperanza perdida, y ante la posibilidad de que su futuro esposo no estuviera en casa, se dio la vuelta, molesta, dispuesta a marcharse por donde había venido. Justo en ese instante la puerta se abrió, revelando al otro lado a dos hombres: su cuñado, Alfred, y su prometido, Malcolm Williams.

—Violet, mi querida cuñada, ¿qué haces aquí? —preguntó Alfred entusiasmado ante la iniciativa mostrada por su cuñada al visitar a su amigo. Heather le había dado pocas esperanzas de que su hermana se portara de manera sumisa y pidiera disculpas a Malcolm.

—He venido para… —trató de decir Violet antes de quedarse muda.

El hombre que estaba parado frente a su cuñado lucía más irresistible que nunca en esa mañana soleada, a pesar de que tenía el rostro cansado y todo él parecía exhausto. Tenía el pelo alborotado y manchas de tierra en el rostro. Las miradas de ambos conectaron y Violet sintió que sus piernas perdían su firmeza habitual para causarle un ligero temblor. ¿Para qué había venido hasta allí? No podía pensar con claridad.

—¿Para hablar con Malcolm? —intervino su cuñado—. Sin duda, una gran idea. Debo regresar a mi propiedad, viejo amigo. Te dejo en buena compañía —se despidió Alfred con energía antes de partir hacia su residencia con una sonrisa en el rostro.

—Alfred, espera… —trató de decir Malcolm antes de darse cuenta de que su amigo ya había llegado al final de la escalinata y, o no le escuchaba, o no le quería escuchar.

Al atravesar el umbral para ir en su busca, se quedó paralizado ante la presencia de un calor seductor. Violet estaba a un paso de él, aguardando un saludo o algún gesto por su parte.

—Buenos días, señor Williams —dijo la joven con una sonrisa apacible en el rostro.

Con la respiración todavía entrecortada por la sorpresa de su visita, Malcolm se giró lentamente para confrontarla. Allí estaba. Ese ángel indomable que tanto le atormentaba. En ese momento lo contemplaba con cierta calma.

—Buenos días, señorita Cavendish —respondió con cortesía, pero sin tomar ninguna iniciativa. ¿Cómo podría? Sus ojos marrones eran tan seductores como traicioneros. ¡Cuánto deseaba a esa mujer!

—¿Podría invitarme a entrar? —propuso ella al ver la pasividad de él.

—Por supuesto, disculpe. He olvidado mis modales por completo. ¿Le gustaría pasar adentro de la casa?

—Gracias.

Malcolm hizo un gesto para que ella se adelantara y así poder tener más intimidad. Violet no sabía a dónde debía dirigirse. No había estado nunca en la casa de su prometido y tampoco quería tomarse el atrevimiento de cruzarla sin su beneplácito. Después de todo, había ido allí con la intención de hacer las paces.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó un atónito Malcolm. ¿Qué sería lo que la traía a su casa en aquella mañana soleada? Su última conversación había sido cuanto menos cortés, lo cierto es que no esperaba verla hasta el día de la ceremonia.

—Deseo disculparme con usted por acudir a su casa sin previo aviso. No es de buena educación, y es posible que tenga otras ocupaciones que atender. Si considera que debería marcharme y…

—En absoluto, estoy a su disposición —la interrumpió él. Por supuesto que tenía cosas de las que ocuparse, pero la curiosidad era más fuerte.

—Muchas gracias, señor Williams. Verá —comenzó a decir Violet, dando un pequeño paseo por la pequeña estancia que se hacía llamar sala de estar, para evitar mirarlo directamente a la cara. Era consciente de que, si lo hacía, perdería el hilo de todo aquello que deseaba decirle—,

he estado evaluando la decisión que nos hemos visto obligados a tomar y, dadas las circunstancias, me gustaría ofrecerle un trato.

—¿Un trato? Soy todo oídos —contestó rápidamente el capitán.

—Es evidente que ninguno de los dos deseamos este matrimonio. Somos dos personas tan diferentes que apenas es comprensible que alguien pueda considerar que somos compatibles. Sin embargo, pronto seremos esposos.

—La escucho.

—Quisiera ofrecerle una tregua, señor Williams —dijo Violet centrándose por fin en él.

—¿Una tregua? —Aquella propuesta dejó atónito al capitán, quien estaba más nervioso por los pasos de Violet que por la propuesta en sí. Se acercó hasta la joven y tomó su mano para detenerla. Ella se quedó atrapada, sin remedio ni escapatoria, en un mar infinito.

¿Qué estaba diciendo? Violet había acudido a la casa de Malcolm con una idea en mente, pero, en ese preciso instante, no era capaz de recordar cuál era. Su mano derecha ardía bajo el toque de unos dedos toscos y fuertes, y su mente vagaba sin rumbo entre la razón y el deseo.

—¿Tendría la bondad de explicármelo, señorita Cavendish? —insistió él sin separar sus manos.

—Me gustaría pedirle que enterráramos el hacha de guerra —respondió la joven, tragando saliva.

—¿Para siempre? —preguntó curioso. Puede que encontrara odioso el temperamento de su futura esposa, mas, por otro lado, esa parte retadora le excitaba.

—No sé si siempre será demasiado tiempo… Por el momento diría que… hasta que pase el enlace.

—Son solo dos días, ¿cree que será capaz de mantener la promesa? —preguntó él con un doble sentido, o, mejor dicho, devolviéndose la pregunta a sí mismo.

—No me agrada recibir reprimendas de mi familia, ni estar en boca de todos por un mal comportamiento.

—Pensé que disfrutaba siendo el centro de atención —añadió él, echando más leña al fuego. No sabía si era correcto o no zarandear la rama de olivo que ella le estaba ofreciendo.

—En circunstancias normales, estaría más que encantada, pero me temo que nuestra indiscreción dará que hablar durante años y es más que suficiente.

—Apenas un puñado de personas conocen nuestra… situación. —«Indiscreción», quiso decir él. Sin embargo, no quería tentar más a su suerte, aunque provocarla era un vicio que estaba seguro que le haría caer en el infierno.

—Las suficientes para hacerme vivir un calvario —respondió ella de manera altiva.

—¿Cree que casarse conmigo será un calvario, señorita Cavendish? —inquirió él entre divertido y molesto.

—Por el momento no me ha dado razones para pensar que será gratificante.

No podía resistirse. Malcolm Williams era débil ante las insinuaciones de la pantera que residía dentro de la joven. Era incapaz de reprimir las ganas de provocarla y llevarla al extremo. De ver cómo el brillo de sus ojos se tornaba en furia apasionada. ¿Cómo es que ningún caballero había tenido la valentía de pedirle matrimonio? Era todo fuego. Era eso lo que había visto aquella noche en el concierto de la duquesa y lo que había terminado por causarle la ruina. Una ruina que deseaba con todas sus fuerzas que le permitiera volver a besarla.

Ella había declarado que su matrimonio sería un calvario y que, evidentemente, no estaba de acuerdo con él, pero, en ese instante, Malcolm Williams estaba decidido a demostrarle que su compañía podía ser mucho más interesante.

Acercó la mano libre con rapidez para tocar el rostro perfilado y suave de ella. Malcolm esperaba que se retirara con desgana, sin embargo, no lo hizo, al contrario, se acercó más hacia él. Era consciente de que sus manos no eran las más apropiadas para dibujar caricias en el rostro de una joven tan hermosa, pues el mar le había dejado marcas propias de su oficio. Sus dedos se encargaron de recorrer sus mejillas hasta llegar a su mentón.

En ese instante, los ojos de ella se cerraron para disfrutar más de esa inesperada experiencia. Era una sirena. Con cuidado, se aproximó a esos carnosos labios que tanto había anhelado y las yemas de sus dedos los recorrieron con deleite. Dio un paso al frente, pues solo una fuerza llamada razón lo mantenía alejado de ella. Únicamente tenía que agacharse y tomar la razón de su locura. Sin embargo, no lo hizo.

Violet sentía que su corazón latía con fuerza. Eso no era lo que había esperado al llegar con una propuesta de paz a la casa de su prometido, aunque, Dios mediante, tampoco estaba dispuesta a rechazar el acercamiento. Su cuerpo lo había deseado desde el mismo instante en que lo vio en el umbral de su casa. Era demasiado varonil como para resistirse a él. No lo había hecho en el jardín de la duquesa y tampoco lo haría en casa del marinero.

Sus manos estaban demostrando una delicadeza extrema al tocarla. La sacudida que había sentido cuando él había tomado su mano no se parecía en nada al calor que desprendía su otra extremidad mientras jugaba en silencio a recorrer su rostro. Como si tratara de memorizarlo. Como si lo adorara en secreto. Pero cuando sus manos rozaron sus labios, Violet sintió que la razón era algo que el tiempo había dejado atrás. Separó con cuidado los labios y dejó escapar un gemido. Deseaba con todas sus fuerzas que él la besara. Que le demostrara que esa furia de marinero, y la tensión que compartían, era igual de indómita cuando estaba en sus brazos.

Puede que le hubiera ofrecido una tregua, mas su cuerpo y su corazón ansiaban desatar una guerra.

Fue en ese instante cuando sintió un ligero soplido en su oreja derecha. Una proximidad que estaba provocando que su sangre hirviera, hasta que unas palabras la tentaron.

—Podría demostrarle cuán agradable puede ser un calvario, señora Williams —susurró él de manera seductora, presionando un poco más.

Señora Williams. ¿Ya era de su propiedad? ¿Acaso esto era un juego para él? Fue esa sencilla insinuación lo que sacó por completo a Violet de su trance y apagó de golpe el fuego que parecía estar consumiéndola por dentro. Dio dos pasos hacia atrás, rompiendo el contacto y tratando de recuperar la compostura. Por algún motivo, la satisfacción que vio en el rostro de su futuro esposo le molestó muchísimo, y sintió que todo ese momento había sido solo un paso más en su juego de hombre. ¡Maldito marinero insensible! Indignada se enfrentó a él.

—Yo misma le mostraré lo que es vivir un calvario, señor Williams.

Capítulo 7

Todo parecía estar predestinado al fracaso: el enlace entre Malcolm y Violet; la incapacidad de la duquesa de no robar el protagonismo del evento; la tirante e inestable paz entre dicha señora y Susan Cavendish… Incluso el clima parecía haberse vuelto en su contra.

Aquella fatídica mañana en la que Violet Cavendish abandonaría la soltería para convertirse en la señora Williams, había comenzado, sin duda alguna, con mal pie. Unas desapacibles nubes habían decidido instalarse en el cielo como advertencia de que sus actos no parecían contar con la aprobación divina.

Violet vertió su desayuno por el vestido que se había puesto esa mañana para bajar al comedor. Además, Bella había enumerado la cantidad de cosas divertidas que podría hacer una vez que su hermana hubiera abandonado la casa familiar, demostrando que no necesitaba de su presencia. Por otro lado, el señor Cavendish había cambiado bastante su postura acerca del matrimonio de su hija y, días antes de la boda, comenzó a mostrarle su apoyo.

Por supuesto, las hermanas Cavendish llegaron bien temprano esa misma mañana a la casa familiar, para presenciar el enlace de su hermana menor. Charlotte, Susan y Heather, junto a sus respectivos esposos descendieron de sus carruajes para abrazar a su querida familia y agasajar a una nerviosa novia que parecía estar entusiasmada por el enlace.

Sin embargo, en su fuero interno, Violet Cavendish no estaba ni remotamente entusiasmada por el enlace. Al contrario, agonizaba. Puede que Malcolm Williams contara con la amistad de su cuñado y de algunos de sus amigos, pero, sin duda, ella no estaba hecha para ser la esposa de un marinero, y mucho menos de un hombre tan poco respetuoso como él. Quizá el hecho de que tratara de tentarla a cada segundo era algo que no le entusiasmaba demasiado… o puede que fuese al contrario. Todavía era capaz de recordar el fuego que había despertado en ella durante su visita y lo fácil que había caído presa de sus encantos. ¡Maldito marinero! Había tratado de seducirla con el fin de demostrarle el poder que tenía sobre ella.

Con una sonrisa fingida en el rostro, se alegró de que sus hermanas la acompañaran en ese viaje hacia el purgatorio. Pagaría por sus pecados, pero no estaba dispuesta a que su vida conyugal estuviera dominada por los caprichos de un marinero cualquiera. Quería dejar claro que ella era demasiado para él. Que no la podría controlar.

—Estás preciosa, querida hermana —dijo Charlotte muy emocionada. No podía negar que ver a Violet vestida de novia era un sueño, algo casi irreal, pues nunca había pensado que lograría encontrar a un hombre capaz de controlarla. Su temperamento tan caprichoso no la convertía, precisamente, en la esposa perfecta.

—Estoy de acuerdo con Charlotte, nunca he visto a una novia tan hermosa —secundó Heather, indicando a su hermana que se diera la vuelta lentamente para que pudieran admirarla desde todos los ángulos posibles.

—Salvo a mí, querida Heather. Yo lucía espléndida el día de mi ceremonia —alardeó Susan sin reparo alguno.

—Todas estuvimos hermosas el día de nuestro casamiento, pero eso no es lo más importante. —Heather hizo una pausa, intentando contener la emoción del momento—. Lo más importante es la felicidad que nos reportó.

—Eso lo dices porque tanto Heather como tú os casasteis con vuestro mejor amigo.

—¿Acaso tú saliste mal parada, Susan? —cuestionó Charlotte con picardía, dedicándole una sonrisa que todas supieron interpretar.

—En absoluto. Para nada. No puedo quejarme en lo más mínimo. Mi marido sigue tan fogoso ahora como lo era antes del matrimonio —contestó a aludida con tono pícaro.

—¡Cómo puedes decir eso! Compórtate —la reprendió Charlotte dándole un golpe con su guante. El comportamiento libertino y censurable de su hermana era algo que nunca había logrado comprender, ni tampoco corregir. Una cosa era compartir el lecho en secreto antes del matrimonio, y otra muy diferente que todos estuvieran al tanto de dicha imprudencia.

—Oh, vamos. Todas sabemos que es lo más divertido de todo —añadió Heather, dándoles a entender que ella había sido igual de atrevida—. Además, Violet lo descubrirá dentro de poco.

Las hermanas mayores de Violet se echaron a reír, para desgracia de la novia, quien trataba con todas sus fuerzas de no revelar cuán desgraciada se sentía por estar a punto de casarse con un hombre que no tenía ninguna pizca de decencia.

—Bueno, dejemos este tema. Violet debe estar tranquila. Todo está preparado en la entrada de la casa. Los coches nos están esperando y seguro que los caballeros estarán nerviosos.

—Alfred no nos acompañará a la iglesia, Violet. Ha acudido a prestar su ayuda al señor Williams, ya que no goza de muchas amistades aquí. Ha prometido que, por primera vez en su vida, logrará que el señor Williams llegue a tiempo.

—Es comprensible —respondió Violet, interviniendo por primera vez en la conversación. Sus hermanas habían acaparado gran parte del momento, y casi lo prefería, pues así no podían apreciar su nerviosismo. Puede que no deseara ese casamiento, pero eso no evitaba que estuviera inquieta. Era el día de su boda. Su vida estaba a punto de cambiar. Para siempre.

Apenas quedaba media hora para la ceremonia cuando los invitados comenzaron a llegar a la parroquia. El coche de caballos que alojaba en su interior a Malcolm y a Alfred llegó justo a tiempo. Allí recibieron el abrazo de una docena de hombres que formaban parte de su tripulación y algunos oficiales de la marina que habían acudido para el enlace. El único encargo que Malcolm había hecho a la duquesa era que enviaran invitaciones a sus oficiales para que le acompañaran en ese día tan señalado. El resto lo dejó al antojo de la señora y de su futura esposa. Al capitán le reconfortó ver caras conocidas, y su humor pareció apaciguarse conforme daba los pasos que lo separaban del altar de la iglesia.

Y allí esperó. Paciente. Nervioso. Inquieto.

Estaba a punto de convertirse en un hombre casado y, aunque es cierto que no había llevado una vida llena de desenfreno y mala fortuna como algunos de sus compañeros de alta mar, sí que echaría en falta ciertas tareas asociadas a su oficio, o la libertad que este le permitía.

Sin embargo, sus nervios comenzaron a aflorar cuando la novia hizo acto de presencia junto a su padre en el edificio. Las hermanas Cavendish, a quienes había conocido vagamente durante la ceremonia de casamiento de su gran amigo Alfred, tomaron asiento cerca del altar y esperaron a que llegara Violet.

Violet. Estaba hermosa. No podía negarlo. Malcolm sintió cómo su corazón se salía del pecho en cuanto sus ojos se posaron en ella. Allí estaba, su sirena, caminando lentamente hacia

él. Tenía una extraña sonrisa en el rostro. Una mezcla entre felicidad, miedo y satisfacción. Emociones tan contradictorias que parecían imposibles de crear una expresión. Pero allí estaba, y durante ese tiempo, se sintió atrapado por ella.

Cuando el conde le entregó a su futuro yerno a su hija, Malcolm tragó saliva y esperó que nada pudiera entorpecer ese instante que estaba a punto de cambiarlo todo. Se sentía tan nervioso como cuando subió a un barco como marinero ordinario por primera vez.

La ceremonia apenas duró una hora, en la que los novios recitaron parte de los textos sagrados y escucharon con atención las palabras de aliento y comunión del párroco, quien les deseó un matrimonio dichoso, lleno de hijos y prosperidad. La palabra «hijos» hizo temblar a Malcolm, quien nunca, jamás, había soñado con tener esposa, y mucho menos una familia. Siempre había declarado firmemente que jamás dejaría una mujer e hijos esperando durante meses de soledad en tierra. Permanecer soltero sería lo mejor. Pero ahí estaba ahora.

Tras recitar la bendición final, Malcolm se acercó a su joven esposa y depositó un beso en su frente, sellando así su unión. Un beso casto e inocente que para nada describía el deseo que en ese instante estaba experimentando el recién casado.

Tal y como había comenzado el día, las nubes hicieron acto de presencia durante todo el banquete posterior a la ceremonia en la casa del conde Cavendish. La duquesa se había encargado de instalar unas carpas en el jardín trasero, por si acaso la lluvia decidía instigar el día, y eso dio cierta paz a los invitados.

Malcolm y Violet no sabían cómo actuar. No obstante, Violet hizo gala de su entusiasmo por los actos sociales y, como tantas otras veces había visto hacer a otras parejas, tomó a su esposo del brazo y le indicó que debían pasearse entre los invitados para dar las gracias por su asistencia y recibir sus buenos deseos. El marinero, confuso y sintiéndose fuera de lugar, aceptó las indicaciones de su esposa y juntos atendieron a todos los invitados. Por alguna extraña razón, parecían complementados.

Como era de esperar, ninguno de ellos probó bocado durante toda la fiesta y cuando los invitados comenzaron a abandonar el lugar, Violet Cavendish o, mejor dicho, Violet Williams, se quedó confusa. ¿A dónde debía ir ella ahora? No había prestado atención a ciertos matices importantes de una mujer casada, ni tampoco había preguntado. ¿Dónde vivirían ahora que estaban casados? ¿Cuál sería su asignación? ¿Gozaba su marido de fortuna suficiente para mantenerla? ¿Qué relaciones o vínculos tendría en adelante con la alta sociedad? ¿Dispondría de coche de caballos propio? Decenas de preguntas acudieron a su mente y maldijo por no haber estado centrada en averiguarlos. En el fondo de su corazón, había esperado que algo hubiera detenido aquella cadena de acontecimientos que finalmente había terminado en matrimonio.

Sus hermanas, cuñados y amigas se despidieron de ellos con efusividad, deseándoles una gran nueva vida, y los instaron a retirarse a su nueva casa para comenzar con su noche de bodas. ¿Noche de bodas? Violet gritó para sí misma. ¿De verdad iban a tener una noche de bodas real si apenas eran capaces de conversar sin discutir? No podía negar que aquel hombre despertaba algo en ella, algo próximo a la atracción y el deseo, pero de ahí a sucumbir a sus encantos en el placer carnal… eso era otra cosa.

Malcolm ayudó a su joven esposa a subir a la calesa y después la siguió al interior de

esta, tomando asiento enfrente para partir hacia su nueva casa.

—Malcolm… —dijo ella con total timidez. ¿Debía llamarle Malcolm o señor Williams? No sabía cuál era el protocolo, puesto que no eran un matrimonio convencional en el que el cariño y el afecto propiciaran la cercanía de trato.

—Sí, señora Williams —respondió él levantando la mirada. No se esperaba que ella tuviera la vista puesta en sus guantes, los cuales se recolocaba de forma compulsiva, demostrando así los nervios que sentía. Malcolm encontró el gesto adorable.

—¿Vamos a su propiedad? —inquirió aún con la mirada gacha.

—No. No vamos allí.

—¿Entonces? No comprendo. —Violet lo miró al fin. Estaba confusa. Si no se dirigían a la casa que había visto días atrás, ¿a dónde iban?

—Hace unos días recibí la visita de su padre para informarme de la presencia de varias fincas en venta en la zona. Me recomendó algunos emplazamientos y los visité todos. Escogí el que consideré más apropiado para nosotros.

—¿Ha comprado una casa? —preguntó ella atónita.

—Sí, por supuesto —respondió él mostrándose contrariado—. ¿Acaso se extraña?

—Pensé que…

—¿Que nos lanzaríamos a la mar tras terminar la ceremonia? —quiso saber el marinero para confirmar sus sospechas.

—¿Sí…? —respondió ella con inseguridad en su voz.

—Muy propio de usted sospechar ese tipo de cosas. Por el momento tengo que resolver asuntos en tierra.

—Muchas gracias —dijo aliviada la joven, devolviéndole una mirada tierna y cálida a su esposo. No esperaba un gesto así por su parte. Aunque sus palabras no alentaban que fuera una situación definitiva, eran un comienzo.

—Además, mi tripulación no está preparada para ver embarcar a una mujer. Siempre se dice que es algo de mal fario y, por supuesto, mantendría distraídos a mis hombres.

—¿Perdone? —Su tono de voz denotaba ahora incredulidad.

—Además —continuó él—, no estoy muy seguro de que pueda soportar una larga travesía.

Maldito. Al parecer, Malcolm Williams era capaz de hacer algo noble y bonito por ella, y al mismo tiempo arrojarlo por tierra con unas horribles palabras. Por unas horas había olvidado lo odioso que podía ser ese hombre. Ruin.

Entraron en la propiedad al caer la noche. Violet apenas podía distinguir nada entre el bosque y la maleza, pero una casa, más grande de lo que había esperado, se presentó ante ellos. Violet estaba deseosa de conocer la zona. Tomó nota, sería lo primero que haría a la mañana siguiente. El coche de caballos se detuvo y alguien abrió la puerta desde fuera para ayudar a la joven pareja a bajar.

Juntos, aunque sin aproximarse más de lo necesario, admiraron el que sería su hogar de ahora en adelante. Luego subieron los escalones blancos y entraron en él.

En el interior aguardaban varios miembros del servicio, que se presentaron como es debido cuando la nueva señora de la casa entró. Malcolm advirtió que ella trataba de memorizar sus nombres, aunque puede que fuera demasiada información de golpe. Después, todos se retiraron y desearon lo mejor a los novios, indicándoles que si necesitaban algo se lo hicieran saber.

Violet dio varias vueltas sobre sí misma para admirar el interior de la casa. No parecía tan

grande como su antigua casa familiar, pero tenía un tamaño y aspecto bastante acogedor. Más de lo que habría esperado para un ogro como Malcolm Williams. ¿Un ogro? No fue lo que Violet apreció en su rostro cuando detuvo sus giros al notar la forma en la que él la estaba contemplando.

—¿Es de su gusto, señora Williams? —preguntó Malcolm con una sonrisa en el rostro. Estaba expectante. Deseaba que la casa fuera de su agrado, pues había invertido una gran suma de dinero en ella.

—Es más acogedora de lo que había esperado —admitió ella con sinceridad.

—¿Y qué esperaba? —preguntó él con curiosidad.

—Un barco frío y destartalado.

—Entonces espero que encuentre inspirador su dormitorio.

—¿Mi dormitorio?

—Sí, por supuesto.

En ese instante, Violet Williams se quedó petrificada. ¿Su dormitorio? ¿Acaso no compartirían dormitorio? Ese comentario le generó confusión puesto que, por una parte, se alegraba de no tener que compartir el lecho con Malcolm, ni sentirse forzada a hacer nada, pero, otra parte de ella, la que estaba dominada por el impulso y algo más visceral, estaba protestando. ¿Qué había esperado realmente de su noche de bodas? Había soñado con tener intimidad con él durante meses, desde su primer encuentro, mas no esperaba que resultara de esa forma tan fría. Al contrario, ella ansiaba algo más cálido. Mucho más.

—¿De verdad esperaba que durmiéramos en la misma habitación, señora Williams? —preguntó él con picardía mientras se acercaba lentamente hacia ella. Los ojos de Violet se movieron erráticos y, tras comprender el trasfondo del mensaje de él, se tornaron en furia.

Esa simple pregunta había despertado a la fiera que quería ver en ella. Dios, Malcolm Williams sí que había ansiado dormir con ella esa noche, pero, como era un hombre decente, se tendría que conformar con saber que estaría en la habitación de al lado, y que sus ojos lo odiaban tanto como su cuerpo lo deseaba.

—¿Quién querría pasar la noche con usted? —rebatió con enfado la joven—. Haría bien en quitar esa sonrisa de autosuficiencia de su cara, querido esposo. Mis deseos no están orientados a su lecho.

—Eso está por ver.

Capítulo 8

Su noche de bodas resultó muy distinta a lo que Violet siempre había soñado. Su idílica noche de pasión junto a un hombre fuerte que la amara durante horas, se había transformado en una solitaria y silenciosa sucesión de minutos en una habitación que, si bien estaba caliente porque habían encendido un pequeño fuego, no era ni remotamente parecido al fuego que ella esperaba.

Su mente era una contradicción en sí misma, y eso la mantuvo despierta más tiempo del deseado, a pesar de lo cansada que encontraba por todo el ajetreo del día.

Por una parte, se sentía agradecida de que Malcolm hubiera comprado una propiedad relativamente grande para convivir juntos y hubiera tenido la consideración de hacer algunos preparativos en su nombre, abandonando la estúpida idea del barco. Estaba segura de que la estancia que habían preparado para ella había recibido el toque de una mujer, pues mostraba una delicadeza de la que los hombres carecían. Además, su esposo se había mostrado atento a sus indicaciones durante la ceremonia y el festejo posterior. Aunque Violet estaba segura de que era por desconocimiento de las normas sociales y la búsqueda incesante de una guía experta más que por devoción hacia ella.

Todo lo bueno que parecía tener ese hombre se transformaba en enfado cuando mostraba su verdadero rostro. Insufrible o no, ahora era su marido y les esperaba una sucesión de años juntos en los que tendría que aprender a tolerarlo o su vida sería un infierno. En ese instante, Violet pensó si había algo de malo en que así fuera. Una parte de ella ansiaba esas discusiones, y otra las aborrecía. La pregunta con la que se durmió fue: ¿cuál de las dos pesaba más?

Al otro lado de la pared se encontraba un marinero que, otra noche más, se mantenía en vela. Pero, en esa ocasión, por una razón muy diferente. Tenía un cúmulo de sensaciones en el cuerpo demasiado contradictorias para permanecer tranquilo.

Contemplar a su hermosa esposa entrando en la iglesia y darle su promesa de fidelidad y amor eterno, había sido algo que le había reconfortado el corazón. Demasiado hermoso para ser merecido por un hombre de su condición. Dada su profesión, nunca había soñado con tener una esposa, y, ahora que la tenía, no sabía cómo comportarse con ella.

Por otra parte, su inocencia al pensar que compartirían el lecho había sido dulce y tentadora; al igual que lo era toda ella. Él no habría deseado otra cosa que invitarla a su dormitorio para que disfrutaran juntos de uno de los mayores placeres del matrimonio, mas, precisamente porque no era un hombre despreciable, había encargado preparar una habitación separada para ella. Violet no estaba lista. Ellos no estaban preparados para ese compromiso. Puede que estuvieran casados, pero el afecto necesario para yacer juntos sería algo más que complicado de conseguir.

Por el momento, él quedaba satisfecho con lograr despertar a la fiera que había tras esa piel que tanto deseaba besar y sentir. No sabía cuánto duraría esa aventura, pero estaba dispuesto a levar el ancla y ver hasta dónde lo llevaba.

Violet Williams se despertó esa mañana sintiendo que nada había cambiado y, sin embargo, todo lo había hecho. Ya no compartía la habitación con su hermana, ni ese era su antiguo dormitorio. Ahora, una alianza descansaba en su dedo anular. La soledad de una casa sin gritos se presentaba ante ella, y el recuerdo de una boda que parecía ser el principio de una nueva vida la traía de vuelta a la realidad. Era una mujer casada.

Minutos más tarde se levantó de la cama, abrió el armario y se encontró con que sus enseres y vestidos estaban dispuestos en él. Sin duda, alguna de sus hermanas, o puede que la propia duquesa, se había encargado de ello. ¿Cómo había sido tan despreocupada como para no pensar que necesitaría ropa en su nuevo hogar? Tomó uno de los vestidos y, sin solicitar ayuda del servicio, se vistió para bajar a desayunar. No le había dado tiempo a explorar la casa, así que descender las escaleras tras recorrer el pasillo de la planta superior le pareció emocionante. Pudo apreciar que, a pesar de la grandeza de la casa, en esencia era muy sencilla y acogedora. El olor a té y a pan recién horneado, junto con galletas de mantequilla, despertó y guio sus sentidos hasta un pequeño e íntimo comedor que albergaba una mesa alargada con múltiples sillas. Allí estaba Malcolm, ocultando su rostro tras un periódico.

—Buenos días —saludó Violet cálidamente, acercándose sin prisa a la mesa.

—Buenos días, esposa. ¿Qué tal ha descansado? —preguntó él con cariño y tranquilidad, bajando el periódico para mirarla. ¿Dónde se encontraba el hombre retador y molesto de la noche anterior? Aunque esa pregunta no era la que más perturbaba a la joven, sino a cuál de las dos versiones prefería.

—Me costó conciliar el sueño. Añoro mi cama de siempre, el hogar en el que crecí…

—Me ocurrió lo mismo. Todavía me cuesta hacerme a la idea de que no duermo en una cama en constante movimiento, ni escucho los ronquidos de otros hombres —dijo su esposo de manera afable.

—Claro —respondió Violet dándose cuenta de lo poco que conocía realmente a su marido. ¿Siempre estaba navegando o alguna vez había tenido una casa propia en tierra a la que regresar y llamar hogar?

—Si lo desea, podemos dar un paseo por la propiedad, para que pueda familiarizarse con la finca —ofreció él.

—Me encantaría.

—De acuerdo, desayune primero.

—Por supuesto —dijo ella, dudando de cuál sería el lugar apropiado para sentarse. ¿Junto a él? ¿En el extremo opuesto de la mesa? Sin darle más importancia, se sirvió algunos alimentos del aparador que habían dispuesto con el desayuno y tomó asiento ante la atenta mirada de su esposo, quien fingía leer el periódico de nuevo.

Tras el desayuno, la joven pareja salió de la residencia para recorrer la propiedad. Primero se dirigieron a la parte trasera de la casa, donde se encontraba un pequeño cenador frente a un jardín de grandes proporciones. Violet podía divisar algo parecido a un lago y sugirió a su esposo que se acercaran para verlo con detenimiento. Los árboles crecían a su alrededor, dotándolo de un aire misterioso e íntimo. Después, recorrieron la rivera del mismo hasta llegar a uno de los laterales de la propiedad, donde se encontraban un pequeño establo con distintos

cubículos, en el que que solo tenían dos animales. Violet sabía cabalgar, pues su padre se había empeñado en que todas sus hijas aprendieran, aunque no esperaba que la renta de un capitán le permitiera el lujo de tener caballos. Por último, visitaron un pequeño huerto justo detrás de las caballerizas.

La propiedad no era tan grande como la que Violet había soñado poseer al encontrar un esposo digno para ella, pero descubrió que poseía todo lo esencial para una vida cómoda. En un instante, se dio la vuelta y advirtió que su marido la estaba mirando con detenimiento.

—¿Le parece correcta la propiedad? —preguntó el joven con curiosidad creciente, pues el silencio de su esposa le estaba carcomiendo.

—¿Cambiaría algo si dijera que sí o que no? — respondió Violet en tono divertido. Apenas habían conversado durante el paseo, y le resultaba demasiado natural estar a la defensiva con él.

—Solo deseo saber la verdad, señora Williams.

—Encuentro la propiedad confortable —contestó ella después de una pausa—. No le mentiré al decir que es más pequeña que la de mi padre, pero, en términos generales, me resulta bastante satisfactoria. Además, creo que el hecho de que posea un lago la hace excepcional.

—Seré sincero con usted. Esa es la razón por la que me decidí por esta propiedad.

—¿Por el lago?—preguntó ella extrañada de que, por primera vez, sus gustos hubieran coincidido.

—Sin duda. Me tranquiliza ver el agua; me hace sentir como en casa —respondió el capitán, evidenciando su clara predilección por el mar.

—El emplazamiento es hermoso, y la zona boscosa que lo rodea le da un aspecto…

—¿Misterioso, romántico, privado?

—Diría que una mezcla entre las tres —respondió Violet entre sonrisas, asombrada de que su esposo hubiera leído su mente—. Nada me gustaría más que caminar por su orilla.

—Entonces, ¿qué le parece si lo hacemos? —propuso Malcolm, extendiendo el brazo para que su esposa lo tomara.

Puede que fuera la conversación más larga que habían mantenido sin discutir y, por primera vez, no iba a dejar que las cosas se torcieran.

Le resultaba curioso, pero había advertido que, tras esas tensas y bruscas discusiones, el sosiego siempre regresaba a ellos. Era como esa calma que acompaña a los marineros tras la tempestad. Eso era Violet para él, una tempestad.

—Verá, tengo una pregunta para usted. ¿Cómo conoció a mi cuñado? —preguntó Violet, ansiosa por romper el incómodo silencio que parecía controlar el momento.

—¿Se refiere al próximo duque? —dijo sorprendido de que su esposa tuviera curiosidad por conocerlo.

—Sí, en efecto.

—Verá, hace algunos años estábamos regresando de un viaje desde las Indias Orientales y, tras cinco meses de travesía, por fin divisamos tierra firme. El puerto de Londres es bullicioso y algo sucio, pero tanto mis hombres como yo estábamos encantados por desembarcar al fin. No mentiré, aquella expedición fue ardua y llena de un sinfín de contratiempos.

—Continúe, por favor —animó la joven al ver que su marido se tomaba un tiempo para reflexionar.

—Una vez en Londres, nos alojamos durante varias noches en el The Seven Stars, una de las posadas más populares entre los marineros. Mi tripulación descansó, bebió y jugó todo lo que quiso, mas, como es costumbre, no dejaron que su capitán jugara.

—¿Por qué? Si se puede saber —dijo ella con interés. Le estaban empezando a resultar fascinantes las aventuras de aquel capitán.

—Muchos piensan que desplumar al capitán puede ser motivo de mal fario, y que los tiraré por la borda por ello.

—¿Tan mal genio tiene?

—Al contrario, pero tengo que mantener cierta reputación para ganarme la lealtad de mis hombres —respondió el marinero, acompañando sus palabras con una sonrisa pícara que logró sacar una risa a la joven.

—Suena muy propio de usted.

—En definitiva, una de esas noches me encontré con un grupo de caballeros que estaban jugando una partida de póker. Los estudié con detenimiento, parecían de buena familia, sin un ápice de malicia ni talento para el juego. Vi mi oportunidad y me uní a su partida.

—¿Qué ocurrió?

—Su cuñado me desplumó sin piedad alguna —contestó con cierta vergüenza Malcolm, aunque logró arrancar una carcajada en su mujer.

—¿Alfred? —preguntó sorprendida la joven. Nunca había imaginado que su cuñado fuera un jugador experto.

—No, Benjamin —corrigió Malcolm, provocando la sonrisa de su esposa—. Alfred tuvo la decencia de prestarme unas cuantas monedas para poder terminar la noche con alguna copa de vino. Y pronto encontré, gracias a una animada conversación, a dos nuevos compañeros de armas. Las tres siguientes noches ambos acudieron a la taberna, y nuestra camaradería aumentó.

—¿Qué pasó después? No creo que unas partidas de póker sean suficientes para recibir una invitación de boda.

—Está en lo cierto, querida esposa —corroboró Malcolm, no sin antes sentir un cosquilleo al dedicarle esas palabras de afecto. Había sido algo inesperado y, sin duda, impulsivo, pero la palabra «querida» le había salido de dentro—. Al poco tiempo de nuestra llegada recibimos una misiva, nos requerían para una nueva misión. Debíamos partir de inmediato hacia Portugal para trasladar a una familia de manera urgente. No revelaré más detalles, si no le importa.

—De acuerdo, dejaré que guarde su secreto.

—En definitiva, tuvimos que salir rápidamente del país. Me despedí de mis nuevos amigos y prometimos volver a vernos. Unos meses después, tomamos tierra y me presenté en la residencia donde los dos jóvenes estudiantes estaban alojados. Gracias a las horas de práctica a bordo del navío con varios de mis hombres dispuestos a desafiarme, había mejorado mis aptitudes con las cartas.

—¿Les venció esta vez?

—Desde luego. Ambos quedaron en deuda conmigo —respondió su esposo con una sonrisa de satisfacción.

—Casi no puedo creerlo —respondió ella con una gran sonrisa como respuesta en el rostro. La sola idea de conocer esos detalles de sus cuñados era maravillosa.

—Pues así fue. Me presentaron a varios de sus amigos y entré a formar parte de su círculo de amistades.

—Y la invitación a la boda.

—En efecto. Era algo que no esperaba, puesto que nuestras vidas son… muy diferentes —añadió Malcolm, haciendo referencia a su vida en alta mar—. Alfred y Benjamin son unos grandes amigos, y me alegro del futuro tan prometedor que tienen ante sus ojos y de las

hermosas damas con las que se han desposado.

—Mis hermanas —dijo Violet deteniendo sus pasos y enfrentándose a su esposo con una radiante sonrisa. Le complacía el rumbo tan animado que estaba teniendo su conversación y conocer más detalles de la vida de su esposo. Pero, ante todo, la chispa que parecía brillar en los ojos del marinero.

Él se detuvo también.

Malcolm no daba crédito, aunque habría jurado que jamás había conversado tanto tiempo con una mujer, y mucho menos con su indomable esposa, con la que siempre parecía acabar discutiendo. Había una chispa genuina en todas sus conversaciones, pues, aunque terminaban en airados conflictos, estos despertaban en él una fuerza incontrolable.

—Sí, son unas damas formidables.

Ninguno de los dos dijo nada más tras esas palabras. La intimidad que el sauce les proporcionaba en aquella parte del lago era perfecta, y Violet no sintió miedo alguno cuando la mano de él se aproximó lentamente hacia su rostro. Había conocido el tosco tacto de sus manos con anterioridad y, aunque aquel hombre no era santo de su devoción, había algo en él que la atrapaba.

—¿Y yo? ¿Cómo soy, señor Williams?

—No sé si desea que lo exprese con palabras —dijo él con lentitud, mientras recorría con esmero cada detalle del rostro de su esposa con la mirada. Era preciosa, un ángel.

—¿Y cómo preferiría expresarlo? —preguntó con osadía Violet al comprobar que un aire extraño pero embaucador los había apresado. Por un instante, todo había desaparecido, y el malhumor que siempre parecía tener al estar frente a él se había tornado en ese deseo que una vez sintió.

Malcolm la miró directamente a los ojos. Se acercó todavía más a ella, al mismo tiempo que la joven cerraba los párpados para sentir más próximo su contacto. El marinero no podía sentirse más dichoso al percibir que su esposa no se retiraba, sino que, contra todo pronóstico, parecía desearlo. Extasiado por esa gratitud, Malcolm abrazó su cuerpo, aprisionando sus labios con los suyos. Sorprendida por la acción, Violet tardó en reaccionar unos segundos de más, hasta que sus labios se rindieron a la pasión que estaban experimentando.

Durante varios minutos, los recién casados se besaron con deseo, pasión y sentimiento. Había oculto algo más que deseo en esos besos. Había más que satisfacción en los gemidos de ella. Por un instante, Malcolm y Violet se dejaron llevar por el calor que había empezado a brotar en ellos. Un calor que provocó que Violet perdiera la rigidez en las piernas y que él se abandonara a la locura.

El beso se intensificó cuando él la provocó para que abriera la boca y sus lenguas se fusionaron. Sin embargo, algo ocurrió al margen de esa escena, pues una invitada no deseaba llegó de repente: la razón. Malcolm abrió los ojos y contempló el rostro de su esposa justo antes de tratar de alejarse. Violet no se lo permitió y lo tomó por las solapas de su chaqueta para atraerlo más hacia ella. Envalentonado y lleno de un instinto animal, Malcolm trató de luchar contra su fuerza de voluntad y sus manos descendieron hasta la parte baja de la espalda de su esposa. Jugó con sus caderas, con su vestido y la tocó para provocarle cosquillas. Ella rió.

Puede que no se entendieran del todo, pero sus labios conocían a la perfección el camino hacia el entendimiento mutuo. Un placentero y excitante entendimiento.

Justo entonces, él despertó del sueño y se alejó de ella por completo con la respiración entrecortada. Los ojos de Violet todavía permanecían cerrados y su pecho se mecía acelerado por la emoción del momento.

Cuando la joven se recuperó, observó que su marido lucía confuso y con la mirada puesta en el suelo. Allí estaba: una mueca de desaprobación. ¿Por qué no la miraba? ¿Por qué se había retirado?

Violet no pudo decir nada más, pues cuando se atrevió a dar un paso al frente, él se dio media vuelta y se marchó de la seguridad del lago, de regreso a casa.

Capítulo 9

Malcolm emprendió el camino de regreso a casa con la intención de ensillar a su caballo y salir huyendo lo más rápidamente posible de allí. La escena recién vivida con su esposa le había excitado, confundido y hundido al mismo tiempo. Así que, después de ensillar su montura y con el propósito de tomar distancia, abandonó la propiedad esperando que una buena carrera a caballo le proporcionara la claridad que necesitaba y lograra apagar el fuego que sentía en su interior.

No había esperado que un inocente paseo con su esposa le revelara tanto sobre los sentimientos y deseos que él mismo intentaba acallar desde hacía un tiempo. Violet, tan hermosa como radiante, lo había contemplado de manera interesada con cada palabra que recitaba, y él, ilusionado por su cercanía, había dado un paso que puede que no fuera el adecuado.

En primer lugar, se castigó; se mortificaba por desear avanzar en una relación que no tenía sentido. Se torturaba porque era imposible que dos personas tan opuestas llegaran a entenderse cuando sus perspectivas de vida eran tan irreconciliables como las suyas. En segundo lugar, se odiaba a sí mismo por desear a una mujer que solo parecía existir para llevarle la contraria. Y, por último, se odiaba todavía más por desearla como lo hacía.

Cada yarda que ponía de distancia entre su propiedad y él solo lo impulsaba a rememorar ese beso. Tan cálido, apasionado y sensual, como mortal. ¿Cómo podría enfrentarse a ella después de lo que había ocurrido? Habían dejado claro desde un principio que el suyo no era más que un matrimonio forzado por la situación... No era un enlace fruto del amor entre dos personas. Sin embargo, le había demostrado que podía sentir un afecto significativo por ella. Y ella por él.

¿Afecto? ¿Seguro que era eso? Probablemente había confundido la calidez del momento con algo más afectuoso.

Su mente era un cúmulo de pensamientos inconexos y pensó que, hasta que lograra aclararse, lo mejor sería mantenerse alejado. Puede que no fuera la mejor de las reacciones, pero era lo que necesitaba hacer. Su matrimonio no era convencional, y Dios sabía que, aunque deseaba a su joven esposa, no quería que ella se hiciera falsas ilusiones si sus caminos no iban a unirse. ¡Maldito deseo! Estaba seguro de que sus actos solo habían enfurecido a una fiera con la que tendría que convivir.

Violet, por otra parte, todavía permanecía bajo el sauce, desorientada y enfadada por la actitud tan contradictoria de su marido. Primero la besaba, y luego salía huyendo. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Acaso ella no era digna de su atención? ¿O es que su beso le había resultado tan insatisfactorio que lo había ahuyentado? ¿Qué había ocurrido exactamente? Fuera lo que fuese, Violet estaba indignada y muy enfadada con su esposo. Después de la conversación tan amena y cercana que habían mantenido sobre su pasado, Violet había encontrado más que grato el avance del marinero y, en secreto, lo había deseado. Sin embargo, ahora se encontraba sola en la propiedad, sin una explicación.

Estaba convencida de que sus besos no eran para nada lamentables, pues había compartido «instantes» con otros caballeros, y no había recibido quejas de ninguno de ellos. Por tanto, estaba segura de que no habían sido sus inexpertos labios los causantes de aquella situación. Era ella. O tal vez él.

—¡Qué diantres! —La joven maldijo al marinero en voz alta. Necesitaba soltar su frustración de alguna manera.

Puede que ella no supiera cómo comportarse en algunas ocasiones, sin embargo, marcharse sin dar explicaciones no era algo propio de un hombre de bien. Sin duda, decía muy poco de su caballerosidad. Pero si ese era el comportamiento que quería demostrar ante su esposa, que así fuera.

Regresó a la casa con pasos decididos, y durante el resto del día se ocupó de tareas monótonas y aburridas que estaba segura que la distraerían de todo lo ocurrido. Era una mujer casada y, aunque no lo deseara, tenía que gestionar las tareas propias de un hogar. Avisó a Mary, el ama de llaves, y juntas determinaron los horarios y menús de las comidas, las visitas de las próximas semanas… Examinaron las cuberterías y mantelerías que a Violet se le antojaron insuficientes, los juegos de cama…

Para la hora de la comida se encontraba rendida, pues su mente había trabajado el doble tratando de alejar los fantasmas que parecían atacarla. No solo estaba agotada, sino que su enfado había cobrado otro significado cuando su esposo no llegó a almorzar. Tampoco hizo acto de presencia durante el té de la tarde ni en la cena.

Cuando terminó de cenar, Violet se sentó en un pequeño sofá de la sala de estar y se puso a leer junto a la luz de varias velas con el firme propósito de enfrentar a su esposo en cuanto entrara por la puerta. Había permanecido todo el día ausente, y no podía seguir negando que la cara de rechazo que vio en él tras separarse de su abrazo le había afectado más de lo que le gustaría admitir. No obstante, por más que ella esperó, Malcolm no apareció.

Tras aceptar que finalmente su esposo no volvería esa noche, Violet subió las escaleras, despidiendo un aroma a enfado divino, pero también, a promesa. Atravesó la puerta de su cuarto y cerró con un golpe seco del cual se arrepintió al instante, pues los criados no tenían la culpa de su mal humor.

Estaba segura de que no descansaría plácidamente esa noche. Que sus sueños estarían plagados de besos intensos, ojos tan azules como el océano y miradas cargadas de desdén. ¡Maldito marinero! Solo ella podía ser tan desgraciada para estar casada con un sucio capitán que la había abandonado sin razón alguna. ¿Acaso creía que ella consentiría ese tipo de comportamiento? ¿Quién se creía él para desairar a la famosa lady Violet?

En ese instante, Violet decidió firmar una sentencia firme. Ella era Violet Cavendish o, mejor dicho, Violet Williams, para la sociedad. Era la hija de un conde y una de las damas más bellas de todo el condado, y por ninguna razón se dejaría afectar por un hombre que no se merecía ninguno de sus sentimientos. Desde el primer instante, Malcolm Williams le había demostrado que era una persona insensible y un provocador desalmado. Si sus besos causaban ese efecto tan nefasto en él, entonces firmaría con fuego la promesa de que nunca más le besaría.

Al cabo de varias horas, ya bien entrada la madrugada, Violet apenas pudo apreciar cómo sus ojos se cerraban poco a poco. Sin embargo, unos ruidos fuertes y acompasados la despertaron de golpe. Ella se sentó y tomó una de las velas que tenía en la mesilla. La encendió como pudo y se acercó hasta la entrada de la habitación.

Abrió con lentitud la puerta y, justo en ese instante, el cuerpo de cierto marinero se cruzó en su camino. Malcolm se detuvo en seco al percibir un brillo en el interior de la habitación de su

esposa. Aunque tardó en enfocar la mirada en su figura, el corazón de Malcolm dio un giro en su pecho.

Él miró a Violet.

Ella le devolvió una mirada furiosa.

Un instante que duró demasiado.

Sin mediar palabra, Violet cerró la puerta de su habitación y regresó a la cama, dejando al marinero a oscuras en mitad del pasillo.

A la mañana siguiente, el ambiente en la casa era muy diferente al que el servicio se había encontrado el día anterior. Violet había madrugado, a pesar del cansancio acumulado, para ser la primera en acudir al comedor. Avisó al servicio y este preparó su desayuno. Le sirvieron unas pastas y una taza de té mientras ella preparaba con pluma y papel una serie de listas en la mesa.

Unos minutos después, Malcolm entró en la sala. El marinero vio a su esposa escribiendo su correspondencia en la mesa y lo primero que pensó fue que lucía hermosa con la luz de la mañana. Después, al ver que ella no le deseaba los buenos días ni levantaba la vista del papel, llegó a la conclusión de que era el trato justo por sus pecados.

En efecto, su esposa estaba molesta, y con razón.

Se sentó a desayunar y durante los siguientes veinte minutos compartieron el mismo espacio sin intercambiar una sola palabra. Él trató de llamar su atención en más de una ocasión, pero ella parecía inalterable. Esa falta de reacción acrecentó el sentimiento de culpa de Malcolm.

¿Qué podía hacer para reparar el daño causado? Por supuesto que había disfrutado del beso con su esposa, ¿cómo no hacerlo? Mas había tantas cosas en juego, que le daba miedo llegar a establecer un auténtico vínculo con ella. Sus destinos estaban ligados, sí, aunque eso no significaba que sus propósitos fueran comunes. Él quería volver al mar y ella permanecer en tierra a toda costa. ¿Cómo dos planes de vida tan distintos podrían ser válidos para mantener un matrimonio?

Malcolm estaba preparando ya su sexto intento de establecer una comunicación cuando, de pronto ella se levantó con cuidado de la mesa y salió de la sala. Él se quedó con la palabra en la boca y con una sensación extraña en el corazón. Tratar con esa mujer era más complejo que enfrentarse a un calamar gigante. Quería pedirle disculpas, explicarle qué había ocurrido y por qué se había marchado de repente. Pero, por otro lado, le daba miedo reconocer lo que todo eso significaba, así que, con mucho dolor, dejó que otro día pasara sin acompañar a su esposa en sus quehaceres. Pensó que igual era mejor así. Si no llegaba a un punto de entendimiento con ella, no tendría que verse obligado a escoger.

La vida de recién casada no era exactamente como Violet había soñado. Se imaginaba pasando horas y horas acompañada por su esposo, teniendo largas conversaciones sobre el pasado y sus proyectos de futuro, paseando en calesa, viajando a lugares que hasta ahora solo había

imaginado… Sin embargo, todo eso había desaparecido como una burbuja de jabón con poca fuerza. Su matrimonio era una farsa, su esposo un maleducado y un grosero, y ella una fiera condenada a la pureza y al aburrimiento de por vida.

¡Maldito marinero! Ese era el juramento que se repetía en su mente una y otra vez y que la acompañó durante todo el día. Era demasiado obstinada como para dar el primer paso y firmar una tregua con su marido. Esos vanos intentos de él por captar su atención durante el desayuno le habían parecido ridículos. Violet no daría su brazo a torcer tan fácilmente. Si ese era el comportamiento propio de un capitán, entonces ella le demostraría que podía ser una pirata de armas tomar.

Violet estaba trabajando en el jardín, recogiendo algunas flores antes de que el sol se ocultara, y no percibió la figura que la observaba desde detrás. Era su esposo. Malcolm, incómodo a la par que nervioso, carraspeó para que su mujer se girara hacia él. Ella, sorprendida, se levantó como un resorte para enfrentarlo.

—Están hermosas las flores en esta época del año, ¿no cree? —preguntó el capitán para intentar iniciar una conversación. Sin embargo, la mirada de su esposa transmitía una nula predisposición a la misma. Estaba enfadada, era evidente.

Silencio.

—¿Le gustaría redecorar el salón o alguna otra estancia de la casa? —sugirió él, tratando de apelar a una afición propia de mujeres—. Si lo desea podemos ir mañana al pueblo y comprar algunos centros para que sean más vistosos.

—¿Acaso no confía en mis habilidades para hacer un bonito centro? —preguntó ella enfadada. Sin duda, el capitán no había acertado con sus palabras.

—No es eso —respondió rápidamente para tratar de enmendar su error. Parecía haber dado la impresión equivocada a su esposa—. Pensé que…

—Que quizá carecía de la habilidad necesaria para decorar la casa por sí misma.

—No he dicho eso.

—No importa —respondió Violet limpiándose las manos de tierra en el mandil que llevaba puesto, preparándose para regresar al interior de la casa.

Esa conversación no iba a terminar bien. Dio varios pasos al frente, pero pronto fue interceptada por Malcolm, quien la tomó del brazo para retenerla.

—No quiero que me malinterprete. Creo que tiene buen gusto y que podría hacer grandes cosas. Simplemente considero que no es necesario que se canse después de un día tan ajetreado como el que ha llevado —dijo él con un tono dulce y tranquilo. Que su esposa se hubiera retirado pronto de esa discusión no era algo propio de ella y no auguraba nada bueno.

—¿Me ha observado durante todo el día, señor Williams? No pensé ser digna de sus atenciones.

Ahí estaba su respuesta mordaz, tal como había esperado.

—Violet, no diga esas cosas.

—¿Por qué?—preguntó con una mirada desafiante. No sería ella quien retirase la mirada. Quería escuchar la verdad, por una vez—. ¿Acaso no es verdad?

—No, no lo es —declaró con determinación Malcolm. ¿Cómo y cuándo se habían enredado tanto las cosas?

—Pues no es lo que percibí de usted ayer.

Allí estaba. Un cuchillo lanzado al aire. El poder del rencor. La cólera de una mujer enfurecida.

Silencio de nuevo.

Malcolm quería decir tantas cosas…, pero la mirada de su esposa, tan cargada de odio como de frustración, lo retenía. ¿Cuándo había perdido su fuerza y valentía de marinero?

Violet, cansada de esperar una justificación que parecía no llegar, tiró con fuerza de su brazo para deshacer el agarre, y cuando lo logró, emprendió el camino de regreso. Sin embargo, él no se dio por vencido. No quería pasar más tiempo enemistado con su esposa.

—Espere, por favor. Tiene razón.

—¿Tengo razón? Vaya, pensé que jamás escucharía esas palabras de su boca, esposo mío —añadió con sorna, realizando un aspaviento con las manos mientras continuaba hacia delante.

—Por favor —suplicó él, colocándose delante de la joven y levantando los brazos en señal de rendición. Necesitaba que su esposa se calmara o no lograría transmitir las palabras que había pensado durante horas. Ella se detuvo, aunque todo su cuerpo le pedía a gritos salir huyendo—. Siento muchísimo mi comportamiento de ayer. No fue el apropiado para un caballero, ni mucho menos para un esposo. Lo lamento de corazón.

—¿Lamenta el beso o haberse marchado? — inquirió, tensando un poco más la cuerda deseosa de satisfacer su curiosidad.

—Lo segundo —aclaró él para sorpresa de ambos.

¿Solo lamentaba haberse ido? ¿Eso quería decir que no se arrepentía de su beso compartido? No, lo había escuchado mal, sin duda.

—¿Lo segundo? —preguntó ella para tratar de obtener claridad ante su escueta respuesta.

—Lamento mucho —empezó a disculparse Malcolm mientras daba varios pasos al frente para recuperar la cercanía con su esposa, quien, para su agrado, había cambiado su posición de ataque por una postura más serena—, haberme marchado sin motivo alguno. Lamento no haber tenido la valentía de enfrentarla después.

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué me dejó después de nuestro…?

—Estaba confuso —confesó el marinero interrumpiéndola, sin retirar la mirada de sus ojos. No quería perder la valentía que parecía haber recuperado. Quizá era momento de sincerarse—. Demasiado.

—¿Yo le confundo? —preguntó Violet ante la confesión de su esposo. ¿A qué se refería con «confuso»?

—Totalmente, mi señora.

Violet no necesitó más palabras de su parco esposo para comprender que estaba arrepentido. Su mirada, que hacía varios días estaba llena de fuerza y vitalidad, lucía en ese momento apagada por el remordimiento. Sin duda, su silencio había causado el efecto deseado en el marinero y finalmente él se había dignado a pedirle disculpas. Sabía muy bien que los hombres no tenían facilidad para conversar, y mucho menos para expresar sus sentimientos. Puede que solo necesitara algo de tiempo y, para su bien o para su desgracia, el matrimonio los obligaba a compartir demasiado tiempo juntos. Violet solo rezó para que fuera un tiempo bien avenido y no un tormento continuo.

—¿Y nuestro beso? —presionó ella un poco más. Necesitaba saber. Lo necesitaba.

—De eso jamás podría arrepentirme, señora Williams.

Él la miró con esos ojos azules que la perseguían en sueños.

—¿Por qué?

—Porque besarla a usted es como estar en una tempestad en mitad del mar. Desafiante, bravo e intenso.

Malcolm agachó la mirada, esperando una respuesta o algún comentario por parte de su esposa. Se castigó a sí mismo por decir más de lo que debería. Quizá no era lo que su esposa

necesitaba. Fuera cual fuese su destino, solo esperaba que sus palabras pudieran silenciar el torbellino de emociones que era ahora su corazón. Jamás había sentido esa vulnerabilidad.

—Regresemos a casa, señor Williams.

Capítulo 10

Con la primera crisis de matrimonio casi solventada tras dos días convivencia, la pareja firmó una silenciosa tregua durante los siguientes días. Ninguno se atrevía a dar un paso en falso, aunque, por alguna razón, esa estabilidad los estaba desquiciando a ambos.

Malcolm, quien había solicitado una licencia especial por casamiento para permanecer en tierra durante varias semanas, se ofreció a acompañar a su esposa en sus quehaceres fuera de la propiedad. Una parte de él necesitaba conocerla más, aprender de lo que era capaz, verla brillar en el mundo y comprender cómo su mente sentía fascinación por todo. Era una mujer inquieta, despierta y con pasión. Pero también pudo contemplar su lado más caprichoso, malhumorado y vanidoso. Pensó que no eran cualidades muy atractivas en una mujer, mas formaban parte de la personalidad de su esposa, por lo que debía aprender a convivir con ellas.

La joven parecía mecerse en las aguas del pueblo como pez en su elemento. En apenas unos días, visitaron a la modista, la tienda de zapatos, la sombrerería, e incluso la pequeña tienda de perfumes. Todo lo que una dama podría necesitar en plena temporada social. A ojos de Malcolm, todo aquello eran solo disfraces para ocultar el verdadero ser de las señoras.

Por otro lado, Violet Williams aprendió a compartir su tiempo y sus rutinas con su esposo. La tensa conversación vivida días atrás, pareció activar un cambio de actitud en él. Al principio no era el mejor de los oradores, y tenía cierta reticencia a la conversación fluida, pero conforme pasaban los días, encontró su compañía ligeramente complaciente. En general, a Violet le pareció un hombre reservado aunque amable. Su comportamiento hacia él se había suavizado gracias a su cercanía.

No podía quitarse de la cabeza el beso que habían compartido. ¿Cómo podía permanecer tan tranquilo y fingir que no había pasado nada entre ellos cuando sus labios se habían besado con esa fuerza? Y más aún después de haberle confesado que besarla era como estar en mitad de una tempestad. Aquel símil la encandiló. Violet no podía quitarse de la mente la escena en el lago, sin embargo, comprobó que para su marido era mejor dejar ese momento en pasado. Así que, con una tristeza que no comprendía, decidió dejarlo atrás.

—Señor y señora Williams, es un placer verlos en esta mañana. ¿Qué tal se encuentran? —preguntó una de las amigas de Violet, aunque, para su desgracia, no era la persona más confiable.

—Buenos días, señorita Elizabeth, ¡qué alegría verte esta mañana a ti también! Nos encontramos muy bien de salud, ¿y tú? —preguntó Violet a su íntima amiga, con la franqueza y familiaridad que solo una amistad de muchos años puede conceder.

—Muy bien, gracias. Me disponía a terminar algunos recados en el pueblo, pues todavía tengo que encargar unos pares de zapatos nuevos para la fiesta de este fin de semana en casa de los Porter. ¿Asistirán?

—Por supuesto que asistiremos —respondió Violet con entusiasmo, sin consultar a su esposo—. No podríamos perdernos la velada.

—¡Oh! Imaginaba que, al estar recién casados, desearían disfrutar de la intimidadpor algunas semanas más —indicó Elizabeth, contemplando con cierta duda al matrimonio, lo que despertó la alerta en Violet—. No esperaba que se incorporara tan rápido a los eventos sociales.

—El señor Williams y yo disfrutamos mucho de la compañía mutua, pero anhelamos

compartir nuestra felicidad con el mundo —añadió con rapidez Violet. No podía dejar que su amiga pensara que era una desdichada. Su matrimonio con alguien inferior ya había sido comentado, por nada del mundo permitiría que también circulara el rumor de que no era feliz.

—Por supuesto, por supuesto —respondió la joven con cierto tono de ironía mientras dirigía su mirada al marinero.

—¿Verdad, querido esposo? —preguntó Violet dirigiéndose a su marido, esperando que él colaborara en la farsa.

Él, despierto y tenso por la situación, respondió:

—Desde luego, esposa mía. —Esbozó una amplia sonrisa, aunque por dentro se moría de ganas de reprender a su esposa por aceptar acudir a un evento sin consultarle primero. No obstante, la joven necesitaba ayuda para salir airosa de ese momento, y él la socorrió. Ya habría tiempo después para hablar—. Su amiga es una excelente bailarina, y no hay nada que desee más que compartir un baile íntimo con ella.

—Sin duda, un gesto muy tierno por su parte, señor Williams. Ahora, si no les importa, debo retirarme para reservar mis zapatos antes de que cierren la tienda. Nos vemos este fin de semana.

Violet se sentía triunfal por asestar un golpe así a la joven. Aunque tuviera razón, le molestaba que insinuara cosas así. ¿Era en verdad lo que pensaría todo el mundo? Se despidió con energía de ella y, después, deshizo su sonrisa falsa para regresar a la normalidad.

—Gracias por apoyarme.

—No hay de qué, querida esposa —aceptó él con una reverencia fingida que alertó a la joven de que algo no iba bien—. Aunque me temo que no asistiremos a ese evento.

—¿Cómo que no asistiremos? —preguntó Violet contrariada, elevando ligeramente el tono de voz mientras su esposo avanzaba por el camino de regreso a la propiedad—. Confirmé nuestra asistencia antes de la ceremonia. Debemos acudir.

—Lo siento profundamente, pero no me siento inclinado a acudir a eventos sociales en los que no soy bienvenido.

—Por supuesto que es bienvenido. Además, ahora es mi esposo. Se espera que asistamos juntos.

—Lo que los demás esperen no me importa —añadió con dureza el marinero. Se podía apreciar cierto resquemor mezclado con determinación en su voz —. Nunca antes, en toda mi vida, he hecho nada para agradar a los demás. No voy a empezar ahora.

—¿Ni siquiera por su esposa? —preguntó ella plantándose en el sitio mientras colocaba los brazos en jarra. Aquella discusión estaba resultando molesta. ¿Por qué no daba su brazo a torcer? Era un simple encuentro social.

—Precisamente por usted —agregó con rapidez él deteniendo su avance para enfrentarla.

Estaba enfadado porque su esposa no había tenido su opinión en consideración en ningún momento. Mostrando así, de nuevo, ser una mujer independiente y no parte de una unidad. Por supuesto, tampoco comprendía su poca inclinación a los eventos de la sociedad.

—Este tipo de eventos son un claro ejemplo de la vanidad de la alta sociedad, donde no importa cuán educado, conversador o elegante seas, siempre estarás en el ojo del huracán para recibir sus críticas o burlas. Ninguno de esos hombres tiene ganas de compartir conversación con un simple capitán de barco. Además, seguramente no tengamos ningún punto de interés común, y eso solo fomentaría la incomodidad entre los nobles, de los cuales, obviamente, no formo parte; no estoy a su altura. Y tampoco creo que ellos me consideren digno. —Aunque a ojos de Violet había encontrado auténtica la forma en la que Malcolm se había sincerado hacía un

instante, le molestó que terminara su discurso con un tono hiriente e irónico hacia su círculo más cercano señalando sus aires de grandeza.

—Es posible que no haya asistido a demasiados eventos sociales —trató de justificarse la joven sin dar crédito a la pésima opinión que su esposo tenía de sus amistades—. En este condado no hay personas que merezcan un juicio como ese.

—Me encantaría nombrarle un mínimo de seis personas que conoce a la perfección y que podrían poseer dicho juicio —repuso él acercándose hasta su esposa. Podía ver que estaba enfadada, y por el dios del mar que no había nada más hermoso que esa vista—. No tengo nada que compartir con ellos. Prefiero estar en mi despacho, o en mi barco, si pudiera elegir.

—Puede que a usted no le importe vivir aislado en medio del mar en su estúpido barco flotante, pero a mí me importa mi comunidad y las personas que viven en ella.

La discusión había elevado su tono y ahora ambos estaban furiosos. Sin embargo, sus ojos hablaban un lenguaje muy diferente. Era como si, en mitad de ese tenso intercambio de palabras, se hubiera despertado una necesidad, un fuego, un furor que ninguno de los dos era capaz de contener.

—Querrá decir que le importa que la adulen… —No pudo evitarlo. Siguió presionándola. Habría hecho lo indecible por ver a esa sirena arrojando a miles de marineros a la desgracia.

—Capitán malnacido, ¡¿cómo puede decir eso?! —preguntó ella totalmente fuera de quicio.

—Porque, hace apenas unos instantes, he tenido que salvarla de la que dice que es su mejor amiga y que, por si no ha quedado claro, no le quiere bien.

—¿Y usted lo hace? —preguntó ella de forma instintiva pero llena de rabia.

—¿El qué?

—Quererme bien —tuvo que admitir.

Aquella afirmación la dejó totalmente paralizada. No sabía qué respondería el marinero y, por alguna extraña razón, le importaban demasiado las palabras que vendrían a continuación. ¿Por qué? No tenía ni idea. Y lo peor de todo, ¿por qué le había hecho esa pregunta? ¿Acaso no había quedado claro que su matrimonio era algo totalmente opuesto al afecto?

Él, por su parte, quedó sorprendido por el giro tan extraño que había tomado la discusión. Era como si el coche de caballos en el que iban sus palabras se hubiera detenido al borde de un precipicio, y algo le decía que lo que ocurriera a continuación sería decisivo. ¿La quería bien? ¿Acaso ella tenía sentimientos por él?

—Yo solo quiero que cancele nuestra asistencia al evento —respondió al fin, tras respirar profundamente y rezar para no equivocarse con sus palabras. Por la forma en que ella reaccionó, su respuesta no había sido la adecuada.

—Eso jamás ocurrirá. No puede pretender que viva encerrada en nuestra casa hasta el fin de los tiempos. Soy joven y deseo disfrutar de la temporada.

—¿Y eso dónde nos deja? —preguntó él, rendido.

—En que deberá decidir si prefiere una convivencia pacífica con su esposa, con el sacrificio de asistir a algún evento que otro esta temporada, o si desea…

—¿Si deseo, qué…? —la interrumpió él, acercándose rápidamente hasta que sus labios casi se tocaron.

Una parte de él quería incomodarla como castigo por sus palabras, pero otra, la que estaba ahora mismo a flor de piel, solo deseaba que esa tensión se convirtiera en algo más. No había perdido detalle de la transformación producida en ella. Se había enfadado con su respuesta, pero necesitaba averiguar si era porque no le había respondido a su pregunta sobre quererle o por

su negativa a asistir al evento.

—Si desea… Si usted… Si yo… —Violet tartamudeó. Su cercanía la estaba dejando sin sentido. Reavivaba el recuerdo de ese beso. De esas caricias. De ese deseo. Y un pensamiento cruzó su mente: lo deseaba. Deseaba a ese burdo, maleducado, grosero y atractivo marinero.

Él sonrió de forma traviesa y tomó la palabra.

—Vaya, no imaginaba que fuera una mujer que se queda sin palabras.

—Y no lo soy.

—Entonces, ¿dónde nos deja eso? —dijo de nuevo, retándola por última vez. Necesitaba que fuera clara, porque él mismo no estaba comprendido la chispa que había surgido entre ellos durante la discusión.

Violet se tomó un momento para pensar bien su respuesta. Ella sabía perfectamente por qué deseaba ir a ese evento, más allá de su deseo de formar parte de la sociedad. Decidió que, si quería que la convivencia con su marido fuera pacífica, tendría que ceder. Y, por primera vez en su vida, se disculpó.

—En que tiene usted razón —respondió ella rindiéndose—. Debería haberle pedido su opinión respecto a la invitación. Y ahora que sé de su poco interés en asistir, cancelaré nuestra asistencia.

Malcolm se quedó paralizado, o más bien su corazón lo hizo. La sirena transformada en fiera se había convertido finalmente en un manso gatito. Nunca lo habría esperado. De ninguna forma. Su esposa era testaruda, fuerte e indomable, y por eso mismo, que reconociera su error y que al mismo tiempo tuviera en consideración sus predilecciones, lo cautivó y emocionó, despertando algo visceral y profundo en él.

—Se lo agradezco de corazón, pero ¿acaso no tiene ganas de demostrarle a todo el mundo que no somos un matrimonio falso?

—¿Disculpe? No le comprendo —preguntó Violet totalmente confusa. ¿No había dicho su marido que no deseaba asistir? ¿Ahora sí quería?

—No cancelará la invitación. Asistiremos.

—Es usted una contradicción constante. Lo sabe, ¿verdad?

—¿Quiere demostrar a todos que somos un matrimonio feliz?

—Sí, por supuesto. Puede que no seamos un matrimonio al uso, pero no soy infeliz, Malcolm Williams —respondió ella con sinceridad. Puede que los acontecimientos de los últimos días y sus discusiones pudieran decir otra cosa, mas, en el fondo, esa tempestad le resultaba muy interesante.

En ese instante, el marinero cayó rendido a los pies de su esposa. Era esa mirada tan luchadora, brava y a la vez divertida que le excitaba, la que lo estaba incitando a aproximarse a ella. Como si estuviera dominado por una fuerza invisible, terminó de recorrer el escaso espacio que los separaba y la besó.

El beso fue tierno. Suave. Dulce. Un beso casto. Un beso de agradecimiento que los dejó a los dos sumidos en un incierto caos.

—Entonces me temo que tendré que comprar trajes apropiados para la ocasión.

—No podría estar más de acuerdo —respondió ella con los ojos brillantes, sintiendo todavía su calor en los labios.

—Creo que podría acostumbrarme a estas peleas, señora Williams.

—Puede que yo también.

Capítulo 11

Después de su reveladora discusión, la joven pareja regresó al pueblo. Al parecer, el señor Williams no tenía la cantidad de atuendos necesarios para la temporada social y, según su esposa, debía disponer de conjuntos de diferentes calidades en función de la familia o el evento al que asistieran. Puede que antes solo fuera un capitán, y su ropa fuera menos cuidada, pero ahora, como esposo de la alta sociedad, debía cumplir determinados protocolos. Malcolm encontró tedioso asistir al sastre para que le tomaran las medidas y prepararan su nuevo fondo de armario. Comprendía por qué las jóvenes lo encontraban entretenido, mas, sin duda, carecía de interés para los caballeros, que tenían ocupaciones más importantes que cumplir.

Durante toda la semana, Malcolm y Violet convivieron en un equilibrio ligeramente frágil. Discutían, lograban abrir sus corazones y sincerarse, se conocían, volvían a discutir… Habían entrado en un bucle muy propio de personas opuestas entre sí. Sin embargo, ambos encontraron más que satisfactorias todas y cada una de sus conversaciones, la tensión que se establecía entre ellos y esos pequeños suspiros robados que parecían guardar un anhelo mayor. No habían vuelto a besarse, aunque no porque ninguno de los dos lo deseara, sino porque no sabían si sería lo correcto después de la tregua pactada.

Hablaron de la pasión de Malcolm por el mar, de alguna de sus aventuras, de los miembros de su tripulación y de su relación con ellos. También de la ilusión de Violet por viajar al norte del país, incluso de visitar París, de sus hermanas, de su padre y de sus amistades.

Y por fin llegó el ansiado viernes. La joven pareja lo tenía todo dispuesto para abandonar la casa y dirigirse a la propiedad de los Porter.

—Querida esposa, ¿se encuentra bien? —preguntó Malcolm al ver que la joven sentada frente a él en la calesa era un manojo de nervios. No era propio de ella alterarse de esa forma.

—Sí, disculpe. No comprendo el porqué, pero me encuentro un poco nerviosa.

—Podemos marcharnos en el momento en que lo desee —sugirió él mirándola directamente a los ojos. En ese instante, Violet dejó de temblar. Esos ojos azules eran un remanso de paz para ella—. Solo tiene que indicármelo y nos despediremos.

—Gracias —respondió Violet dedicándole una mirada de agradecimiento a su esposo.

No comprendía qué le ocurría, aunque estar a punto de presentarse ante todos como la nueva esposa del señor Williams le causaba pavor. Durante los últimos días habían mantenido una relación cercana y apenas habían interactuado con otras personas fuera de los miembros del servicio, pero, en breves instantes, toda la alta sociedad, su familia y sus amigos serían testigos de su farsa. ¿Cómo podría guardar las apariencias durante toda la noche?

Sin apenas darse cuenta, la calesa ya se había detenido y su esposo había descendido y le ofrecía la mano para ayudarla a bajar. Malcolm carraspeó, como ya se había acostumbrado a hacer cuando veía a su esposa absorta en su propio mundo, entonces ella reaccionó. Tomó su mano y, con cierto miedo, descendió. No tenía miedo de él, sino de lo que estaba por llegar. ¿Estaría preparada?

—Como le he dicho, esposa mía, en cuanto se sienta incómoda, estaré encantado de llamar al cochero para marcharnos de inmediato de vuelta a casa.

—No creo que sea necesario —mintió ella. Su corazón se movía tan rápido que era imposible que no pudiera escucharlo.

—Como guste. Solo quiero que sepa que estoy a su lado.

—Gracias —respondió Violet, tratando de templar sus nervios.

La joven pareja entró en la casa y, como había vaticinado la nueva señora Williams, toda la alta sociedad se encontraba entre los pasillos y salones de la casa de los Porter. No estaba decorada de manera tan ostentosa como la de la duquesa, mas no se podía dudar que eran una familia muy bien avenida.

Tras esa observación, Violet maldijo, pues todavía no se había interesado por los recursos económicos y las posibilidades de su esposo. ¿Cuál era la renta anual como capitán de navío? En el pueblo no había demostrado escasez alguna a la hora de complacer sus caprichosos y encargar nuevos trajes para él, pero eso no significaba nada.

Violet acudió presta al lado de sus hermanas, quienes en ese momento estaban en el salón, conversando con sus esposos y su padre, y todos se fundieron en grandes abrazos y besos de bienvenida.

Malcolm trató de integrarse en la familia de su esposa. Aunque se alegraba de reencontrarse con sus buenos amigos, enfrentar a su suegro era algo diferente. Todavía recordaba la tensa conversación mantenida con él tras el escandaloso encuentro que había desencadenado en la firma de los términos del enlace. Aquel día, Malcolm Williams hubiera preferido estar en alta mar, en medio de una tormenta y con las velas rotas, antes que enfrentarse a la ira de un padre deshonrado. Sin embargo, para su sorpresa, el hombre parecía alegrarse de su presencia. Le dejó claro que, para él, un capitán de navío era un hombre de excelente reputación, y que no había reparo alguno con él salvo su gran indiscreción. Esperaba que esa actitud no cambiara nunca, pues fue el propio conde quien inició una animada conversación con él.

Antes de que se dieran cuenta, la música empezó a tocar y las parejas se aglomeraron en el centro de la sala. De forma inconsciente, Violet buscó la mirada de una persona en particular. Allí estaban: esos profundos ojos azules, que parecían estar buscándola a ella también. Malcolm respondió a su silenciosa petición con una sonrisa y dio varios pasos hacia delante, extendiendo la mano para encontrar la de su esposa. Ella la aceptó y ambos se acercaron al centro de la pista de baile.

Cuando la música emitió la primera nota, se colocaron enfrentados y sus cuerpos empezaron a mecerse de forma armoniosa junto con el resto de invitados. ¿Cuándo había aprendido a bailar su esposo? ¿Cómo había…? Las preguntas que parecían agolparse en la mente de la joven se detuvieron en seco cuando unos ojos azules la atraparon. Y, durante lo que pareció un instante infinito, solo hubo un marinero fuerte y valiente ante ella. Ni invitados, ni familia, ni la maldita señorita Elizabeth.

Solo ellos. Solo él.

Los giros los acercaban. Ella ansiaba el siguiente.

Los giros los alejaban. Ella odiaba cada segundo.

Cuando la mano de Malcolm se posó en la espalda de la joven para recorrer juntos la sala, Violet sintió que la tela de su vestido era demasiado fina. Y los recuerdos regresaron. Los besos. Sus besos.

Con el primero se ruborizó.

Con el segundo se extasió.

La música les obligó a separarse y ella buscó su mar infinito. No le importaba equivocarse. No le importaba chocar con otro invitado. No le importaba nada. Misteriosamente, el marinero se había convertido en su faro y ella en una sirena confundida.

Cuando todos los invitados se acercaron de nuevo a sus parejas hasta estar frente a ellas,

a escasos pasos de distancia, Violet se fijó en el rostro de su esposo. Su barba. En los últimos días se había dejado crecer el vello, mas aquella noche no estaba. Malcolm se había rasurado la barba y ahora lucía más joven. Diferente. Extraño. Muy atractivo.

La situación se complicó cuando las parejas dieron varios pasos atrás para formar una línea y acto seguido se acercaron hasta que los caballeros posaron sus manos en el rostro de sus parejas. La conexión fue instantánea. Poderosa. Intensa. Seductora. Violet sintió que su mundo se desmoronaba cuando las manos toscas y callosas que ella recordaba volvieron a tocar su piel. ¿Cómo había podido vivir toda su vida sin su contacto? ¿Cómo se sentía su cuerpo antes del extasiante toque de su marido? ¿Siempre sería así?

Y así se despidió la música, entre aplausos del público y una joven pareja incapaz de recomponerse. Todavía con la mano sobre el rostro de su esposa, Malcolm Williams trató de recordar cómo respirar. Su pecho, que subía y bajaba acelerado desde el primer instante en que había entrado en contacto con su esposa, estaba ahora colapsado. Algo le había arrebatado el aliento. Algo no. Alguien. Ella. La joven indómita, furiosa y brillante mujer que tenía frente a él. Su mano, que nunca se había sentido digna de tocar algo tan celestial, sostenía el rostro de la joven como si fuera un tesoro. Delicada y suave. Era belleza en estado puro.

No quería separarse de ella. No podía. ¿Cómo hacerlo?

No se había dado cuenta hasta el momento, pero la joven tenía algunas pecas inocentes aunque juguetonas junto a la nariz. Mas eran sus ojos, sus brillantes y vivos ojos, los que despertaron una familiar sensación en él. La misma que sintió en la maldita casa de la duquesa y que luego revivió en el lago. Una oleada de deseo que necesitaba satisfacer, aunque nunca podría hacerlo. No allí, y no con ella. Pero tampoco con otra.

Puede que el deseo lo poseyera y la razón se hubiera escabullido, pero, aun así, se dio cuenta de que todos a su alrededor habían formado grupos en los que continuar la conversación tras el baile. Así que, con todo el dolor de su corazón, Malcolm Williams fue el primero en romper el momento. Se sintió la peor persona del mundo al desprenderse del calor de su esposa, al ver cómo el brillo de sus ojos se desvanecía y cómo su cuerpo volvía a ponerse rígido. Se castigó a sí mismo.

—¿Desea algo de beber? —fue lo único que Malcolm pudo decir. Ella asintió y juntos recorrieron la sala hasta una de las mesas para tomar una copa de vino.

La joven bebió un largo trago que hizo pensar a Malcolm que estaba sedienta cuando, en realidad, eran sus nervios lo que ella trataba de apaciguar. El baile había sido intenso. Muy intenso.

Para evitar sentirse juzgada por su esposo, Violet se giró ligeramente hasta darle la espalda y poder así terminar su copa de un último trago.

—Está preciosa esta noche, señora Williams.

Ella dio un salto por el susto. No se esperaba que su esposo se hubiera acercado tanto como para notar el cosquilleo de su piel en su rostro. El sonido de su voz, que había colapsado su oído, le había provocado un temblor incontrolable en las piernas. No podía girarse. No quería enfrentarlo. ¿Cómo podía conseguir el marinero derrotarla de esa forma con una simple frase? Sin embargo, se obligó a ponerse una máscara y se giró.

Ese fue su mayor error, porque si su voz le había provocado agitación, sentirse atrapada de nuevo por la gran marea azul de sus ojos fue su perdición. ¿Cómo no se había dado cuenta hasta ahora de lo atractivo y varonil que era su esposo? Por supuesto que se había fijado en que era atractivo, lo supo desde el instante en que lo vio en la boda de su hermana. Sin embargo, ahora, con las luces del baile y el calor del momento, se sentía una mujer tremendamente

afortunada. Ansiaba besarlo. Sentir su fuego. Quemarse con él.

—Gracias, supongo— respondió ella con educación, notando cómo el rubor teñía en sus mejillas.

—No es una suposición, es una realidad.

—De acuerdo.

La seguridad que desprendía él, chocaba con la inestabilidad de ella. ¿Cuándo habían cambiado las tornas? Ella era fuerte, valiente y echada para adelante. Ningún caballero, por muy rico o gallardo que pareciera, había logrado dejarla sin palabras antes. ¿Qué tenía ese dichoso marinero?

Antes de que pudieran seguir conversando, una figura apareció al final del salón. Una joven que había estado presente en sus conversaciones en los últimos días, Elisabeth. En ese momento estaba conversando con otras damas que parecían entusiasmadas con sus posturas, pues cuando Elisabeth realizó un comentario todas se giraron para contemplar a Violet y a Malcolm. A juzgar por esa forma tan directa de mirarlos, estaban hablando de ellos.

La joven pareja advirtió pronto esas miradas inquisidoras y, aunque en el fondo a Malcolm le incomodaba ser el centro de atención, ese hecho solo sirvió para confirmar lo que él ya sabía acerca de la identidad de esa mujer y para avivar algo que deseaba hacer desde que la vio conversar con Violet en la calle.

—Cuando pisé tierra firme pensé que lo más difícil que tendría que hacer sería enfrentarme a caballeros con el ego demasiado grande, trajes incómodos y peliagudos bailes de salón. Sin embargo, veo que las arpías están a la orden del día.

—Creo que nunca me he sentido tan juzgada como en este preciso instante —dijo ella con sinceridad, mientras apreciaba lo cómodas que parecían sus amigas juzgando su matrimonio.

—Entonces, démosles razones para que puedan comentar a placer.

En ese instante, Malcolm se acercó más a su esposa y depositó un tierno beso en su frente. Aquello llamó la atención de Violet, pero lo que terminó de ablandar su corazón fue la iniciativa que él tomó acto seguido de acercarse presto a sus labios para besarlos. La besó delante de todos. Con calor. Con ternura. Con pasión. Y ella lo saboreó. Lo disfrutó.

Invirtió varios minutos para deleitarse con los labios de la joven, sin importar las habladurías de los demás.

—¿Cree que habrá resultado convincente? —preguntó él, sintiendo el cálido aliento de su esposa mientras separaba ligeramente la cabeza de su contacto.

—Creo que no lo suficiente —respondió ella con atrevimiento.

No hablaba de sus amigas. Hablaba de ella. No había sido suficiente. Y cuando sus labios volvieron a fusionarse con los del marinero, encontró una nueva respuesta: nunca lo sería.

Ese beso lo marcó y lo transformó todo. Algo dentro de ella cambió. Cambió al advertir que el huraño, testarudo y grosero marinero no lo era tanto. Cambió al percibir que también había nobleza, lealtad, cariño y honor en él. Cambió cuando sintió que su propio corazón palpitaba a un ritmo vertiginoso, que sus piernas se sentían débiles y que sus labios ansiaban más.

Cambió cuando se dio cuenta de que, en el fondo, estaba empezando a tener sentimientos por su esposo.

—Escúcheme, querida esposa —empezó a decir Malcolm junto a su oído, mientras tomaba las manos de la joven entre las suyas y las levantaba a la altura de su corazón—. No hay, ni habrá, otra mujer igualable a usted, mi indomable Violet.

Capítulo 12

«Escúcheme, querida esposa: no hay, ni habrá, otra mujer igualable a usted, mi indomable Violet», esas fueron las palabras que acompañaron a Violet Williams durante las largas horas en las que trató de conciliar el sueño en su dormitorio. Demasiadas cosas habían ocurrido esa noche en casa de los Porter, y cada una de ellas le provocaba emociones diferentes.

El baile con su esposo había sido lo más excitante y seductor del mundo. Excitante porque había hecho que brotara en ella un calor que le había arrasado el cuerpo y se había depositado como una seda delicada en su rostro, rompiendo toda posibilidad de cordura. Aquellos ojos la habían atrapado. Perturbador porque la había hecho caer en una contradicción. La forma en que había dejado claro ante el mundo su felicidad con ese beso había sido maravillosa. Su marido le atraía demasiado. Durante los últimos días, su compañía, su contacto, sus besos…

¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Estaría enferma? Era lo más probable. El estrés de la boda y la llegada a la nueva casa le había causado una enfermedad terrible, capaz de manipular su temperamento. En unos días todo volvería a su cauce.

Malcolm Williams todavía sentía el cosquilleo en sus dedos tras el contacto con su esposa. Esa noche no había sido como él había pensado. Había esperado tener que fingir felicidad ante todos los presentes, pero le había asombrado darse cuenta de que su sonrisa había sido genuina, que el baile no le había supuesto ningún esfuerzo, a pesar de que los odiaba. Además, dejar en entredicho los chismes que corrían sobre ellos, sin duda difundidos por la descarada de Elizabeth Bedford, había sido más un placer que una tortura.

Sabía que acudir a ese evento sería importante para su esposa, puesto que era una dama acostumbrada a pasar tiempo en la sociedad, a sus placeres y a sus entresijos, y retirarle esas oportunidades terminaría por opacar su personalidad tan natural y extrovertida. La había visto bailar a escondidas en el pequeño salón de su casa, cuando creía que nadie la observaba, mientras sostenía un libro en la mano. Era, cuanto menos, deliciosa. ¿Cómo podría privarla de ello? Pensó que sería un pequeño sacrificio a favor de su felicidad y, aunque le costó convencerse un poco a sí mismo conforme se vestía para la ocasión, pronto se dio cuenta que no le resultaría tan insoportable, porque ella estaría allí.

Compartir aquel baile con su esposa le había hecho perder la razón. Había sido íntimo y significativo. Durante esos minutos, no hubo nadie más en la sala salvo su sirena. Sin embargo, fue ese beso lo que lo desarmó. No era un marinero experimentado, ni mucho menos un decidido capitán. Era un grumetillo con miedo. Demasiado miedo.

Después de todas las emociones vividas, el sueño parecía no querer atraparlo, pues su cuerpo todavía estaba deseoso. Ansiaba reencontrarse con su esposa. Se desvivía por continuar con el intenso beso que habían mantenido. Quería ser más que unos simples esposos de palabra. Pero, por mucho que su cuerpo lo deseara y su corazón pareciera anticiparlo, su mente le decía

que no era ni lo correcto, ni lo prudente. ¿Qué le estaba ocurriendo? En el fondo conocía la respuesta, puesto que lo había podido observar en decenas de ocasiones en sus hombres cuando llegaban a tierra firme. Solo esperaba que, en su caso, no fuera verdad.

¡Malditas emociones! ¡Maldito cuerpo! ¡Maldita esposa irresistible!

El sol siguió sus planes, ajeno a los delicados sueños que volaban en sueños en aquellas habitaciones matrimoniales.

Esa mañana, Violet se levantó antes de su horario habitual. Desde que llegó a su nuevo hogar, había encontrado gratificante despertarse temprano para desayunar y así poder encontrarse con su esposo. Algo muy distinto a lo que había vivido en casa de su padre, quien, a pesar de sus constantes críticas, nunca logró que la joven se levantara a una hora decente en todos sus años de vida. Sin embargo, el conde no tenía el aliciente que ella necesitaba: unos ojos azules tan seductores como peligrosos.

Violet estaba eufórica esa mañana. Había decidido que su matrimonio no tenía por qué ser desgraciado y que, si su marido había logrado poner de su parte, ella también podía hacerlo. Por supuesto que apreciaba los dos gestos que el caballero había hecho por ella: asistir al baile y demostrar felicidad en público. Se sentía conmovida por ello, pues sabía cuánto detestaba el capitán asistir a eventos sociales y ser el centro de atención. En su cabeza, había elaborado algunos planes interesantes, y quería proponérselos a su esposo, así que cuando él entró en el pequeño comedor y la sorprendió dejando algunas flores en un jarrón en el centro de la mesa, ella lo recibió con una amplia sonrisa.

Malcolm se quedó bloqueado. Esa maldita sonrisa lograría hacerle perder el juicio.

—Buenos días, Malcolm —dijo ella, usando su nombre de pila para tratar de mostrarse cercana.

—Buenos días, señora Williams —respondió él, sin saber que sus palabras no le habían proporcionado a Violet la alegría que necesitaba.

La joven, aunque no se encontraba complacida, no perdió el foco de lo que deseaba hablar con su esposo.

—Me gustaría proponerle algo.

—Estaré encantando de escuchar su propuesta durante el desayuno. ¿Le parece bien que le sirva algo de té?

—Claro, sí —respondió, sorprendida de ver a su marido complaciente y animado.

—Soy todo oídos.

—Había pensado que, tras el desayuno, podríamos dar un paseo a caballo por la propiedad.

—¿Se atreve a montar a caballo? —preguntó él dedicándole una mirada curiosa. Su esposa era una caja de sorpresas.

—Aunque no lo parezca, monto desde que soy niña. Puede que no sea lo más correcto, pero lo disfruto.

—Entonces, sus deseos son órdenes para mí.

Ambos sonrieron y, con una conversación amena, disfrutaron del desayuno hasta que se retiraron para cambiar su indumentaria por otra más apropiada para salir a cabalgar.

Se reencontraron en las caballerizas. Violet se dio cuenta de que apenas tenían dos caballos disponibles para el uso diario. En los establos de su padre había ejemplares más majestuosos, pero comprendía que las rentas de su marido y su predilección por el mar, y no la tierra, limitaría mucho el uso de esos animales. Mas no le importó porque, al parecer, el conde había hecho enviar su propia yegua a su nuevo hogar. Niebla.

Malcolm se comportó como un caballero y ayudó a su esposa a montar, depositando sus manos en sus finas caderas e impulsándola hacia arriba. Aunque pronto se dio cuenta de que el mayor esfuerzo lo había hecho ella, y que, como ya le había dicho, tenía experiencia en montar.

Al principio, su conversación versó sobre temas triviales como el tiempo, los juegos de mesa que ambos disfrutaban, la literatura, e incluso la jardinería. Una forma amena y natural de conocerse, aunque pronto comenzaron a charlar sobre recuerdos, anécdotas y risas.

—Me gustaría preguntarle algo, si no le importa —dijo por fin Violet.

—Mi esposa se ha levantado curiosa esta mañana. —Malcolm sonrió.

—Si le molesta, podría… —El simple hecho de escuchar la palabra «esposa» de sus labios la ponía nerviosa. Despertaba un cosquilleo en su estómago.

—En absoluto, la escucho.

—Siento que no he dedicado el tiempo suficiente a conocer su pasión por el mar desde que…

—Estaré encantado de contestar a todas sus preguntas —respondió él, tratando de interrumpir la vergüenza que parecía estar aflorando en ella. No quería que ese sentimiento estropeara la atmósfera que se había generado entre ellos, y encontró satisfactoria su curiosidad, pues eso les permitiría a ambos conocerse mejor.

—Muchas gracias. Verá, me gustaría saber por qué decidió convertirse en marinero.

—Esperaba una pregunta más comprometida, esa es sencilla y muy apropiada para nuestro largo paseo de esta mañana.

—Como dicen, «soy toda oídos» —Violet Williams lo decía de corazón. Quería conocer a su esposo, pues los gestos que había visto en los últimos días contradecían la imagen que su mente había creado de él nada más conocerlo.

—Desde que era niño, siempre sentí una atracción especial por el mar. Mis padres compraron una casa en St. Yves, al suroeste de Inglaterra. Era una zona preciosa, con tradición pesquera, y mi padre tenía una pequeña embarcación que solía utilizar para pescar. Un día me llevó con él para que aprendiera a defenderme en alta mar. —Sus ojos y su tono de voz se habían suavizado conforme avanzaba con el relato—. Recuerdo que ese día llegué a casa con los músculos entumecidos por el esfuerzo, varios peces para la cena y el corazón henchido. Por alguna extraña razón, sentí una conexión especial con el mar.

—Se enamoró —añadió ella, comprobando que un brillo especial había comenzado a iluminar el rostro de su esposo.

—No solo me enamoró. Se convirtió en mi todo. Confieso que no contaba con muchas amistades en mi pueblo natal, y encontraba más consuelo entre los vaivenes del barco en alta mar que en los salones de juego o en las reuniones sociales. No sabría explicarlo, pero me transmitía paz, como si fuera el lugar en que debía estar. ¿Suena extraño?

—Suena a algo que diría usted.

—Por lo visto, a mi padre le pareció una gran idea que pasara unos meses en la embarcación de uno de sus amigos pesqueros para que adquiriera responsabilidades y comprendiera lo que era el trabajo duro.

—¿Qué pasó después?

—Que ya no pude volver a pisar tierra firme. Con el paso de los años cambié de barcos, de tareas, escalé posiciones, aumenté mis responsabilidades, crucé el mundo, conocí a otra gente… Trabajé muy duro, hasta que finalmente llegó mi recompensa.

—¿Cuál fue? —preguntó ella. Estaba maravillada con la idea de que su esposo hubiera conocido tantas cosas en sus años de vida. Era emocionante. Aunque más excitante era ver el intenso brillo de sus ojos. Lo había visto la noche anterior, cuando compartieron ese baile tan especial y cuando se separaron tras su beso. Un fulgor que, en ese instante, estaba potenciado por los recuerdos.

—Mi propio barco. Puede que no lo parezca, pero ser capitán de barco a los veintiséis años no es lo común. El día en que la Marina Real Británica me concedió el honor de ser capitán y me entregó mi propio navío, sentí que había alcanzado el cielo con las manos. Mi sueño se había hecho realidad.

—¿Y sus hombres?

—Me costó cierto tiempo reunir a una tripulación que compartiera mi visión y aceptara la forma en la que quiero convivir con ellos. Muchos hombres están acostumbrados a la servidumbre y al trabajo duro. Yo intento que la experiencia sea memorable.

—Formar parte de su tripulación suena maravilloso.

—Ojalá algún día pueda subir a bordo —añadió él soñando despierto.

En ese instante, nada le resultaba más cautivador que la figura de ella en el casco del barco. Se la podía imaginar perfectamente con su pelo ondeando por el viento. Con una sonrisa en el rostro y dedicándole una mirada tierna.

—Me temo que eso no será posible. Como bien sabe, soy mujer de tierra. Además, amo las comodidades que aporta nuestra comunidad.

Ese comentario, tan inocente y sin reflexión previa, rompió en parte la burbuja que se había creado entre los dos. Habían compartido un momento íntimo, pero la verdad siempre salía a flote.

Un alma de mar; un alma de tierra.

Violet trató de recuperar su fluida conversación, omitiendo esa sensación que parecía haberse presentado sin avisar.

—¿Allí es donde amasó su fortuna? —se interesó.

—No sé si podríamos llamarlo fortuna, pero sí que me permitió tener recursos para vivir holgadamente y poder ofrecer ciertas comodidades a… a mi futura familia, si es que un día llegaba a tenerla.

Ella lo miró pensativa, intentando añadir algo más para romper el silencio que se empeñaba en instalarse entre ambos.

—¿Y su tripulación?

—Ellos fueron, son, y serán siempre mi familia.

—Suena realmente emocionante…

—Lo era —añadió él con relativa tristeza al darse cuenta de que ya formaba parte del pasado, pues ahora estaba atrapado en tierra firme.

En ese instante, Violet comprendió la pasión que su marido tenía por el mar y lo duro que resultaba estar para él separado del agua. Puede que el lago le trajera recuerdos, pero no podía compararse con la fuerza y el poder del océano. Y, por su culpa, él estaba anclado a una tierra alejada de su barco. De su tripulación, de su familia. El mundo al que pertenecía. Una gran punzada de culpa le invadió. Aquel beso había alterado muchas cosas. Se prometió a sí misma que trataría de cambiar las cosas.

Apenas unos años los separaban, aun así, podía apreciar que su esposo era mucho más maduro que ella, resultado de todos los años alejado de su casa, adquiriendo responsabilidades y siendo capitán de un navío. Una forma de vida dura que ella nunca ha tenido que experimentar. Le entristecía sentirse tan infantil. Mientras ella se preocupaba por nuevos vestidos y cotilleos, él rescataba a personas, transportaba mercancías y hacía que su tripulación sobreviviera en el mar. ¿Por qué había menospreciado su profesión cuando esta lo convertía en una persona mucho más noble que ella misma?

—Y… ¿qué puede decirme de usted? —preguntó el joven para tratar de aligerar el pesar de su esposa—. ¿Qué esconde esa sonrisa?

—No sabría por dónde empezar. Aunque no lo parezca, no soy una persona muy interesante —indicó ella, sintiéndose pequeña después de escuchar las aventuras de él.

—Permítame que lo ponga en duda. El nombre de Violet parece ser legendario en toda la zona.

—Puede ser, aunque no lo suficiente como para que me respeten y… —trató de decir la joven antes de sentirse cohibida.

—¿A qué se refiere? —la animó a continuar.

—Quiero darle las gracias por lo que hizo anoche por mí. Se lo agradezco, de veras.

—¿Se refiere a salvarla de esa arpía a la que considera su amiga?

—Sí…

—Aunque voy a poner en tela de juicio su criterio para escoger amistades, a partir de este momento… —empezó a decir Malcolm antes de ver cómo el semblante de su esposa cambiaba por completo. ¿Dónde estaba la fuerza que había visto en ella justo un minuto antes? Trató de enmendar su error. ¿Por qué no era capaz de decir las palabras correctas?—. Reconozco que la señorita Elizabeth es un lobo con piel de cordero. Es normal que se dejara embelesar por ella.

—Creo que no he sido muy sensata en todos mis años de vida —confesó la joven—. Escucho sus historias y todo lo que veo es dedicación, pasión y esfuerzo. Sin embargo, yo no tengo algo tan emocionante para compartir. Quizá… habría sido mejor que escogiera a otra…

Malcolm no podía permitir que su esposa pronunciara esas últimas palabras, pues sabía exactamente lo que quería decir. Desmontó a su caballo y esperó hasta que la joven hizo lo mismo, con su ayuda. Ambos quedaron el uno frente al otro. Debía dejar las cosas claras.

—Me gustaría dejarle algo completamente claro, querida esposa. Algo que es tan cierto como que el sol saldrá y se pondrá mañana sobre el horizonte: usted es mi esposa, y va a ser la mayor aventura de mi vida.

—¿Más que un viaje en barco?

—Ahora… yo… No estoy seguro.

Capítulo 13

Violet no se había dado cuenta, pero su esposo se hallaba frente a ella, y parecía estar mostrándole algo más que su esbelto cuerpo. Por un instante fue como si mirara directamente en su interior, a su corazón. Y no pudo hacer otra cosa que entregarse a esos ojos.

No le importaba que los caballos estuvieran demandando su atención para que continuaran con el paseo. No le importaba que la húmeda brisa se colara entre los mechones de pelo que caían libres de su recogido. Tampoco que el cielo pareciera enfadado y amenazara con lluvia. No le importaba nada porque, por alguna extraña razón del destino, sentía que estaba exactamente donde debía estar, y con la persona indicada.

En ese momento no quería hacer caso a los mensajes contradictorios que le mandaban su cuerpo, su mente y su corazón. El primero, deseaba que el marinero la besara de nuevo. La segunda, le recordaba que solo se trataba de un matrimonio forzado. Y, el último, parecía hablar en un idioma totalmente desconocido para ella. ¿Qué le estaba ocurriendo?

Malcolm se acercó lentamente hasta ella y la joven sintió como si todo su cuerpo la abrazara por completo. No hizo falta más que un simple roce en su brazo para que comprendiera lo débil que era a su lado. Todo su cuerpo tembló, porque anticipaba lo que podría pasar. Necesitaba sentirlo de nuevo. Sus besos no habían sido suficiente. No podían serlo.

—Quiero que me bese —demandó ella, mirándolo decidida a los ojos.

Él la miró sorprendido, y por lo que pareció casi una eternidad, Malcolm sopesó sus opciones. Por supuesto que había pensado en besarla. Desde el mismo instante en que la vio la noche anterior, con su precioso vestido de color crema. Desde el mismo instante en que sintió que sus almas conectaron durante el baile. Desde el mismo instante en que una de sus simples sonrisas se había vuelto más importante que izar las velas para comenzar un nuevo viaje o dar instrucciones a sus hombres.

Estaba condenado.

Nada le impedía ceder ante su exigencia. Por supuesto que ansiaba besarla, y mucho más que eso. Por ello, y aprovechando el tiempo que se les había concedido, rompió la distancia entre los dos. Liberó las riendas de los caballos y tomó el rostro de su esposa entre sus manos para atrapar sus labios. La joven respondió de inmediato, cerrando los ojos y agarrando a su marido de la chaqueta para indicarle que no se alejara. Nunca. Por nada del mundo. Y presos de una tensión que llevaban días acumulando, ambos cedieron a sus impulsos.

Los labios de él jugueteaban con los de ella con picardía y sensualidad. Ella, embriagada por todas las sensaciones que él estaba despertando, encontró desdicha cuando los labios de él abandonaron su rostro para depositar un camino de fuego por su cuello. La joven elevó el rostro para facilitarle a Malcolm el acceso y, antes de que se diera cuenta, Violet era incapaz de razonar. De pensar que sus manos tenían vida propia y se aferraban con fuerza al joven para afianzar su abrazo. De articular nada más que un simple jadeo cuando una repentina pero delicada acción de él la sacó de su trance.

Las manos de Malcolm jugueteaban con un mechón rebelde de su cabello cuando, de pronto, decidió que uno de sus pechos era más interesante. Encontró en la tela un inoportuno contrincante, pero, con cierta habilidad, logró aliviar la presión que sus senos sentían. Sus besos regresaron al origen, a sus labios, donde el fuego había prendido y donde él parecía sentirse más

cómodo, y ella parecía encontrar alivio. Mientras tanto, una mano tosca y endurecida pellizcó su seno derecho, provocando que Violet abriera los ojos de golpe y rompiera el beso. Estaba jadeando y sentía que la temperatura de su cuerpo se había elevado de manera inexplicable. Mas al ver la mirada plena de gozo de su esposo no pudo sino alentar su contacto. Sonrió con deseo y él se apresuró a besarla de nuevo, sin dejar de demostrarle sus atenciones a su divino pecho. Un pecho que no era grande, aunque sí perfecto para ser rodeado y adorado por la mano del marinero.

En ese instante, cuando Violet pensaba que estaba rozando una nueva frontera en sus emociones, ocurrió algo que no esperaba: Malcolm se separó y se inclinó hacia adelante para succionar su pezón. Aquello fue algo tan inesperado como lascivo. Intenso, glorioso y ardiente. Violet jamás había vivido algo así, y cuando sus piernas comenzaron a temblar por el deseo, y su cabeza a perder la razón, se balanceó hacia un lado. Ese movimiento solo avivó más la intensidad de la succión de su esposo, y pronto ambos llegaron a un punto totalmente nuevo.

Malcolm agarró el pecho con más fuerza y mordisqueó con cuidado el pezón, para provocar más jadeos en ella. Escuchar a su esposa en ese estado era lo que siempre había deseado. Lo que había imaginado desde que la vio en la boda de Alfred.

—Oh, Malcolm —dijo ella cuando no pudo más.

—Dígame que pare.

—No podría.

El camino de regreso a casa fue muy diferente al que habían emprendido al inicio de la mañana. No fue debido a que el clima hubiera terminado con un sol triunfante en el cielo, ni tampoco porque los caballos estuvieran cansados, o la naturaleza pareciera estar en su pompa a pesar de no ser temporada. No. Eran ellos. Silenciosos y sin atreverse a mirar el rostro del otro. Malcolm y Violet caminaban uno al lado del otro, con demasiadas cosas que decir, pero sin la valentía necesaria para hacerlo.

Sin duda, el íntimo momento que habían vivido en el bosque parecía haberlo cambiado todo. Su contacto, limitado a dos besos que, aunque habían sido apasionados, no tenían nada que ver con el que habían compartido esa mañana, habían alcanzado una nueva dimensión.

Violet sentía que su pecho todavía ardía, al igual que era incapaz de apagar el fuego que el marinero había iniciado. Nunca había vivido algo semejante. El solo recuerdo de la boca de su esposo lamiendo y mordiendo su pecho era algo que la embriagaba y avergonzaba a partes iguales. ¿Cómo podría enfrentarlo después de eso? Aunque, por otra parte, pensó que sería algo natural. Eran un matrimonio, y era evidente que existía un deseo creciente entre ellos.

Malcolm, por su parte, era un mar de dudas. Una barca a la deriva en un océano con marea brava. Había cedido a la petición de su esposa, se había entregado al deseo y había dejado que lo consumiera de todas las maneras posibles. Le costaba admitirlo, pero agradecía que ese interés hubiera brotado de la boca de su esposa, pues así la culpa de haber deshonrado su cuerpo no sería solo suya. A pesar de haber disfrutado, Malcolm se sentía culpable porque no quería dar falsas esperanzas a su esposa de algo que no podría ser si sus vidas no estaban destinadas a estar juntas.

¿Qué debía hacer ahora?

Cuando llegaron a la casa, ambos se dirigieron a encargarse de sus quehaceres sin que sus miradas volvieran a encontrarse. No por ello su día fue menos desdichado. Por mucho que Malcolm intentara concentrarse en preparar unos documentos para sus propiedades y unos listados de provisiones para su próxima expedición en el Liberty, el barco al que tanto ansiaba volver, cometió tantos errores que terminó por arrojar todos los papeles al suelo. En su mente solo había una cosa. Ella.

Violet, por otro lado, se pinchó en varias ocasiones mientras preparaba un centro de mesa. No era muy aficionada a la jardinería porque siempre terminaba manchada de tierra, pero había encontrado cierta paz en examinar una a una las flores y descubrir qué capullos estaban a punto de abrirse. Sin embargo, esa mañana había derramado más sangre que flores recogidas, así que se levantó frustrada y se dirigió al interior de la casa, esperando encontrar algún quehacer con el que matar el tiempo.

Sin duda, la lista de tareas que Mery tenía para ella le ofrecían una gran distracción, mas pronto la hora de la comida lo eclipsó todo. Violet se sentía nerviosa por reencontrarse con su marido. ¿Cómo debía saludarle? ¿Con un «querido esposo»? No, era evidente que sonaba muy forzado. ¿Quizá un «he disfrutado de la mañana, esposo mío»? No, desde luego que no. ¿Sería capaz de decir eso sin ruborizarse? No, tenía que haber otra forma.

No importaron los posibles saludos que ella había pensado porque Malcolm Williams no se presentó para comer. El ayudante de cámara de su esposo anunció que estaba ocupado con unos menesteres relacionados con la finca y que se ausentaría por unas horas. Rogó en su nombre que lo perdonara.

En parte, a Violet le molestó la ausencia de Malcolm. ¿Qué esperaba en realidad? ¿Que se sentaran a comer y que su mirada fuera solo para ella? Sí, por supuesto. ¡No, maldita sea! Claro que no. O quizá sí. Violet era un conjunto de contradicciones enfrentadas.

Estaba segura de que el beso y lo vivido en el bosque había cambiado algo entre ellos, y esperaba que fuera lo suficientemente fuerte como para modificar su dinámica matrimonial, pero era evidente que se había confundido. Aunque le habían comunicado que él estaba ocupado, sabía que era una excusa. Una excusa para mantenerla alejada. Para no acercarse a ella. Otra vez.

Violet comió con desgana, y así pasó también las siguientes horas de la tarde. No podía negarlo, le molestaba la ausencia de su marido. ¿Por qué no aparecía? Quería tomar el té con él. Quería convivir con él. Sin embargo, parecía que cada paso que daban hacia delante tenía como efecto una retirada inmediata. Puede que fuera un marinero valiente en alta mar, mas en tierra firme era un vil cobarde.

No quería mostrarse como una señora caprichosa, pero lo era. Lo era y mucho; siempre lo había sido. No le gustaba que el mundo no estuviera pendiente de ella o que la gente la ignorara. Estaba acostumbrada a las atenciones, a los cuidados de los demás y a las miradas indiscretas. Parecía que para su esposo lo vivido en la mañana no había sido lo suficientemente relevante como para mantenerse cerca de ella.

¿Y si se arrepentía de lo que habían compartido? Tenía que ser eso. Un beso les había metido en un matrimonio sin amor, y ahora el marinero no sabía cómo enfrentarla para asumir otro error. Puede que ella le hubiera exigido ese contacto, pero él había sido artífice conjunto de todo lo que ocurrió a continuación.

Esa misma noche, Malcolm tampoco se presentó a cenar. Se quedó en su despacho, tratando de encontrar sentido a la maraña de sentimientos que lo dominaban. Se sentía culpable y por eso se había recluido en ese despacho en lugar de enfrentar a su esposa. ¿Cómo podía ser tan cobarde? Lo era, y mucho, y eso le enfurecía todavía más. Por supuesto que deseaba a su esposa. Sin embargo, decírselo en voz alta era más complicado. Amar su cuerpo había sido una delicia, pero no sabía si ellos estaban preparados… Si él estaba preparado para lo que significaba, pues en el fondo había algo más fuerte que el deseo conviviendo en su corazón. Algo que nunca antes había experimentado. Algo que lo confundía y le intrigaba.

El día siguiente tampoco sirvió para mejorar la relación entre ambos, de hecho, agravó el mal humor de la señora de la casa. Violet regresó del pueblo tras su paseo diario con varias cajas que hubiera deseado que su esposo se encargara de cargar por ella. Había comprado dos mantelerías completas y un juego de sábanas nuevo para su cama, y traerlas a casa había resultado toda una odisea, ya que la calesa estaba ocupada.

También lo estuvo el día siguiente, cuando la ausencia de su esposo se hizo más latente. ¿Dónde se escondía? Las comidas y las cenas no resultaban un suplicio, pues la compañía de su enfado era capaz de ocupar el asiento de enfrente, y Mary, quien se había percatado de la falta de su señor, se encargaba de entretener a la joven con tareas que ella tenía más que resueltas.

Antes de finalizar la noche del tercer día, y justo antes de irse a la cama, la puerta del despacho sonó con un fuerte golpe. Malcolm Williams se levantó de la vieja butaca que decoraba la estancia y se acercó a la puerta con cierto miedo. Cuando la abrió se encontró con el rostro dulce aunque tosco de su esposa.

—Buenas noches, esposo.

—Buenas…

—Solo le importuno de sus importantes quehaceres para recordarle que mañana está previsto que cenemos en casa de los Davenport.

—Sí, lo recuer… —trató de decir el capitán, mas el fuego en los ojos de su esposa lo achantó.

—Si prefiere quedarse aquí, lo comprenderé totalmente. En caso contrario, le ruego que sea puntual.

—Comprendo.

—Buenas noches, que descanse —se despidió ella, antes de darse media vuelta y emprender el camino a su habitación.

Sin embargo, la culpa, que ya había alcanzado su máximo nivel al ver el rostro enfadado de su esposa, impulsó a Malcolm a salir en su busca y tratar de refrenarla.

—Espere, por favor… ¿Qué es esto? —preguntó el marinero al darse cuenta del moretón que su esposa tenía en la mano derecha. ¿Qué le había ocurrido?—. ¿Se ha hecho daño?

—¿Acaso le importa?

—Por supuesto que me importa. Dígame, ¿qué le ha pasado?

—Resulta que cargar cajas puede resultar doloroso si no dispones de la fuerza necesaria. Me golpeé con el portón al entrar en la propiedad y me clavé una de las cajas.

—Puedo aplicarle un ungüento para los golpes —sugirió, haciendo amago de regresar al

interior del despacho con la intención de tomar un bálsamo que siempre tenía cerca para curar las quemaduras de las cuerdas en alta mar—. Si me permite, se lo prepararé.

—No es necesario, me encuentro perfectamente —respondió ella con orgullo, dándose la vuelta para continuar su camino.

—De acuerdo —respondió él rápidamente—. Cuente conmigo para la comida de mañana, no la dejaré sola.

—Ah, ¿no? Disculpe mi confusión y mi necesidad de comprobarlo, pero su ausencia me ha indicado que es posible que tuviera ocupaciones prioritarias que demandaran más su atención que una reunión social —expresó la joven con tono de dolor e ironía en su voz, algo que no pasó desapercibido para el marinero, clavándose más de lleno en su avergonzado corazón. ¿Cómo podía calmarla? Era su culpa. Había errado y ese era su castigo.

—Allí estaré, lo prometo.

—Mi padre y mi hermana estarán allí, señor Williams. No quiero que piensen que no somos una familia.

—Nada es más importante que la familia —trató de dejar claro él, aunque el rostro de ella no lo confirmaba.

—Estoy empezando a dudarlo.

—¿Qué quiere decir?

—Nada —respondió ella entre dientes continuando su camino. Sin embargo, su brazo fue aprisionado y ella obligada a girarse.

—Necesito que sea clara.

—¿Clara? De acuerdo, lo seré. Seré clara al decirle que estoy enfadada. Dolida, más bien. Me besa con pasión, compartimos un momento íntimo y luego se mantiene alejado de mí durante tres días. ¡TRES DÍAS! —Violet no pudo evitar explotar y sacar todo lo que se había guardado para ella durante esos días de angustia y soledad—. Abandona la casa sin dar señas de su paradero, ni una hora prevista de llegada, como si… como si yo no importara.

—Me disculpo, tenía cosas…

—Cosas importantes que hacer, claro. Seré franca con usted, señor Williams. Hasta hace poco era una gran amante del riesgo, pero desde que le conocí, me temo que tuve suficiente juego por una larga temporada. Si mi compañía le desagrada le ruego que sea franco y…

Malcolm Williams no la dejó acabar y se arrojó a los labios de la joven para besarlos. Ella, aunque ligeramente complacida, se echó hacia atrás rompiendo el contacto.

La mirada de Violet hizo temblar los cimientos de la casa.

—Por supuesto que quiero su compañía, pero necesito tiempo, ¿de acuerdo? —se apresuró a decir el marinero ante la reacción de ella. No quería que pensara que no era importante para él.

—¿Necesita tiempo? ¿Tiempo para saber si es más interesante mi compañía o mis labios? Me temo que forman parte de un todo. No puede tener mis besos y no mi persona… o mi corazón. Si…

—¿Su corazón? —preguntó contrariado Malcolm, dando un paso atrás al advertir la extraña combinación de palabras de su esposa. ¿Había dicho su corazón?

—No tiene importancia —se apresuró a decir ella para quitar tensión al momento—. Le espero a las cinco en la entrada principal de la casa. Hasta entonces, dejaré que se encargue de sus muy prioritarias tareas.

—Espere, usted también es importante.

—Pues no lo está demostrando.

Capítulo 14

«Pues no lo está demostrando».

Esas palabras carcomieron a Malcolm durante el resto de la noche, y luego lo atormentaron en sus sueños. Cinco palabras que lo habían dejado bloqueado. Un rostro que lo había rechazado. Un golpe en el corazón. ¿Qué estaba haciendo?

Nunca antes le había pasado algo parecido. En el barco, con su tripulación, todo era más sencillo y sin complicaciones. Pero ni la tormenta más fuerte jamás presenciada podría equipararse a la furia que había percibido en Violet. Y era su culpa, por supuesto. Comprendía que su esposa estuviera de mal humor al llamar a la puerta de su despacho.

Era un marinero condecorado, con experiencia en situaciones complicadas y con habilidad para salir de apuros. Había triunfado en expediciones donde otros habían fracasado, y siempre traía a sus hombres sanos y salvos a casa. ¿Por qué le costaba entonces enfrentarse a una mujer? Porque no era una mujer cualquiera. Era su esposa. Violet. Y no era solo eso. Había algo más intenso de por medio. Sus sentimientos. Unos sentimientos que, por mucho que tratara de reprimir encerrado entre esas cuatro diminutas paredes, habían tomado el timón de su vida y lo habían relegado a un segundo oficial.

Eran esos sentimientos los que lo confundían y, para su desgracia, aterraban. Nunca había experimentado algo así. En ninguno de sus veintiocho años de vida. Sin embargo, le costaba reconocer que, por primera vez, tenía un motivo de peso para quedarse en tierra firme, por mucho que siguiera escuchando al mar emitir su inconfundible canto. ¿Por qué? Porque en esa casa había una sirena más poderosa que lo había embelesado. Admitir eso era duro. Muy duro. Y Malcolm Williams no estaba seguro de querer hacerlo. Porque si eso era verdad, si aceptaba que tenía fuertes sentimientos por su joven esposa, significaría que el mar y su querida Liberty quedarían en el pasado, pues ella no estaría dispuesta a abandonar su vida en tierra firme. ¿Estaría él dispuesto a sacrificarlos por ella? Necesitaba saber si su amor por el mar era más grande que los sentimientos que parecían haber despertado por la joven.

Con ese gran dilema todavía sin resolver, Malcolm se levantó temprano, se arregló y descendió a las salas comunes con el firme propósito de demostrarle a su esposa que, aunque no tuviera claros sus sentimientos, ella era importante para él, al igual que su familia lo era para ella. Porque desde hacía varias semanas, ellos también lo eran.

Familia.

Para su sorpresa, su esposa no se encontraba en el comedor, ni tampoco en la sala común. Le preguntó a una de las doncellas si sabía dónde se encontraba y le anunciaron que todavía no se había levantado. Se sentó a la mesa y la esperó. No quería desayunar sin ella, y podía aparcar sus tareas durante varias horas.

Violet tardó un poco más de lo deseado en arreglarse y bajar al comedor. Aunque era coqueta y podía llevar a cambiar su atuendo en varias ocasiones en un mismo día, aquella mañana se sentía decidida a demostrarle a su marido que no necesitaba su apoyo.

—Buenos días, querida —saludó Malcolm en el mismo instante en el que su cuerpo cruzó el umbral del comedor.

Violet dio un respingo por el susto y de nuevo se quedó insatisfecha por su elección de palabras. «Esposa», nunca «Violet». Sonaba frío. Impersonal. Otra persona podría decir que la

palabra esposa tiene más carga emocional para una mujer. Sin embargo, en el caso de Violet, la intimidad y la cercanía podía demostrarse con un simple nombre.

—Buenos días —le respondió de manera escueta, sin dar pie a más conversación por su parte.

—Esta mañana he madrugado, y he pensado que podría ser una buena idea dar un paseo juntos antes de comer —propuso Malcolm al percibir la poca predisposición de su esposa para entablar una conversación cuando la vio sentarse en la mesa sin dirigirle una sola mirada—. Como marinero conozco el tiempo, y tengo la impresión de que esta tarde lloverá.

—Oh, no sabía que hoy llovería —dijo la joven levantando el rostro para mirar por la ventana.

—Puede que no lo parezca, pero hay humedad en el ambiente y el viento ha cambiado su rumbo. En alta mar son claros indicadores de agua.

—De acuerdo, me parece buena idea —aceptó ella. Había pasado una noche horrible. Ver que su marido estaba bien la había aliviado. Su barba de tres días le había atraído, y la forma en la que le había hablado, suplicante y avergonzado, le demostraba que se sentía mal por su comportamiento. Pero estaba tratando de enmendar su error, y ella no era mala persona; le daría una oportunidad para arreglarlo. Puede que entonces le contara la verdad de su ausencia. Porque, por muy enfadada que estuviera, ansiaba estar con él—. Gracias…

—No hay por qué darlas —dijo él con una sonrisa radiante que pareció calmar el malhumor de su esposa.

En ese momento, sus miradas conectaron y Violet volvió a experimentar esa inquietud en su interior y el ya conocido temblor en las piernas.

—En ese caso, me retiraré para cambiarme —se excusó ella, tratando de salir de la situación.

—No es necesario. Así está preciosa.

—Es un vestido muy humilde.

—Por mi como si viste un camisón. Seguirá estando hermosa.

Violet lo miró con las cejas arqueadas.

—No creo que a las personas con las que nos podemos encontrar por el camino les parezca correcto.

—En eso tiene razón.

—Gracias, optaré por algo menos… provocador.

Violet se levantó con tensión de la silla y, tratando de evitar mostrar el temblor de sus piernas, se dirigió a la puerta antes de que su voz la detuviera.

—Siento de verdad no haber estado presente estos últimos días —dijo Malcolm intentando sincerarse con su mujer—. Todo tiene una explicación que espero poder compartir con usted en algún momento. Por ahora, le pido…

—Tiempo. Lo sé.

Violet sonrió a su esposo con cierta timidez, pero sintiendo una ligera calidez en el corazón, pues, aunque no fuera toda la explicación que ella necesitaba para satisfacer su frustración, era un paso en el marinero que valoraba.

La joven había mentido. No quería cambiarse de ropa, y mucho menos ahora que sabía que a su marido le gustaba lo que se había puesto. ¡Era horrible! Esa misma mañana se había levantado combativa, y ahora solo podía pensar en cómo esos ojos azules habían creado en su mente un camisón perfecto para cubrirla.

Una vez en su cuarto se arregló el cabello, y veinte minutos después regresó a la entrada

principal para encontrarse con él.

Durante más tiempo del que pudieron apreciar, la joven pareja paseó por los caminos circundantes a la propiedad hasta llegar al pueblo. La gente seguía su ritmo, sin apreciar que dos personas conversaban con un renovado interés en conocerse.

—Y dígame, ¿echa de menos su hogar? —preguntó el caballero para tratar de amenizar el paseo y, al mismo tiempo, conocer un poco más a su esposa.

—Confieso que echo en falta algunas cosas. Verá, nuestra familia es grande. Somos cinco hermanas, y cada una de nosotras es diferente de las demás —respondió Violet. Antes de salir de la casa se había prometido que trataría de mostrarse sosegada delante de él, mas estaba actuando con cautela.

—Desde luego, si los temperamentos de sus hermanas se parecen a los de sus esposos, puedo asegurar que deben serlo, pues Benjamin y Alfred no podrían ser más diferentes entre sí.

—En efecto. Echo en falta el bullicio, el caos, las discusiones, las conversaciones, la complicidad…

—¿Está muy unida a ellas?

—Sí. Puede que no lo transmitiera con palabras durante nuestros años de convivencia. Sin embargo, quiero mucho a mis hermanas, y adoro a mi padre. Con la mano en el corazón confesaré que no he sido la mejor de las hijas.

—Eso dice mucho de usted, señora Williams —dijo él con una gran sonrisa en el rostro—. Y su hermana menor… ¿ha entrado ya en sociedad?

—Por supuesto. Ella es una joven… impetuosa, caprichosa, ruidosa, habladora…

—Me recuerda a usted, entonces —añadió él con un divertido tono de burla, tratando de sonsacar una sonrisa en su compañera.

—No ha sido un comentario muy cortés por su parte, pero…

—Ambos sabemos que usted es todo eso y mucho más.

—¿Mucho más? ¿Como qué? —No pudo evitar preguntar.

¿Qué quería decir? ¿Por qué era tan críptico? Agarró a su marido del brazo para enfrentar su mirada. Quería que fuera sincero con ella. Allí. Ahora. Que terminara con esa nube de misterio que parecía separarlos con un muro imposible de flanquear. ¿Cuándo le dejaría ver su interior?

—Se lo diré cuando llegue el momento.

—Está bien, guarde sus secretos, esposo —respondió ella rendida, retomando el paseo—. Aunque le comunico que algún día conseguiré descifrarlos.

—Estoy seguro de ello.

Con esa simple afirmación, Violet WIlliams perdió el habla. No supo qué más decir. Y cuando él le regaló una sonrisa traviesa, comprendió que había recuperado una parte del bravo marinero que recordaba. No era un «dichoso baile el que los unió» sino un «dichoso baile el que los encadenó de por vida». Era así, ¿no?

—No le hace muy feliz asistir a la cena en casa de los Davenport, ¿verdad?

—No soy una persona muy sociable.

—Eso ya lo he comprobado.

—Verá, en alta mar no tenemos muchas oportunidades de alternar en sociedad. Hasta hace poco, si no era sobre un barco mercante o un pulpo, apenas habría tenido interés en hablar.

Ambos se rieron tras el comentario. Violet habría jurado que su marido no tenía ni pizca de humor en los huesos, aunque, al parecer, ocultaba cualidades interesantes.

—Lo comprendo.

—Entiéndame, no es que carezca de habilidades para conversar. De hecho, mi tripulación podría afirmar, con total seguridad, que soy muy elocuente, pero… La verdad es que los salones de fiesta y los bailes no son… exactamente…

—Su territorio —terminó por él.

Él asintió sintiéndose pequeño. No tenía fuerzas para enfrentarse a la alta sociedad.

—En efecto.

—Lamento comunicarle que nuestro rico condado está tan alejado del mar que es imposible que aparezca un pulpo gigante para amenizar sus veladas.

Ambos rieron de nuevo. Violet empezaba a relajarse y a sentirse cómoda ante la compañía de su marido. Era fácil charlar con él y encontraba divertido el tono que había adquirido la conversación.

—Sin duda, sería alarmante. Aunque creo que usted lamentaría que un odioso pulso impregnara el suelo del salón impidiéndole así bailar.

—Sería un grave inconveniente, no se lo puedo discutir. Al contrario que usted, señor Williams, yo aprecio la sociedad más que cualquier otra cosa. Los bailes, los salones de té, los paseos por la alameda, e incluso las pequeñas excursiones al condado de al lado.

—Por lo que veo, ha tenido una vida muy ajetreada —observó Malcolm.

—No puedo quejarme. Ser la hija de un conde tiene sus ventajas —respondió ella alegre y orgullosa.

—¿Llama ventaja a una ajetreada vida social?

—Por supuesto. Verá, tras la muerte de mi madre, todo el condado se volcó en nosotras. Ella era una condesa muy querida y tenía amistades auténticas entre otras familias. La duquesa nos acogió como si fuéramos sus hijas. Aunque claro, ella siempre se encargó de marcar las diferencias entre nuestras familias. No obstante, éramos invitadas a más cenas, reuniones de té, audiciones… Notamos el cariño de la gente, y por ello estaré siempre agradecida. Si no hubiera sido por mis hermanas y la comunidad… Creo que la muerte de mi madre habría sido un bache imposible de superar. —Su tono se había teñido de tristeza.

—Nunca he enfrentado un duelo de tal magnitud. Sin embargo, puedo llegar a comprender el dolor que siente. Perder una madre, sobre todo para una mujer, tiene que ser duro.

—Por eso siento que le debo mucho a todo el mundo. Porque ellos estuvieron a mi lado cuando mi corazón… se rompió.

La voz de la joven se quebró ligeramente con la última frase. Recordar el episodio más triste de su vida la sumía siempre en un estado de perturbación. Él le tomó la mano como muestra de apoyo.

—Es comprensible que le guste estar acompañada —dijo él, entendiendo esa necesidad de su esposa. Necesitaba sentirse querida.

—Lo dice como si fuera algo malo.

—Al contrario. Me muestra que es usted una mujer que valora las relaciones y que establece vínculos fuertes con las personas. Espero que… —empezó a decir Malcolm, aunque, al darse cuenta de lo que realmente quería decir, se detuvo.

—¿Espera que…? —lo instó a continuar.

—Que algún día yo también forme parte de ese vínculo inquebrantable —confesó Malcolm, mostrando así gran parte de su corazón.

Violet se quedó paralizada. Aquella frase había sido tan reveladora y significativa que no sabía qué contestar. Había sinceridad absoluta y, por primera vez, pudo ver un brillo especial proveniente del interior de su esposo. Una sensación que tomó su corazón para acunarlo. Estaba

conmovida.

La joven se movió un paso hacia delante y le dio un beso casto e inocente a su esposo en la mejilla. Él, acalorado por ese simple gesto, sintió que su corazón comenzaba a azorarse.

Por supuesto que ansiaba formar parte de la vida de Violet y no ser solo un puesto oficial obligado por el matrimonio y firmado sobre el papel. Pero su esposa amaba demasiado la sociedad. Y él tenía miedo. Mucho. Nunca antes se había sentido así, y tenía pánico de que, si daba rienda suelta a sus emociones, en algún momento tendría que escoger entre el mar y su esposa. En ese caso, ¿haría lo correcto? Rezó a Dios para no equivocarse.

Pasaron juntos el resto de la mañana entre conversación y conversación. Violet se sentía agradecida, y en su mente ya había olvidado el error cometido por su esposo al abandonarla tras su encuentro en el bosque. Sin embargo, estaba confundida porque, tras ese gran avance físico, él no parecía desearla de la misma forma. ¿Acaso había sido algo aislado?

La calesa se detuvo en la entrada de la casa de los Davenport, permitiendo que el joven matrimonio descendiera con cuidado. Él le extendió la mano y ella la tomó, manteniéndole la mirada. La joven estaba emocionada.

—Señor y señora Williams, bienvenidos —saludó la señora Davenport. Violet conocía a su anfitriona desde que era una niña, puesto que su padre y el señor Davenport eran socios empresariales. Había crecido con su hija y su hijo mayor y, aunque se rumoreaba que en algún momento podrían contraer nupcias, aquello nunca llegó a término. Y ahora, con una alianza en la mano, era algo imposible.

—Le estamos agradecidos por su invitación, señora Davenport.

—La hija del conde Cavendish es siempre bienvenida a nuestra casa —añadió la mujer. Comentario que no pasó inadvertido para su esposo, quien apreció que, para la anfitriona, él no parecía de su agrado al no incluirlo, o al menos al referirse a ella como la hija del conde y no como su esposa.

—Tenemos la suerte de contar con la presencia de mi esposo y mi querido hijo esta noche. Ambos partieron al norte por temas de negocios, pero regresaron esta misma mañana. Me gustaría indicarle que su padre, el conde, y su hermana ya han llegado.

—Excelente—respondió Violet sonriendo a su anfitriona.

Entraron en la residencia mientras conversaban con la señora de la casa hasta que los caballeros bajaron para compartir con ellos la velada.

—Lamento la tardanza, señorita Cavendish —comenzó a excusarse el señor Davenport.

—Querido, ya no es la señorita Cavendish. Ahora es la señora Williams, ¿lo recuerda? —intervino la anfitriona para corregir a su esposo. Era evidente que no estaba al tanto de su renovada situación civil.

—Por supuesto, por supuesto. Disculpe la confusión, señor Williams. Esta jovencita ha formado parte de nuestra familia durante muchos años y no me acostumbro a verla como una mujer casada.

—No se preocupe, señor Davenport.

—Me encantaría presentarle a mi hijo, Robert Davenport.

El heredero de los Davenport se acercó al invitado de sus padres y ambos se saludaron de

manera formal.

—Es un placer que nos acompañen, sin duda —agasajó Robert—. Madre, nada me complacería más que cenar ya. Disculpe, señor Williams, pero viajar es algo que abre enormemente mi apetito.

—Conozco la sensación —añadió el marinero intentando sonar divertido. Quería esforzarse en agradar a aquellos hombres para complacer a su esposa—. Todos los días tengo que lidiar con hombres hambrientos en alta mar.

—¿Acaso pasan penurias en su barco?

—No, señora —se apresuró a contestar Malcolm antes de generar confusión—. Pero el oficio de marinero requiere mucho trabajo físico. Mis hombres se dejan la piel y…

—¿Acaso no pueden consumir los productos que pescan?

—No somos pescadores. —Malcolm trató de aclarar la idea preconcebida que estaba seguro que la anfitriona tenía respecto a su profesión. Muchos pensaban que trabajar en el mar era sinónimo de esclavitud y que no había distinción alguna—. Nuestro oficio es diferente y…

—Sin duda será algo muy interesante. Si no le importa, podríamos dejarlo para otro día —interrumpió la señora Davenport, faltando el respeto a Malcolm.

Violet pudo apreciar la mueca de dolor en el rostro de su marido.

—La cena está servida, señora —anunció uno de los miembros del servicio.

Totalmente molesto por la interrupción de la anfitriona, Malcolm confirmó sus sospechas: no era bien recibido en aquella casa. Eso solo podía significar una cosa: tendría que hacer uso de toda su educación, modales y fuerza de voluntad.

Capítulo 15

Todos los presentes se dirigieron al comedor principal, que lucía preparado para la ocasión, y se sentaron a la mesa. Los recién casados se sentaron el uno frente al otro y Robert Davenport se ubicó junto a Violet, algo que parecía bien orquestado por la anfitriona. Bella y el conde Cavendish se colocaron próximos a ellos, haciendo que Violet se sintiera cómoda de poder contar con su presencia.

—Señor Davenport, ¿ha sido provechoso su viaje al norte? Su esposa ha comentado que han ido allí por negocios. Estoy segura de que trata de tomar ventaja frente a mi padre —dijo Violet iniciando una conversación en la mesa.

—Desde luego, querida. Robert y yo debíamos solucionar unos asuntos importantes. Dentro de unos años le cederé el negocio y necesita comprender todos los pormenores.

—Sin duda, nuestro querido Robert heredará propiedades y un negocio próspero y boyante —añadió la señora Davenport tras dar un sorbo a su copa de vino y luego de dirigir una ligera mirada de desdén a su invitado.

—Robert siempre ha demostrado pericia para los negocios. Todavía recuerdo cómo jugaba a ser banquero cuando éramos pequeños. Nunca lograba que me diera unas monedas por mis muñecas —corroboró Violet, compartiendo la anécdota entre sonrisas.

—Eso es porque me ofrecías las muñecas de tu hermana. Si hubieran sido las tuyas, la contraprestación habría sido mayor —respondió con diversión el joven heredero.

—Eso podría justificar por qué desaparecían siempre mis pobres muñecas —se quejó Bella haciendo una mueca.

—No estaba dispuesta a darte mis posesiones más valiosas, Robert —añadió Violet ignorando el comentario de su hermana de forma deliberada.

Los dos jóvenes rieron y contagiaron sus sonrisas a los señores Davenport. Era evidente que los años que habían pasado juntos les habían permitido desarrollar una estrecha relación en la que las bromas estaban permitidas. Esto no pasó desapercibido para Malcolm, quien sintió una punzada similar a los celos. Disfrutaba viendo sonreír a su mujer, y era evidente que se desenvolvía a la perfección en sociedad, pero notaba que algo no iba bien.

—Muy lejos han quedado nuestras tardes de juegos, ¿no creéis? — preguntó la menor de las Cavendish, dirigiendo una mirada divertida a su hermana recién casada. Apenas unas semanas atrás compartían habitación y ahora sentía una tremenda envidia por ella y su nueva vida.

—Sin duda, es mejor no enfrentarse a la joven Bella —dijo el heredero con una gran sonrisa en el rostro.

—¿Y puedo saber por qué?

—No me gustaría dejarte en evidencia, querida amiga. Sin embargo, es mi deber como caballero confesar a las damas aquí presentes que tienes cierta tendencia a hacer trampas.

Las risas inundaron la estancia para bochorno de la pequeña de los Cavendish.

—Muy poco caballeroso por tu parte, Robert.

—No puedo sino dar la razón a Robert, querida Bella. Ambas sabemos que la mayoría de las veces que ganabas no era porque tuvieras al azar de tu lado.

—¿Tú también? ¡Esto es bochornoso!

—No te enfades con nosotros —pidió Robert tratando de calmar a la joven. Siempre había disfrutado provocando a Bella Cavendish. Era como encender una mecha en medio de un barril de pólvora—. Estamos entre amigos y familia.

Malcolm, que observaba en silencio la escena, giraba el rostro de unos a otros, sintiendo cómo esos celos crecían cada vez más. Era evidente que él llegaba muchos años más tarde que el joven Robert Davenport, y que no era posible tener una relación tan estrecha con las jóvenes de repente, pero, en su fuero interno, lo deseaba con todas sus fuerzas.

—Y dígame, señor William, ¿cuáles son sus planes de futuro? —preguntó el señor Davenport.

Malcolm se sorprendió de que todas las miradas se centraran de pronto en él. Prefería que hablaran entre ellos y lo dejaran al margen como hasta ahora, aunque ver el desdén con el que la anfitriona lo miraba le molestaba.

Se tomó un segundo para coger aire y responder con tranquilidad.

—Todavía no lo he decidido.

—Querido, no atosigue al joven —solicitó la señora de la casa a su esposo—. Es posible que no tenga muy claro qué rumbo quiere que tome su vida ahora que ha decidido dejar las redes y establecerse en tierra.

—En realidad, no me encargo de echar las redes al mar, señora Davenport. Soy capi…

—No se hable más del tema —lo cortó—. El conde se habrá asegurado de que su hija tenga una buena asignación para vivir cómodamente con su esposo, querido. Nuestro buen amigo no dejaría a su hija menor a su suerte.

Malcolm respiró profundamente. Nunca, en todos sus años de vida, había conocido a una mujer tan maliciosa como la señora Davenport. Era evidente que no respetaba su profesión, y tampoco estaba interesada en hacerlo partícipe de su círculo cercano. Si estaba sentado en esa mesa era por deferencia hacia su esposa y hacia el conde Cavendish. No quería dejar en evidencia a Violet, y si llegaba a oídos de su madre que había respondido de forma grosera a una dama de buena posición, sin duda le caería una regañina. Por esa vez, y haciendo caso a su educación, decidió no intervenir.

—No sabes lo que nos habría gustado cederte nuestra propiedad en Plymouth, querida Violet. Es modesta y apenas cuenta con treinta hectáreas de terreno, pero es maravillosa.

—Seguro que Robert podrá hacer un buen uso de ella —dijo Violet con rapidez. Había percibido el desánimo en su esposo. La intención de la anfitriona era evidente y no quería que Malcolm también tuviera una impresión errónea de su posible relación pasada con Robert—. Sin embargo, estoy muy conforme y satisfecha con mi nuevo hogar. Tenemos acceso a un precioso lago que aporta mucha vida a la residencia.

—¿Un lago? Suena muy… muy… poco higiénico —menospreció la señora Davenport.

—Pues me encantaría decirle que sus habitantes no estarían para nada conformes con su respuesta. Tenemos patos, carpas, gansos y otras especies que aún no conozco.

—Maravilloso, sin duda —respondió con gran ironía la señora de la casa, dando por zanjado el tema de conversación.

Sin embargo, aunque la cena estaba deliciosa, aquella conversación había marcado el curso de la velada. Malcolm deseaba regresar a casa con todas sus fuerzas; sin embargo, trató de aguantar por su esposa. Ella, por su lado, ansiaba poder hablar con su esposo y pedirle disculpas por el comportamiento de los Davenport.

Violet, aprovechando que estaba a punto de llover, se excusó delante de sus anfitriones y animó a su marido para que apoyara su decisión de regresar a casa antes de que la tormenta los

pillara a mitad de camino. Esto molestó a la señora Davenport, pero todos comprendieron la situación.

El camino de regreso a su residencia fue silencioso. Malcolm contemplaba algo sin forma al otro lado de la ventana y Violet lo miraba preocupada. No podía comprender cómo había logrado contenerse y no saltar ante los desafortunados comentarios de los anfitriones. Con ella siempre demostraba que su profesión era lo más importante y digno.

Como el marinero comentó esa misma mañana, la lluvia llegó tal como había predicho. Se encontraban a medio camino cuando la calesa entró en la hacienda y quedó atrapada en un bache de barro. El cochero trató de que la calesa siguiera por el camino, pero la rueda parecía no ceder; había quedado inutilizada. Malcolm bajó para aligerar el peso y empujar junto al conductor, mas no lograron sacarla.

Violet estaba preocupada, pues no quería que su esposo enfermara por culpa del agua, aunque se convenció a sí misma de que, como marinero, habría vivido más de una aventura bajo la lluvia.

Sin embargo, no se esperaba lo que vino a continuación. Su esposo volvió a entrar, empapado y con manchas de barro, y le dio el parte de lo sucedido, así como instrucciones para regresar a casa lo antes posible. Apenas había media milla de distancia y, aunque no era lo más prudente, Violet se bajó de la calesa junto con Malcolm y empezaron una carrera por el camino principal hasta la casa.

Era una locura, aunque Violet no pudo parar de reír durante todo el trayecto. Su marido solo quería que ella llegase lo antes posible a casa, mas la joven parecía estar disfrutando del momento.

Entraron en la residencia dejando a su paso un reguero de huellas de barro, salpicaduras de agua por el pelo y la ropa mojados y el eco de las risas de ambos.

Violet se detuvo en la sala de estar. Sin duda, Mary la amonestaría a la mañana siguiente por el estado en el que habían dejado el piso. Sin embargo, en ese instante, no le importaba. Se miró de arriba abajo para ver el estado en el que se encontraba. El precioso vestido que había lucido esa tarde parecía apagado, y pesaba mucho más de lo que recordaba. Permanecía pegado a su cuerpo, marcando cada curva. Sus pechos permanecían casi ocultos por la dureza del corsé que los aprisionaba, pero su cintura revelaba nuevos secretos. Entonces advirtió que su figura casi se transparentaba a través de la tela, y se sintió un poco avergonzada por ello. Levantó el rostro, tratando de ocultar su incomodidad, mas se encontró con la mirada de él. Estaba fija en ella. La observaba con detenimiento.

Malcolm se había quedado extasiado. No por la carrera, sino por la sirena hecha carne que tenía frente a él. ¿En verdad había muerto y el cielo le había entregado semejante regalo? Era indecoroso pensar aquello. La figura de su esposa era espléndida, por mucho que ella tratara de ocultar su rubor. No podía negar que algo animal y casi primitivo se había despertado en su interior. Una fuerza que lo impulsaba a tocarla, aunque, como cualquier bestia del mar, debía ser reprimida y controlada.

Trató de calmar el irregular latido de su corazón. Reprimió el impulso de tocarla. tocarse recreó en la extraña sensación que parecía bullir en su corazón. Pero a pesar de su férrea voluntad en el mar, en tierra firme se sentía desprovisto de ella, y más cuando se trataba de su esposa. Atrás quedaba el malestar producido por todos los comentarios maliciosos que habían hecho durante la cena. Malcolm se acercó a ella y, con cuidado, le retiró varios mechones de cabello que se habían quedado pegados a su rostro. Lo hizo despacio para que el contacto durara el máximo tiempo posible. Reavivando sensaciones que ya habían experimentado juntos. Una

excusa perfecta para que sus manos volvieran a tocar su rostro. ¿Qué tenía aquella joven que conseguía girar el timón de su corazón de una forma tan descontrolada?

Violet, por su parte, olvidó cómo respirar. Cualquier otra mujer habría encontrado áspero su contacto, mas para ella resultaba natural. Como si su cuerpo siempre lo hubiera necesitado sin saberlo. Cerró los ojos al sentirlo y cuando los abrió, todo su mundo quedó a la deriva en un océano azul. No sabía qué extraña influencia se había apoderado de su cuerpo, pero con pasos lentos eliminó la insoportable distancia que había entre ellos y se lanzó a sus labios. No podía seguir negando lo evidente: Malcolm era su esposo, y aunque fuera tosco y rudo, la atraía. Violet llevó sus manos a su nuca para profundizar el beso y que no se marchara, y el cuerpo de él se destensó hasta reaccionar con un abrazo.

Las manos de Malcolm rodearon las caderas de la joven y la acercó hasta que logró que sus cuerpos se fusionaran en uno solo. No podía explicar si era su proximidad, el calor del momento o la delicadeza con la que la lluvia amaba el cuerpo de su esposa, haciéndolo más visible, pero aquello no prometía nada decente y él lo sabía. E intuía que ella también.

Su beso no fue paciente. No fue casto. No fue nada cercano a lo prudente ni a lo seguro. Fue ardiente, vehemente e impetuoso. Cargado de pasión y deseo. Sus manos, inquietas y juguetonas, recorrieron el cuerpo del otro con curiosidad y dedicación. Violet no podía reprimir las ganas que tenía de conocer más a su marido. Puede que no siempre estuvieran de acuerdo, que sus últimos días de convivencia marital no hubieran sido sencillos; sin embargo, cuando sus labios se besaban, eran capaces de llegar a un punto común. Sus labios se necesitaban y sus cuerpos, de alguna forma, estaban deseosos de explorar una nueva dimensión.

Malcolm tampoco podía alardear de buen juicio. Al contrario, lo había perdido en el mismo instante en que vio su reacción. Por eso sus besos eran ahora más demandantes e intensos. La besó de mil formas posibles. Sus manos recorrieron su espalda, su pecho, sus caderas, su rostro. No podía dejar de explorarla. Era como si sus manos desearan reconocer a la diosa que siempre lo había perseguido en sueños.

—Malcolm, espera. Necesito disculparme por…

—Ahora no.

No dijeron nada más. ¿Qué podían decir cuando sus cuerpos se necesitaban tanto? Cuando sus caricias parecían dominar un lenguaje propio… Malcolm trató de enfriar su mente, pero la forma tan desvergonzada en que su mujer demandaba sus atenciones lo llevó al borde de la locura. La deseaba. De todas las formas posibles. Y si nadie lo remediaba, aquella salita de estar presenciaría el primer momento íntimo entre ambos.

Violet no se reconocía o, mejor dicho, estaba comenzando a conocerse. Siempre había deseado las atenciones de un hombre. Siempre había deseado ser el centro de su universo, y allí, entre los brazos de su inesperado marido, se sentía una diosa. Adorada. Amada. Violet cerró los ojos para sentir cada lametazo y mordisco.

Malcolm desabrochó con habilidad el dichoso corsé que separaba sus deseos del objeto de sus sueños. Conocía los pechos de su esposa, pues lo habían torturado en sueños tras la escena del lago. En el momento en que su boca se apoderó de uno de los serenos montículos sintió que había caído sin red de seguridad en un mar impetuoso. Su entrepierna cobró vida propia, demandando más y más atención. Y eso impulsó al capitán a chupar y jugar con mayor intensidad, hasta provocar un gemido en su joven esposa.

Ella, que no podía creerse el placer que una simple boca era capaz de causar, tomó a su esposo por los cabellos para que no la soltara. No podía permitir que aquella sensación acabara nunca. Sin saber cómo, un extraño pero húmedo calor comenzó a emanar de su interior, de una

zona que para ella siempre había estado vetada y que, de alguna forma, sentía que ahora ya no era motivo de vergüenza. Esa reacción la estaba causando él. Y cuando comprendió que solo podía saciarla su marido, lo agarró con fuerza para separarlo de su pecho y le obligó a que la mirara a los ojos. Demandante, exigente, astuta, indecorosa. Sus ojos lo decían todo. Su corazón imploraba más. Su cuerpo deseaba el cielo.

Él comprendió el anhelo que estaba sintiendo su esposa y, con la fuerza que solo el mar podía proporcionarle, la tomó entre sus brazos y la llevó escaleras arriba, sin dejar de besar sus labios. Entre risas y besos, los recién casados subieron a la primera planta y, con decisión, él los llevó hasta el dormitorio de ella. No fue necesario el calor del hogar, pues Malcolm logró prender una mecha más intensa al retirarle el vestido a su esposa. Ella, mordiéndose los labios y provocándolo todavía más con ese gesto, tiró de las últimas cuerdas que mantenían al corsé en su sitio mientras él comenzaba a retirar su camisa.

El calor era abrumador, y cada instante que las manos del uno no recorrían el cuerpo del otro eran pura agonía. Insoportable. Por ello, Violet se lanzó de nuevo hacia su esposo. Nunca había visto el torso desnudo de un hombre y, aunque sus manos jugaban animadas a reconocer cada nuevo músculo, algo le estaba llamando más la atención. Su mirada se desviaba furtivamente a la entrepierna de su marido, que parecía estar furiosa. Malcolm tomó la mano derecha de su esposa entre la suya y la llevó hasta el extremo de sus pantalones para que fuera ella la que tomara el control. No quería asustarla. Quería que fuera ella quien marcara el ritmo de su amor.

Con torpeza y un cierto temblor, Violet liberó los pantalones de su esposo y este se quedó completamente desnudo frente a ella. Un vigoroso miembro lucía espléndido frente a ella, causándole un gran asombro y un indecoroso deseo.

—No tenga miedo —suplicó él, esperando que su esposa no se retirara.

—No es miedo lo que siento —reveló ella con deseo, mirándole a los ojos.

El pecho de ambos se mecía de manera incontrolable, y cuando sus manos volvieron a tocarse, ella se mordió los labios de nuevo.

—¿Qué siente?

—Que voy a morir si no me toca —respondió con la respiración entrecortada.

—Entonces no dejaré de tocarla.

Estar expuesta delante de su marido, de una forma tan vulnerable e indecente como aquella y al contrario de lo que había esperado, le provocaba más excitación que pudor. Aunque no estuviera iniciada en el arte del amor, comprendía, por las experiencias de otras mujeres casadas con las que se relacionaba, la dinámica en el dormitorio entre un hombre y una mujer. Sentir que era ella la que generaba esa reacción en el cuerpo de su marido le infundía valor.

Malcolm tomó a la joven para depositarla sobre la cama. No podía dejar de besarla. La naturalidad y fuerza con la que su sirena le estaba permitiendo contemplarla era abrumadora para el marinero. Había soñado con besarla desde la maldita boda de su amigo, pero su deseo había crecido al verla aparecer radiante el día de su propia boda. Y aunque había tratado de convencerse de que su esposa era totalmente opuesta a él, parecía que a solas y en el lecho, sus cuerpos latían al unísono y se comprendían a la perfección.

Él se colocó sobre ella y siguió adorando sus labios y su cuerpo sin descanso, sin tregua. Violet, extasiada, solo podía recorrer la espalda de su esposo mientras sus gemidos delataban el placer que estaba sintiendo. Su cuerpo iba a estallar si él no lo evitaba; o peor, puede que si todo seguía así de intenso, terminara liberando algo mucho mayor en ella.

—Dígame que lo desea, querida esposa —preguntó él desesperado, despegando su

atención del pecho de su esposa, al que estaba amando con fervor y deleite en ese momento.

Ella, sonrojada y con los ojos todavía cerrados por las intensas sensaciones, abrió los ojos para conectarlos con los de su marido.

—Yo…

—Dígame qué quiere que haga.

—Ámeme.

Él no esperó más. No podía. Capturó los labios de su esposa y, con cuidado, se introdujo entre sus piernas abriéndolas con delicadeza. Rezó todas las oraciones que conocía para que el viaje que estaba a punto de emprender en esa cama no lo llevara a encallar. No se lo perdonaría nunca, pero ver el deseo y la seguridad en el rostro de su esposa fue más que suficiente para demostrarle que los corazones de ambos entretejían una red que les sujetaría por siempre.

Le susurró a su esposa que no tuviera miedo y que podía dolerle al principio. Le prometió ser delicado y, entre dulces y tiernos besos en sus mejillas y en su cuello, al fin se introdujo dentro de ella. Violet soltó un quejido y cerró los ojos por el dolor. Era cierto, sintió una gran molestia. Él esperó, paciente y cuidadoso, a que el cuerpo de su mujer se acostumbrara a su miembro, y cuantos más besos intercambiaban, más serenidad encontraba en el momento. Fue ella la que movió las caderas para indicarle que continuara.

Violet jamás había experimentado nada así. ¿Cómo algo tan placentero estaba reservado solo para matrimonio? Los gemidos de ambos les impulsaban a seguir a un ritmo más acelerado. Él le susurró a su esposa que rodeara su espalda con las piernas y ella, obediente, se sintió complacida al explorar esa nueva dimensión. Tras varios minutos, la joven sintió que su cuerpo estaba ardiendo y, cuando su sexo llegó al máximo nivel, su cuerpo explotó, dejando salir un gemido de placer que él saboreó con sus labios. Malcolm continuó con varias embestidas más hasta obtener su propia liberación.

Se dejó caer a un lado de la cama, junto a ella, quien, todavía ardiente, tenía la mirada perdida en el techo, una mano en su corazón desbocado y la otra en uno de los senos a los que él había tomado de rehén minutos atrás. Cuando se sintió con fuerzas giró el rostro para contemplar a su esposo, y justo en ese instante se encontró con la fuerza del mar en sus ojos. Malcolm la estaba mirando con deseo.

—Nunca hubiera imaginado que… —comenzó a decir ella mientras trataba de encontrar las palabras exactas.

—Yo tampoco…

—¿Y si…? —intentó decir ella, tímida de pronto. Sabía lo que quería. Sabía lo que su cuerpo deseaba. Sabía lo que su pezón exigía.

—¿Repetimos? —inquirió él arqueando una ceja de manera traviesa.

—Ahora mismo.

Y obediente y fiel a su indomable sirena, el marinero se volvió a lanzar a alta mar.

Capítulo 16

La pasión los llevó a dedicar sus atenciones al otro hasta bien entrada la madrugada, cuando sus cuerpos cayeron rendidos sobre las sábanas. Por primera vez en semanas, Violet descansó plenamente, y sabía que, en gran parte, se debía al esfuerzo realizado.

Malcolm se despertó en primer lugar, cuando los rayos de sol entraron tímidos por la ventana, iluminando la pálida piel de su esposa. Se colocó de lado y se dedicó a recorrer con cuidado la espalda desnuda de Violet, quien todavía dormía bocabajo. Nunca había dormido con una mujer. No era ningún ignorante, y, por supuesto, había compartido lecho con otras mujeres antes, pero nunca se había quedado a dormir con ninguna. Por muchos motivos, nunca se había permitido el lujo de descansar con ellas. Sin embargo, ahora todo le parecía distinto. No porque fuera su mujer, sino porque era Violet.

Desde que el destino los había unido en matrimonio por un desgraciado accidente, Malcolm había experimentado sensaciones muy contradictorias. Definitivamente el matrimonio no estaba entre sus planes. Ni con Violet, ni con otra mujer. No deseaba poner pie en tierra firme. No comprendía el funcionamiento de la sociedad; era complejo y lleno de tiburones más feroces que los que encontraba en el mar. Y, decididamente, una esposa arruinaría cualquier oportunidad de prosperar en su carrera marítima. Sin embargo, mientras acariciaba los cabellos de su esposa y enroscaba sus tirabuzones entre sus dedos, no podía pensar en otra cosa más que en la fortuna que la vida le había entregado. Violet era insoportable, caprichosa e infantil. Pero era a su insoportable, caprichosa e infantil mujer, a la que había empezado a amar con locura.

No obstante, por mucho que su cuerpo y su corazón desearan amar y hacer plenamente feliz a su esposa —pues sentía que era una persona noble de corazón y que juntos podrían tener una buena vida—, estaba preocupado porque no era la vida que él había soñado. Su esposa no lo acompañaría a alta mar. No lo acompañaría en sus aventuras. Su esposa no era una marinera. Y él tampoco era un hombre para estar en tierra. No podía darle la vida que ella quería y disfrutaba, y ella ya había dejado claro que no se subiría a una embarcación. ¿Cómo lograrían hacer que su matrimonio funcionase y que ambos fueran felices?

El caballero emitió un suspiro de rendición. Su corazón se encontraba entre la espada y la pared. No existía peor dilema a resolver: su esposa o el mar.

—Creo que no hay nada más relajante que sus caricias —dijo de repente Violet, sacando a su esposo de la deriva mental en la que se encontraba.

Él sonrió.

—Podría seguir durante horas. Tienes una espalda muy suave.

Violet se dio la vuelta, quedando frente a su esposo y mostrando sus pechos, que pronto capturaron la atenta mirada del marinero.

—¿Tienes? —preguntó Violet, extrañada por el cambio en el tratamiento que su esposo le estaba demostrando.

—Considero que, aunque tardía, hemos podido disfrutar de nuestra merecida noche de bodas. No sería apropiado seguir tratándonos con distante cortesía.

—Me parece correcto — respondió complacida.

—Además, no podría tratarte de otra forma cuando mis manos están deseando volver a ti.

—¿Tanto lo deseas? —preguntó ella con diversión. La frase de su esposo la había

encendido de nuevo.

—Prefiero que mi cuerpo te lo demuestre —resolvió él.

Y aunque sentía el impulso incontrolable de tocarla, de poner sus manos sobre ese pecho izquierdo que parecía estar demandando sus caricias, esperó. Paciente. Rugiendo por dentro. Ella lo notó. Notó el poder que tenía. Se deleitó con el deseo que encontró en la mirada de su esposo.

—Entonces no podemos defraudarle.

Solo hicieron falta cuatro palabras para que los jóvenes amantes encontraran de nuevo el calor de su compañía durante gran parte de la mañana.

No les importó si tenían compromisos o si algo apremiante les esperaba al otro lado de esa puerta. Su única obligación era disfrutar de sus cuerpos y de los tremendos y desconcertantes sentimientos que parecían estar brotando en ellos, aunque no pudieran darles forma, nombre o sentido.

Casi era la hora de comer cuando ambos parecieron recobrar el sentido común para salir de la cama. Las risas, los besos, los gemidos y las caricias habían sido sus compañeros de aventuras, mas, por desgracia, debían regresar a la realidad.

—Malcolm, antes de regresar al mundo real quiero disculparme.

—¿Disculparte? ¿Por qué? —preguntó confundido. La joven había tratado de decirle algo la noche anterior, pero sus besos acallaron cualquier posibilidad de diálogo. No quería que una mala conversación pudiera emponzoñar la conexión que habían experimentado.

—Robert Davenport y yo nos conocemos desde niños. No es ningún secreto que la señora Davenport esperaba que nos casáramos algún día y, sin duda, nuestro matrimonio ha desbaratado sus planes. Tú no tienes la culpa, por supuesto. De hecho, yo fui la causante de nuestra situación.

—Pero…

—Déjame seguir, por favor. La señora Davenport no debería haber comentado nada al respecto, y siento mucho no haber salido en tu defensa cuando ella menospreció tu…

Malcolm no le dejó terminar. Se lanzó a capturar sus labios y le agradeció de todas las maneras posibles su disculpa. Con devoción. Con cariño.

Ninguno de los miembros del servicio dijo nada, aunque sus miradas de complicidad dejaban entrever que habían tratado de mantener la compostura, evitando recorrer el pasillo superior para no ser testigos de los momentos de pasión de sus señores.

El comedor de la pareja no era muy grande, pero sí proporcional al tamaño de la casa. Sin embargo, los escasos pies que separaban sus sillas eran suficientes para causar un suplicio en sus corazones. Violet no podía ocultar su sonrisa burlona y juguetona, y él trataba de mantener la serenidad.

—¿Desean que les sirva el primer plato, señores? —preguntó Mery en un tono elevado para captar la atención de los distraídos jóvenes.

Los dos levantaron la mirada con gesto distraído.

—Sí, disculpe. Por supuesto. Deseamos comer.

—Sí, por favor. Estoy famélica.

—No me extraña… —dijo Mery entre dientes mientras les daba la espalda para tomar uno de los platos dispuestos en una cómoda detrás de la mesa y empezar a servirles la comida.

—Dime, querida esposa, ¿qué deseas hacer el resto del día? —preguntó Malcolm con deseo oculto entre sus palabras. Una provocación lanzada directamente para sonrojar a su esposa, pero lo que él no esperaba es que ella se atreviera a responder de forma tan descarada con público delante.

—Se me ocurren divertidas formas de pasar la tarde en tu compañía, esposo. Algunas

implican regresar arriba y otras… cabalgar.

Las descaradas palabras de la joven causaron que los platos que Mery tenía en la mano chocaran entre sí y casi se le cayeran. No esperaba que su señora demostrara tanta osadía al hablar de sus intimidades delante de ella. No obstante, se encontraba complacida de que sus señores hubieran encontrado al fin el camino correcto para entenderse.

—No puedo decir que me sorprenda tu propuesta, querida. Y nada me podría satisfacer más que gozar de tu compañía durante todo el día, pero me temo que debo atender ciertos compromisos adquiridos.

—¿Acaso esos compromisos son más importantes que yo? —Violet utilizó un tono infantil y caprichoso para captar su atención. En alguna ocasión lo había utilizado con su Malcolm y, aunque al principio a él le había resultado un tono poco atractivo, ahora se le antojaba hasta lujurioso.

—Me temo que tengo una cita con unas personas muy importantes.

—Está bien —respondió ella con la mirada triste, centrándose en su plato. Sintió una extraña oleada sacudir su corazón. ¿Volvía a dejarla sola?

—¿Te gustaría acompañarme? —preguntó Malcolm tras contemplar cómo había cambiado el semblante de su esposa.

—No desearía distraerte de tus quehaceres. Además…

—Me temo que es demasiado tarde para eso —la interrumpió él—. Me encantaría que pudieras conocer a estas personas.

Fue sincero. Su alma estaba perdida ahora que había llegado a comprender la profundidad de la pasión que sentía por ella. La joven asintió, encantada con la propuesta, y ambos disfrutaron de un distendido almuerzo.

Tras su comida, él le propuso caminar hasta el pueblo para poder gozar de una animada conversación a solas y así poder conocerse mejor. Ella, emocionada, aceptó. Pasearon el uno junto al otro, tomados del brazo, compartiendo confidencias y tratando de mantener a raya aquello que los impulsaba a besarse.

—¿No vas a decirme con quién vamos a encontrarnos? —preguntó con curiosidad Violet.

—No, es más interesante ver cómo intentas descifrarlo.

—¿Quién dice que quiero descifrarlo? —preguntó ella fingiendo enfado para que su marido sucumbiera a sus encantos.

—Déjame decirte, querida esposa, que ese tono no servirá para derribar mi posición. Además, te conozco lo suficiente como para saber que la curiosidad te está matando.

—Eso suena muy pretencioso por tu parte, querido. Además, ya sé con quién hemos quedado —dijo ella, jactándose de saber la respuesta—. Hemos quedado con mi padre. —Él negó—. ¿Con mi hermana Bella? —Otra negativa—. ¿Con Heather y Alfred?

—Me temo que las aguas están muy frías, señora Williams.

—¡Eres un ser odioso! —gritó la señora Williams mientras golpeaba a su marido con el brazo, causando un estallido de risa en él.

Sus pasos, risas y pequeñas discusiones los llevaron hasta el centro del pueblo, donde un grupo de hombres los estaban esperando.

—Capitán. ¡Capitán! —comenzó a gritar un hombre al otro lado de la plaza.

—Señor Robbins. ¡Qué alegría verle!

—Al contrario, capitán Williams, el placer es mío. Estábamos preocupados por usted. Pensábamos que su esposa lo había retenido en contra de su voluntad, anclado en el porche de su casa. —Se detuvo un instante al reparar en la joven y hermosa dama que se había parado justo

frente a ellos y los miraba divertida. El caballero se quitó la visera y se inclinó con educación—. Pero al igual que el día de su boda, no me extraña que nos haya abandonado por esta espléndida sirena. Encantada de verla, señora Williams.

—Igualmente, señor Robbins —saludó ella con cortesía. Lo había conocido durante la boda y, aunque no habían conversado durante mucho tiempo, podía apreciar honradez y respeto en la forma en la que hablaba con su marido a pesar de que parecía mucho mayor que él.

—Capitán, los hombres están esperando indicaciones de su parte. Llevamos mucho tiempo en tierra firme, y ya sabe que se sienten inquietos si sus pies tocan tierra estable durante más tiempo del deseado.

—Ha pasado poco más de un mes desde que llegaron, señor Robbins —dijo Violet sorprendida.

—¡Toda una eternidad para un marinero, señorita! Nosotros somos hombres de mar, no de tierra. Cuentan las leyendas que, si permanecemos demasiado tiempo fuera del agua, podríamos perder nuestros poderes sobre el mar.

Los tres rieron por el comentario del segundo al mando.

—Creo que, por el momento, dejaremos las historias del mar a un lado. Voy a invitarles a todos a una ronda de cerveza. ¿Qué le parece, señor Robbins? —ofreció el capitán.

—Sigue siendo el hombre más generoso que he conocido. —El marinero se giró para dirigirse a sus compañeros—. ¡El capitán nos invita a todos a una ronda, muchachos!

Los siete marineros presentes empezaron a dar las gracias. Y luego todos, incluida la señora Williams, se dirigieron a la taberna situada en el extremo oeste del pueblo. No era muy conocida por su higiene, pero era de los pocos establecimientos que Malcolm había tenido la oportunidad de visitar desde su llegada al condado. Habían pasado más tiempo del esperado en tierra firme, por lo que debía prestar atención a sus hombres y darles una explicación. ¿Cómo les iba a decir que todavía no había decidido cuándo regresarían al Liberty si se sentía tan confuso que era incapaz de pensar en otra cosa salvo en su esposa?

—Y dígame, señora Williams, ¿llegó tarde nuestro capitán a su noche de bodas?

—¡Señor Robbins! Esa pregunta es totalmente inapropiada —indicó el capitán totalmente indignado. Aunque, por la picardía en las miradas de sus hombres, se dio cuenta de que era una duda común en todos ellos.

—No, no lo es. Si debemos compartir su persona con esta espectacular sirena entregada por los mares, lo mejor es que conozca cada uno de sus puntos débiles.

—No es necesario que la señora Williams sepa…

—Por supuesto que necesito saberlo, señor Robbins. Cuénteme todo lo que crea necesario —se apresuró a interrumpir Violet para dejar en evidencia a su esposo. Si aquellos hombres estaban dispuestos a revelarle detalles sobre el talante de Malcolm, estaría más que complacida de escucharlos.

—Es posible que haya notado que el capitán tiene tendencia a llegar tarde a todas partes. Una vez, y esta anécdota es la mejor, tenía una cita con el gobernador en la Islas Orientales, y como le ocurre siempre que llega a tierra, se presentó veinte minutos tarde.

—¿Llegó tarde a hablar con un gobernador? —preguntó alertada la joven.

—Desde luego, señora. El gobernador, por supuesto, se enfadó muchísimo. Lo consideró un desaire. Estaba muy enfadado, mi señora. Sin embargo, Malcolm sacó su reloj y dijo: «Disculpe, gobernador, pero, en alguna parte del mundo he llegado pronto». Dicen que el hombre se quedó callado y estalló en una sonora carcajada.

—¿En verdad le dijiste eso al gobernador? —Violet se giró para cuestionar la osadía de

su esposo.

—En mi defensa, debo decir que el gobernador y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Gozamos de una saludable relación. Además, soy el padrino de uno de sus hijos.

—Eso explica tu osadía.

—¿Osadía?

—Jamás te hubiera imaginado diciendo esas palabras. Salvo conmigo, eres un hombre muy prudente y comedido.

—¿Salvo con usted? —dijo contrariado el segundo al mando.

—Desde luego, señor Robbins. Parece que su capitán nunca encuentra las palabras adecuadas para hablar conmigo.

—Eso es porque me pones nervioso.

No hizo falta más interacción para que el segundo al mando del barco advirtiera la especial unión que parecían compartir su capitán y su nueva esposa. Era una mujer ingeniosa, divertida y hermosa. ¿Qué más podía pedir? Estaba seguro de que supondría un reto apasionante para su jefe.

La segunda ronda pronto llegó. Luego la tercera y la cuarta. Violet no pudo tomar la tercera copa de vino. Sin embargo, la tripulación y su capitán pudieron aguantar hasta la quinta ronda sin dificultades.

Contemplar la camaradería que compartían era precioso y conmovió a Violet. Después de esa historia llegaron muchas otras, y la joven pudo crear una imagen completa de lo que había sido la vida de su marido en el Liberty. Expediciones, aventuras, retos, situaciones complicadas, momentos hermosos… Sus hombres solo tenían buenas palabras para referirse a Malcolm. Lo definían como un hombre entregado, justo, trabajador y humilde. Cualidades que Violet ya había apreciado en él desde el momento en que dejó a un lado su conducta caprichosa y comenzó a verlo con otros ojos. Su marido era más de lo que parecía a simple vista. Poseía cualidades que ahora le resultaban más atractivas que cualquier título o fortuna.

Por supuesto, ver la naturalidad y el humor de su marido en aquella reunión le resultó fascinante. Allí no había normas, ni protocolos, ni presiones sociales. Sin duda, estaba en su elemento.

—Y dígame, se-señora Williamssss —empezó a decir el señor Robbins con muy poco atino, pues arrastraba las palabras por culpa del alcohol—. ¿Va a retener por mucho más tiempo a nuestro capitán? Estamossss an-ansiosos de volver al mar.

Violet no contestó. ¿Qué podía a responder ante aquello? Sorteó como pudo el tema y dejó a los hombres hablando mientras ella solicitaba un coche de caballos que pudiera llevarlos de vuelta a casa. No sabía si su marido estaba en condiciones de regresar a casa solo, por lo que consideró que sería lo mejor.

Cuando todos se despidieron, pudo sentir el pesar cargando el pecho de su marido. Alejarse de sus hombres era duro para él, y lo comprendía. Malcolm tenía razón: aquellos hombres eran su familia. Y Violet era tan egoísta que lo reclamaba solo para ella. No habían hablado de ese tema todavía, y esperaba que se demorara lo suficiente para que pudieran llegar a conocerse mejor y no tuvieran que discutir, pero ¿cómo no iban a hacerlo cuando eran tan diferentes? Él se sentía atraído por el mar, y ella por los placeres de la sociedad. Por muchas razones, Violet Williams sintió que su matrimonio nadaba en aguas peligrosas.

Capítulo 17

Sin duda alguna, Violet había vivido uno de los días más divertidos y atípicos de toda su vida. Compartir copas con su marido y los compañeros de armas de este, había sido una gran oportunidad para conocerlo mejor. Le hablaron sobre la forma en la que había ayudado al benjamín del barco cuando sus padres le habían negado el capital necesario para embarcar, cómo apoyó a uno de sus hombres cuando su esposa encontró cariño en los brazos de otro hombre, e incluso cuando salvó a otro de sus compañeros, que había rozado la ruina absoluta después de una partida de cartas clandestina. Era obvio que esos hombres no estaban hechos para pasar mucho tiempo en tierra, y, ante todo, le quedó claro que su marido era una excelente persona.

Se sentía temerosa, no podía engañarse. Tras su primer encuentro, tenía pavor de haberse unido a un hombre sin honor ni corazón. Se había comportado de manera atrevida, prepotente y bravucona, y todo parecía indicar que la haría desdichada, pero los últimos días le habían mostrado una cara muy diferente a la que ella había dibujado en su rostro.

¿Y si al final el destino le había entregado un hombre maravilloso? Puede que no fuera lo esperado, por supuesto. No tenía título y tampoco tenía una gran fortuna, aunque poseía lo suficiente para darles una buena vida. No obstante, una parte de ella, la que había vivido cómoda entre los bailes de salón y los comentarios dañinos de la gente durante tanto tiempo se preguntaba si aquello sería suficiente para ella. Se odiaba a sí misma por planteárselo, pues, tras el incidente en casa de la duquesa, ella se sentía más que conforme con su matrimonio.

En el fondo de su corazón, Violet sabía que esos sentimientos eran genuinos. Que era una mujer afortunada y, aunque el destino no le había otorgado todo lo que siempre había soñado, sí le había entregado todo lo que había querido: un hombre maravilloso que la amara.

¿La amaba? ¿Malcolm la amaba? Puede que todavía no lo hubiera dicho con palabras, pero ella sabía que había amor en sus caricias, en sus besos y en su forma de tratarla. Había amor en la forma en que la escuchaba, cuando la miraba atentamente o cuando le dibujaba constelaciones en la espalda desnuda. Malcolm Williams era su marinero. Y, si las aguas no lo impedían, se convertiría en el capitán de su corazón. No podía negarlo por más tiempo. Estaba terriblemente enamorada de su tosco marinero.

Los siguientes días fueron inolvidables. Malcolm y Violet compartieron todo el tiempo que el día les permitía juntos. Aunque tenían ocupaciones en la propiedad y Malcolm tenía que poner en regla todo su trabajo, la pareja profundizó en su relación. Hablaron de tantos temas —a excepción de la temida vuelta al mar— que tenían la sensación de que se conocían desde niños, y cuanto más hablaban más se daban cuenta de que había enormes diferencias entre ellos, al igual que muchos puntos en común. La diferencia de vidas, de educación y de posición social, así como el trabajo, los convertía en personas muy diferentes, pero, por alguna causa fortuita, se complementaban a la perfección.

Malcolm pudo apreciar cómo el temperamento de su esposa iba cambiando. Seguía

siendo caprichosa e impulsiva, y, aunque al principio encontraba dichas cualidades poco atractivas en su mujer, se había vuelto esclavo de los besos que le dedicaba sin esperar en mitad del pasillo, o de cómo se peleaban por un libro que ambos querían leer y finalmente ella terminaba ganando. Pero su mujer era mucho más. Era lista, divertida, enérgica, amable y tierna. No podía negarlo: estaba irremediablemente enamorado. Era una fiera indomable con piel de sirena, y estaba destinada a él.

Violet, por otro lado, había terminado por adorar cada arista de la personalidad de su marido. Era modesto, cariñoso y un excelente conversador, cualidades que nunca habría atribuido a un marinero, pues tenía la concepción de que todos ellos eran rudos y parcos en palabras. Sin embargo, no podía evitar querer conversar con él durante horas, dejar que sus cuerpos se entendieran juntos y sentir cómo su corazón se expandía con cada gesto.

En silencio, había una pregunta que ninguno de los dos se atrevía a formular, y estaba relacionada con el tiempo que les quedaba juntos antes de que sus corazones se separaran.

—Dime, querida esposa, ¿qué deseas hacer hoy? —preguntó Malcolm, capturando el rostro de su esposa entre sus manos para depositar un tierno beso en su boca.

—Creo que sería una injusticia para ambos salir de la cama. Está tan calentita, y las sábanas son tan suaves…

—Pensaba que era yo el motivo por el que deseabas permanecer en ella.

—¡Vaya, no te tenía por un vanidoso, capitán! —criticó divertida Violet, mientras tomaba un cojín para golpearle.

Ambos se rieron.

—Sin duda, eso golpeará también mi ego de hombre.

—A mí se me ocurren varias formas de reparar tu ego —respondió con gran osadía, tratando de insinuarse.

—Nada me complacería más.

Y de nuevo volvieron a caer en los brazos del amor.

Habían pasado casi dos meses y medio desde que habían contraído matrimonio y, aunque habían asistido a veladas durante la temporada, por primera vez, a Violet no le importó perderse muchas de esas reuniones sociales a las que antes tanto adoraba asistir. Sin embargo, no podían permanecer aislados del mundo para siempre.

Para su desgracia, el resto de la mañana la pasaron vestidos y entre las distintas actividades que la casa requería de sus propietarios. Llegado el momento, ambos se dirigieron al pueblo para comprar algunos sobres y tinta para escribir su correspondencia.

—Los señores Northcliff ofrecerán un baile y un recital en su casa el próximo sábado. Confirmé nuestra asistencia hace semanas. No soy muy partidaria de los recitales, pero los bailes… son mi perdición.

—¿Qué tienen de malo los recitales? —quiso saber Malcolm prestando una renovada curiosidad hacia su esposa.

—Son aburridos, tediosos y siempre debemos aplaudir a la dama o al caballero que ha tenido a bien deleitarnos con su voz angelical —respondió Violet con cierta dureza revestida de halago.

—Es un comentario muy cruel hacia tu sexo, querida esposa —la reprendió.

—A veces las mujeres sobreestimamos nuestras habilidades, cuanto más altos son los aplausos —respondió de forma mordaz.

—¿No te gusta que te aplaudan?

—Por supuesto que sí, pero yo jamás participaría en un recital. No poseo ningún don

musical y mi voz es, cuanto menos, estridente. No me dejaría en ridículo de esa forma. Prefiero centrarme en disfrutar del baile.

—Y por lo que he podido comprobar, también otras artes —añadió con provocación Malcolm, para luego recibir un golpe del puño de su esposa en el pecho, un gesto que ya se había convertido en algo habitual entre ellos. Ella trató de golpearlo de nuevo, pero esta vez él agarró su muñeca antes de que impactara en su objetivo. Malcolm la miró con una furia que ella conocía a la perfección. Era esa mirada azul, tan cargada de confianza, la que la desarmaba. En ese instante, Violet rezó al cielo para que su esposo la besara antes de que su corazón se detuviera.

Como si le hubiera leído la mente, él la acercó lo suficiente hacia sí y la besó.

No fue un beso casto, ni sosegado. Fue un beso que removió la estabilidad de la joven hasta que sintió que sus piernas eran incapaces de sostenerla en pie. Él, sintiendo la fuerza con la que su esposa se agarraba a su chaqueta, afianzó el beso y juntos se dejaron llevar.

Para su gran infortunio, no tuvieron en cuenta que el camino era muy transitado, pues un carruaje pasó junto a ellos obligándolos a separarse.

—Señor y señora Williams —dijo una voz desde el interior de la calesa.

El cochero había detenido la marcha a petición de su pasajero, y la joven pareja rompió su abrazo para poder enfrentar al inoportuno señor. Este sacó la cabeza del interior. Era el padre de Alfred, el duque.

—Buenos días, duque —saludó Violet con efusividad.

—¿Qué trae a dos recién casados por este camino? ¿Acaso se dirigen al pueblo? Con gusto me ofrezco a llevarlos si están cansados, y…

—Es usted sumamente amable, duque. Sin embargo, a mi esposa y a mí nos encantaría poder disfrutar de esta mañana tan deliciosa para caminar y realizar algunos quehaceres en el pueblo.

—Desde luego, desde luego. Sin embargo, podrían realizarlos antes si me permiten acercarles. No podría…

—Debo rehusar, disculpe —respondió Malcolm con ligera seriedad.

Era evidente que le había molestado la insistencia del duque, aunque Violet no comprendía el motivo. El padre de Alfred, al contrario que su madre, era un hombre amable y generoso. ¿Por qué Malcolm se comportaba de esa forma entonces? Quizá debía aclararle cuánto le había ayudado la duquesa a organizar su boda.

—Querido, quizá…

—No se preocupe, señora Williams —añadió el duque con rapidez y una gran sonrisa, tratando de perdonar la falta de cortesía del marinero—. Será mejor que regrese a casa, o la duquesa tendrá otra razón de peso para poder regañarme. Esta noche tenemos una agradable cena con algunos invitados en casa.

—Entonces no debe hacer esperar a su esposa —agregó el marinero, invitando al duque a abandonar la escena mientras acompañaba sus palabras con un movimiento de brazo que indicaba el camino de regreso a su propiedad.

Violet se mordió la lengua ante la falta de modales de su esposo.

—Por supuesto, por supuesto. —El duque le indicó al cochero que podían continuar la marcha, pero cuando el carruaje apenas había recorrido unos metros, se detuvo de nuevo y del interior volvió a salir el cuerpo del duque—. Me encantaría poder invitarlos a cenar con nosotros esta misma noche. Seguro que el destino nos ha reunido en esta maravillosa tarde por una razón, y aunque es bastante apresurado, imagino que a la duquesa no le importará añadir dos platos más a la mesa.

—Me temo que la señora Williams y yo…

—Estaremos encantados de asistir, milord —respondió rápidamente Violet, interrumpiendo a su marido mientras le tomaba del brazo para captar su atención y lograr que guardara silencio—. Es muy amable por su parte.

—Estupendo. Nos vemos en la residencia York entonces. Que disfruten de sus tareas, joven pareja.

El duque se despidió y, para fortuna del marinero, su carruaje se perdió por el camino, levantando una fina capa de polvo procedente de la tierra. Malcolm trató de respirar profundamente antes de enfrentar a su esposa y reprenderla por no darse cuenta de lo incómodo que se sentía por la presencia del caballero y su inoportuna invitación, mas el destino quiso que su esposa se adelantara.

—Malcolm, ha sido una completa falta de respeto —comentó con malhumor la joven, totalmente incrédula al comportamiento de su marido—. El duque no se merecía que lo trataras de esa forma tan…

—¿Tan qué? —preguntó el marinero cuando ella se plantó frente a él con los brazos sobre las caderas en una actitud combativa. Era evidente que se había ofendido, pero más lo estaba él.

—Tan… tan…

—¿Acaso te faltan las palabras, querida esposa? —preguntó agravando la discusión —al emplear un tono que sabía perfectamente que molestaría a la joven.

—Eres un maleducado cuando te lo propones. Cualquier invitación proveniente de los duques debe aceptarse, por muy lejos que nuestro ánimo esté de aceptarla. Disfrutan de una posición social más elevada, y negarnos habría sido un…

—¿Una insolencia? ¿Un atrevimiento? —preguntó a sabiendas de que ambas encajaban con la forma de ser de su esposa.

—Un suicidio social.

—Tal vez yo esté predispuesto a no formar parte de ese círculo superficial de amistades.

Esas últimas palabras se clavaron como un pequeño puñal en el corazón de Violet. ¿Eso pensaba de ella y sus amistades? ¿Qué eran superficiales?

—Quieras o no, es el círculo en el que ahora debes moverte, así que… —comenzó a decir Violet, elevando el tono de voz y notando una tensión creciente entre ellos. Malcolm estaba de mal humor, ella no comprendía el motivo y eso le enfurecía más.

—¿Debo moverme? —preguntó perplejo el marinero, acercándose todavía más a su esposa. Estaba muy enfadado con la situación y con el hecho de que la joven no comprendiera sus motivaciones.

—Por supuesto. Te has casado con la hija de un conde, y eso te obliga a…

—La hija de un conde se ha casado con un marinero, y es posible que eso suponga cambios —la interrumpió—. Además, el duque ha extendido la invitación solo por compromiso.

—El duque es buena persona.

—¡El duque nos obligó a casarnos, Violet! —Allí estaba. Por fin su capitán había dicho su nombre, aunque el contexto era muy diferente al que ella había esperado. El corazón de Violet se contrajo con una punzada de dolor.

Ambos se quedaron en silencio, recapacitando sobre lo que acababan de decir, pero con emociones totalmente diferentes. Él de rabia. Ella de frustración. Finalmente, fue Violet la que decidió continuar.

—El duque no tuvo nada que ver. Yo fui la que te besó y nos puso en esta situación,

Malcolm.

—Sí, pero si él no hubiera insistido, es posible que nunca nos hubieran obligado a casarnos —espetó sin pensar. En cuanto terminó de pronunciar la última palabra supo que se arrepentiría de por vida. Los ojos de su esposa se oscurecieron de inmediato.

Ella dio varios pasos hacia atrás. Él sabía que le había hecho daño. Ese pensamiento correspondía a otro momento de su relación, pero ahora, tras tantas horas de pasión compartida, estaba seguro de que había errado por completo, pues no pensaba de esa forma.

—¿Y qué hubieras preferido?

Esa pregunta paralizó al capitán por completo.

Malcolm quería responder a su esposa, pero sabía que no era lo correcto dadas las circunstancias. Estaba demasiado ofuscado por la conversación, y dada su nefasta experiencia conversando, seguro que diría algo de lo que se arrepentiría todavía más. Así que permaneció en silencio, como un cobarde, mientras veía cómo el semblante de su esposa cambiaba de combativo a triste. ¿Qué había hecho?

Antes de cometer una imprudencia que, sin duda, arruinaría todavía más el día, comenzó a caminar rumbo al pueblo, dejando detrás a Violet y rezando para que la serenidad regresara a él antes de que volvieran a hablar.

Ella, furiosa y herida por el nefasto comportamiento de su esposo, siguió sus pasos dejando un oportuno espacio entre ellos.

Si la discusión tan intensa entre ellos no había arruinado el día, lo hicieron los aburridos quehaceres que Malcolm tenía que resolver en el pueblo. Para desgracia de Violet, su marido tenía que seleccionar a un grupo de trabajadores para operar en su finca. Debía conseguir jornaleros para cultivar y convertir su pequeña propiedad en una hacienda próspera.

Ella se mantuvo en silencio, aburrida y bostezando, durante las tres horas en las que su marido entrevistó a los caballeros. Una vez hubo finalizado, él, satisfecho con lo acordado, le indicó a su joven esposa que podían regresar a la casa, no sin antes informar a sus nuevos trabajadores sobre sus honorarios y el lugar que ocuparían en la hacienda, así como el día de inicio de su primera jornada.

Nada más salir de aquella sala que se les habían cedido para su reunión en la casa consistorial del pueblo, Malcolm se dio cuenta que regresar a la casa suponía arreglarse para ir a la casa del duque.

A lo largo de las semanas que habían compartido, había encontrado muchos puntos de conexión con ella, pero, en momentos como ese, quedaba en evidencia que tenían intereses incompatibles. Que eran como dos mareas bravas con temperamentos opuestos.

Capítulo 18

Cuando salieron de la casa consistorial rumbo a la propiedad que ambos compartían como matrimonio, Violet intentó captar la atención de su esposo, mas él se mostraba distante y con poca predisposición a hablar. ¿Tan malo era asistir a una cena en casa de la duquesa? Eran unos privilegiados. Puede que la duquesa no fuera la mejor compañía, pero ella tenía razón en cuanto a que no podían desairar una invitación de esa magnitud dado su precipitado cambio de estatus social. Sus razones para mantener lazos con los títulos nobiliarios eran de supervivencia. ¿Acaso él no lo comprendía?

El silencio reinó con cada paso hasta que la pareja entró en su propiedad. Cada uno se dirigió a su propio cuarto y allí se prepararon para la cena. Malcolm odiaba tener que vestirse de gala, cerrarse el último botón de la camisa y adecentar sus zapatos. Él era un hombre humilde y sin pretensiones de codearse con duques y dignatarios. Sin embargo, reconocía que su esposa tenía razón: no podían rehusar esa invitación.

Como era de esperar, él aguardó en silencio en la planta baja a que su esposa terminara de arreglarse. Le carcomía la culpa. Odiaba la tensión que esa pequeña pero significativa disputa había creado entre ellos. Odiaba que ella lo mirara de otra forma que no fuera llena de amor. Odiaba que la notable diferencia de clases sociales fuera un obstáculo para su matrimonio. Odiaba que ella estuviera predispuesta a necesitar la aprobación social mientras que a él no le importaba. Malcolm había visto los intentos de su esposa por arreglar la situación, pero él no se veía con la valentía necesaria como para restaurar el daño hecho. ¿Qué podía decirle sin confesar lo que ocultaba realmente su corazón?

Para mayor suplicio, Violet descendió como una brillante criatura hecha de luz por las escaleras de la casa hasta donde él se encontraba. Había escogido un recatado vestido de seda color crema que la hacía parecer un ángel. ¿Por qué el destino parecía empeñado en torturarlo de aquella forma?

—Estás… espléndida —dijo Malcolm tras encontrar la palabra exacta. Aunque jamás habría palabras suficientes para expresar lo hermosa que estaba.

—Gracias —respondió ella con una mezcla entre gratitud y sequedad.

El rato que había pasado a solas en su habitación le había permitido recapacitar. Por una parte, se sentía una persona horrible por haber aceptado la invitación sin tener en cuenta la voluntad de su esposo; por otra, deseaba fervientemente pedirle disculpas, romper esa estúpida tensión y regresar al nuevo clima tan familiar que se había establecido entre ambos.

—Tenemos que marcharnos.

—Querida, espera —dijo él antes de que Violet se dirigiera a la puerta de la entrada—. No deseo que estemos disgustados. Siento mucho si mis comentarios te han ofendido. No soporto la autoridad moral que la clase alta cree tener sobre el resto. Estar en su compañía no me hace sentir cómodo. No pretendía… No quiero que pienses que estar casado contigo es algo de lo que me arrepiento.

—¿No te arrepientes? —preguntó ella con una extraña mezcla entre escepticismo y esperanza. Creía que lo sucedido los últimos días había transformado su relación y que ninguno pensaba ya en el infortunado acontecimiento, mas su comentario de esa misma tarde le había recordado el gran inconveniente que generó a ambos.

—¡No, por supuesto que no! —respondió con rotundidad Malcolm, dejando claro a su esposa que, para él, su matrimonio era feliz—. Es cierto que no tuvimos el mejor comienzo, pero no me arrepiento del tiempo que hemos pasado juntos. Hemos llegado a entendernos, ¿no te parece?

—Tienes razón. Las últimas semanas hemos sido muy felices. Yo soy feliz —añadió, dedicándole una mirada cómplice a su esposo—. Aunque seamos dos personas muy diferentes.

—Desde luego. No negaré que nuestras discusiones son tan excitantes como aterradoras. Sin embargo, forman parte de esta experiencia.

—¿Crees que algún día terminarán? —quiso saber ella.

—Con sinceridad, espero que no —añadió con calidez en su voz—. No hay nada más placentero que ver el fuego que arde en tus ojos cuando te enfadas. Ahora, vayamos a esa cena.

Con su buen humor renovado gracias a su reconciliación y a un apasionado beso, la joven pareja se montó en su coche de caballos. Puede que la fortuna del marinero no fuera tan vasta como la del duque, mas podían permitirse un coche de caballos, aunque bien era cierto que no era cómodo, lujoso ni bonito. Era bastante simple. Quizá demasiado. ¿Esa era la vida que podía ofrecerle a la joven que estaba acostumbrada a tenerlo todo? Unos malos pensamientos comenzaron a vagar por su cabeza.

—Señor y señora Williams, ¡qué placer que hayan llegado al fin! Son los últimos invitados en hacerlo —dijo la duquesa con un claro tono de reproche en la voz. Puede que se mostrara educada y cortés con sus invitados, pero odiaba la impuntualidad casi tanto como las sorpresas, y Violet estaba segura de que la inoportuna invitación de última hora de su esposo había desajustado a la señora de la casa.

—Gracias, duquesa. Sentimos el retraso. Mi esposo y yo no hemos podido evitar detenernos en la entrada de la propiedad para admirar su nuevo jardín de rosas. Es espléndido, sin duda —se excusó la joven con una mentira para agasajar a su anfitriona. Malcolm, confundido por la rapidez para el engaño de su esposa, la miró sorprendido.

—Oh, muchas gracias, querida. Sin duda, un generoso regalo de mi querido esposo. Sabe cuánto adoro las rosas.

—Más merece usted, duquesa.

—Eso le digo siempre al duque, aunque parece no escucharme —añadió anfitriona, provocando un suspiro exasperado en su nuevo invitado—. Pasad, pasad. Pronto comenzaremos con la velada. Estoy segura de que conocerán a parte de los invitados.

Malcolm ofreció el brazo a su esposa y, tras dedicarle una mirada cómplice, entraron. Malcolm respiró hondo tan pronto como cruzó el umbral. Recordaba aquella dichosa casa y cuánto le había cambiado la vida, de la misma forma que odiaba la manera tan ridícula de mostrar el poderío económico de una familia. Se podía vivir con mucho menos.

—Cuando desees marcharte, solo tienes que decímelo —susurró Violet para que nadie más los escuchara. No era mala persona. Podían satisfacer su necesidad de socializar sin que resultara insoportable para él.

—¿Y cómo te haré saber mis ganas de salir huyendo de aquí? —preguntó el marinero, aceptando de buena gana la rama de olivo de su esposa. Su gesto le había conmovido.

—Solo dime: «las rosas no parecen tan espléndidas de noche».

—¿Acaso no es eso demasiado rebuscado? ¿Pretendes que pueda introducir esa frase en un tema de conversación con naturalidad?

—Seguro que encontrarás la manera —respondió ella divertida, dándole a entender que estaba allí para cuando lo necesitara. Podía hacerlo. Podía enfrentarse a todas esas personas sin causar incidentes. Después de todo, él era un capitán experimentado. ¿Qué era una reunión social en casa de la duquesa de York sino una tempestad en mitad del mar que no parecía amainar?

—Oh, señor Williams. Tenía muchas ganas de presentarle a uno de mis buenos amigos —interrumpió el duque cuando la joven pareja hizo acto de presencia en el salón, donde cerca de una veintena de invitados estaban presentes. Todas las miradas se dirigieron a los recién llegados y eso incomodó al marinero—. Me gustaría presentarle al capitán Norton. Su participación fue decisiva en la batalla de Camperdown.

—No sé si fue decisiva, pero mi esposa odió cada segundo que estuve fuera por la gran incertidumbre propia del combate.

—Es un placer conocerle, capitán —saludó con cortesía Malcolm, mientras estrechaba la mano a su homólogo. Aunque el título fuera el mismo, podía apreciar que el porte del capitán Norton era muy diferente al suyo. Ese hombre, que tendría bien entrados los cincuenta años, debía de haberse retirado hacía unos años del servicio para gozar de una vida más tranquila junto a su esposa. La falta de color en su rostro, que normalmente está presente en personas que pasan muchas horas en alta mar, lo delataban.

—Lo mismo puedo decir, capitán Williams. Confieso que no he oído hablar de usted hasta el momento —dijo el hombre con cierta vergüenza—, pero pienso remediarlo esta misma noche. No hay compañero de armas al que no desee agradecer su servicio a nuestra gran nación.

—Es usted muy amable —respondió Malcolm, notando cómo su cuerpo empezaba a destensarse por las buenas intenciones que podía apreciar en el capitán. No obstante, podía notar que su cuerpo todavía estaba caliente porque el brazo de su esposa seguía enroscado con el suyo—. Disculpe mi grosería, me complacería presentarle a mi esposa, la señora Williams.

—Violet Williams, por supuesto; la hija del conde Cavendish. He oído hablar mucho de usted. Estoy seguro de que más de un caballero tendrá el corazón roto esta temporada por la pérdida de una soltera tan maravillosa.

—Lástima para ellos… —empezó a decir ella.

—Fortuna para mí —terminó el joven marinero.

Todos los presentes rieron por el juego de palabras tan divertido que la pareja había hecho. Eso contribuyó a que el matrimonio intercambiara una cálida mirada que también destensó el ambiente entre ellos. Por primera vez en horas, Violet sintió esas mariposas de nuevo en su estómago. Él recuperó algo más.

Durante cerca de una hora, Malcolm conversó con el capitán Norton acerca de sus misiones, vivencias y peripecias en alta mar. La presencia del capitán le permitía hablar abiertamente de su profesión y sentirse valorado, algo que le dejó mucho más tranquilo y le permitió disfrutar de la velada.

—En efecto, la tripulación es una de las cosas más importantes para un capitán, y lo que garantiza el éxito de cualquier expedición —afirmó el capitán Norton ante el comentario de otro de los invitados.

—No podría estar más de acuerdo, capitán.

—¿Cuántos hombres tiene a su cargo, capitán Williams?

—Dieciséis, señor —respondió Malcolm.

—Un gran equipo, sí, sin duda. Todavía recuerdo mi estancia en el Ardent. Que mi esposa no me escuche, pero allí viví los mejores años de mi vida. La libertad del océano frente a mí, el viento golpeando mi rostro, la emoción de llegar a un nuevo destino… —Malcolm percibió el entusiasmo y la devoción que el capitán sentía por el mar. Los ojos del marinero también brillaban por la emoción de los recuerdos.

—Se nota que lo echa de menos, capitán.

—Por supuesto. Es una sensación que jamás se olvida, señor Williams. Nunca encontrará nada comparable al mar. Nuestras esposas serán una gran compañía, y, sin duda, llenarán nuestro corazón. Sin embargo, siempre habrá una amante mejor para nosotros: el mar.

Malcolm se quedó pensativo tras ese último comentario. Era un hombre significativamente mayor que él, con más experiencia y bagaje, y, pese a ello, consideraba que poseía mayor valor su vida en el mar que la construida en tierra. Era una opinión respetable, por supuesto. Pero eso no le daba un pronóstico esperanzador para su matrimonio con Violet. ¿Y si todos los marineros estaban condenados a repetir ese mismo patrón, a sentirse fuera de su elemento en tierra deseando constantemente regresar?

En el transcurso de sus múltiples conversaciones, se olvidó del lugar en el que se encontraba y, aunque lanzó varias miradas furtivas en busca de su esposa, le gustó ver que ella también estaba disfrutando de la velada junto a otro grupo de señoras.

—Me temo que el rendimiento en el campo no es tan satisfactorio como en épocas anteriores —dijo uno de los invitados durante la cena.

—No podría estar más de acuerdo. Apenas logramos alcanzar la producción del año pasado. Es un desastre. Los jornaleros son vagos, no desean trabajar —respaldó otro quejándose.

—Además, exigen mayores honorarios y beneficios. El otro día, sin ir más lejos, me encontré con la resistencia de un grupo de trabajadores que han estado bajo mi mano durante más de ocho años —dijo con indignación el caballero, mostrando un claro desagrado.

—La gratitud ya no forma parte del talante de la gente.

—¿Gratitud? ¿A qué se refieren, caballeros? —preguntó Malcolm interrumpiendo la conversación, incrédulo.

—Los jornaleros deberían estar agradecidos por disponer de un techo bajo el que dormir, un trabajo digno y un salario para poder mantener a sus familias. Nuestra confianza en ellos es su porvenir.

—Más bien diría que su trabajo es nuestro porvenir —repuso el joven.

—Explíquese, señor Malcolm —indicó otro de los hombres con dureza, dejando de forma brusca la servilleta sobre la mesa, lo que provocó que todos los comensales se giraran hacia ellos, expectantes.

—Se trata de una simbiosis. Gracias a que nosotros les damos trabajo y techo, ellos pueden mantener a sus familias, y gracias a su trabajo, nuestros campos son fértiles y nuestros bolsillos pueden abastecerse. Ellos nos necesitan a nosotros y nosotros los necesitamos a ellos. Mostrarles menos que gratitud sería faltarles el respeto —explicó el joven con total humildad. Era la forma en que sus padres lo habían criado, el mundo que había conocido y la forma en la que comprendía que la gente debía ser tratada. Odiaba que esos hombres trataran de humillar a

las personas que les daban su riqueza.

—¿Entonces deberíamos permitir que ellos nos falten el respeto a nosotros?

—Por supuesto que no —trató de argumentar Malcolm, pero era más que evidente que, por más que dijera, no se ganaría el agrado de aquellos hombres—. No creo que una exigencia de mejoras signifique una falta de respeto.

—¿Ah, no? ¿Y qué considera que es, joven?

—Una mejora inteligente en la producción.

—Debo ser un hombre bastante poco sensato entonces, porque no comprendo su reflexión. Es posible que su juventud compita contra mis treinta años de experiencia y pretenda salir ganando, pero, adelante, por favor, sería de gran ayuda que nos deleitara con su razonamiento —expresó el hombre con total hostilidad, detalle que no pasó inadvertido para todos los presentes.

Violet miró a su esposo para mostrarle su apoyo y le sonrió para que tratara de calmarse.

—Los hombres de tierra no son diferentes a los de alta mar, señor. Si están contentos y complacidos con su trabajo, rinden más, son más productivos y el resultado se incrementa, y con ello nuestras ganancias.

—Disculpe, mi buen amigo —dijo el señor Carson al duque—, pero mi edad debe estar obstruyendo la comprensión de tan revolucionaria teoría. No pensaba que un marinero sin licenciar pudiera darme lecciones de sobre cómo gestionar mis tierras.

—Puede que… —trató de decir Malcolm para rebatir al invitado del duque.

—Creo recordar que usted no es propietario de una industria, y que tampoco posee una gran extensión anexa a su finca. Según me han informado, ha sido el propio conde Cavendish quien le ha cedido unos terrenos cerca de su propia residencia para que pueda explotarlos. Así que, agradecería que se abstuviera de darnos consejos de este tipo.

Malcolm apretó con fuerza los puños bajo la mesa. Aquel hombre era odioso y, sin duda, sus comentarios tenían el objetivo de herirle. Sin embargo, él no entraría en la dinámica que, sin duda, dicho caballero había querido generar con sus comentarios. Estaba seguro de que rebatir sus comentarios u ofenderse públicamente, solo demostraría lo que el hombre ya pensaba de él: que era un marinero sin educación ni respeto por sus mayores.

—Y no podría ser más aburrido el tema de conversación de esta velada, señores. No les permito que acaparen todo el tiempo de esta velada con sus temas. Es injusto para nosotras —dijo la duquesa, interrumpiendo lo que estaba claro que se convertiría en una abierta discusión entre dos caballeros que no serían capaces de llegar a un entendimiento.

Malcolm miró serio a su anfitriona, agradeciendo en gran parte su intervención, pues, por primera vez, le parecía acertada. Aquel hombre regordete y sin escrúpulos se creía con la autoridad moral suficiente como para posicionarse por encima de los trabajadores del campo a los que tanto les debía.

El resto de la cena fue tensa y cargada de miradas enfadadas por parte de varios de los presentes. Violet apreció el cambio en el temperamento de su esposo y la tensión de sus hombros. Sin duda, lo estaba pasando mal. Y ella se sintió culpable porque, en el fondo, había permitido, y estaba permitiendo, esa situación.

Capítulo 19

—Debo decirle, señora duquesa, que todo ha sido delicioso esta noche. Los centros de flores son espléndidos —añadió Violet para agasajar a su anfitriona.

—Vaya, querida. Me alegra que haya disfrutado la cena. Los centros los he encargado a la florista de siempre. Sin duda, tengo un gusto exquisito eligiendo. Pensé que, en su nuevo hogar, no tendría sitio para crear un rincón tan mágico como ese —respondió la anfitriona con clara indiferencia. Violet notó el dardo envenenado, pero no se dejó amedrentar. Una cosa eran los modales y otra, muy distinta, dejarse pisotear.

—Apenas he tenido tiempo para adaptarme. La vida de casada es muy emocionante al principio, si usted me entiende.

Esas palabras fueron suficientes para causar un revuelo entre las señoras presentes, que estallaron en tímidas sonrisas. Todas eran ya mayores, y era evidente que los años habían dejado bastante atrás su noche de bodas, sin embargo, sus sonrisas aplaudían la fogosidad que había mostrado la joven, aunque su anfitriona no luciera tan contenta con su réplica.

—Dime, querida Violet, ¿tienen pensado formar una familia pronto? Sin duda, una casa llena de niños es un hogar mucho más feliz.

—La verdad es que…

Violet se quedó muda. No sabía qué contestar pues nunca habían tocado ese tema. ¿Quería ella tener hijos pronto? ¿Los quería él? Por suerte interrumpieron el bagaje de sus pensamientos.

—En efecto, yo siempre quise tener varios muchachos, y gracias a mi vigoroso Marcus tuvimos siete hijos, nada más y nada menos —expresó una de las señoras con orgullo.

—Es posible que primero quieran disfrutar de la vida de recién casados. No se puede negar que la nuestra fue interesante —contestó ruborizada otra de las invitadas.

—Precisamente por eso los niños no deberían tardar en llegar. Un embarazo es siempre signo de buen porvenir en el matrimonio.

Violet no daba crédito a la conversación. Si bien había soñado en varias ocasiones con tener una gran familia y ver corretear a sus hijos por la residencia familiar, todavía era muy pronto para hablar de ello. Malcolm y ella apenas eran un matrimonio joven pero no sabía si era el momento o si estaban preparados para ello. Aunque bien era cierto que los niños podrían llegar en cualquier momento, pues habían compartido muchos momentos íntimos.

—Además, la ocupación de madre la ayudará a lidiar con la soledad.

—¿Soledad? —cuestionó Violet confusa. ¿A qué se refería?

—Por supuesto, querida —dijo la esposa del capitán Norton—. Mi marido pasó más tiempo en alta mar, lejos de casa, que a mi lado. Nuestros dos hijos nacieron con años de diferencia porque sus estancias en tierra firme eran de apenas unas semanas. Ellos iluminaron mi vida.

—Ahora el capitán está retirado, ¿no es así?

—En efecto, recién podemos disfrutar de una vida sosegada, aunque no ha disfrutado de la infancia de nuestros hijos. Ahora son mayores y viven con sus respectivas familias.

El corazón de la joven se hizo añicos tras escuchar aquella afirmación. Soledad. Meses o años de espera. Lejanía. ¿Eso era lo que le esperaba también a ella? Malcolm no había

mencionado su intención de volver a embarcarse, pero ¿acaso no lo haría? Sus hombres estaban más que deseosos. Él estaba inquieto. Después de todo, era su profesión. Era algo inevitable. De pronto se sintió indispuesta. Demasiado.

Su suerte quiso que el duque, el capitán Norton y su esposo se acercaran a su grupo para solicitar la opinión de sus esposas en asuntos de, según ellos, vital importancia.

—Querida, necesitamos saber si…

—Las rosas no parecen tan espléndidas de noche —susurró Violet a su esposo para evitar interrumpir la conversación que estaba teniendo lugar en el grupo. La señal que habían acordado no pasó inadvertida para Malcolm, quien, atento a su esposa, decidió intervenir en la conversación.

—Si no le importa, duquesa, le agradecemos enormemente la invitación a su casa, pero mi esposa se encuentra indispuesta.

—¿Qué le ocurre, querida? —preguntó una de las señoras presentes, preocupada.

—He sentido un pequeño mareo cuando me he levantado de la mesa, creo que hace demasiado calor aquí como para… —Hizo una pausa para tomar aire y continuó. No estaba fingiendo. En verdad le faltaba el aire—. No me gustaría arruinar la velada, así que lo mejor será que nos retiremos.

—Es posible que esos niños lleguen antes de lo esperado, duquesa —murmuró la esposa del capitán entre risas que pronto se contagiaron entre las presentes.

—Por supuesto, querida. A la duquesa no le importará, estoy segura —apoyó otra—. Lo prioritario es su salud. Además, una joven recién casada no puede presentar mala tez. Es importante estar fuerte para lo que pueda venir.

Malcolm se acercó a su esposa y la tomó del brazo para darle su apoyo tan pronto como notó que se llevaba la mano a la cabeza. Lo cierto es que tenía mal color en el rostro, y comenzaba a sentirse culpable, pues no había conversado con ella en toda la noche y era evidente que algo la había turbado.

La joven pareja se disculpó ante el resto de los presentes y, por supuesto, agradeció a los anfitriones su invitación. Avisaron al carruaje para regresar a casa y se subieron en él tan pronto como apareció al frente de la casa. Violet, se dejó acunar por su marido hasta que ambos se perdieron en el interior del carruaje. Se sentía mal de veras.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Malcolm preocupado, sentándose al lado de su esposa en lugar de enfrente. Tomó su mano para darle apoyo.

—No me siento bien. Creo que el calor de la sala me ha abrumado. Se me pasará en cuanto regresemos a casa —respondió Violet con una cálida sonrisa que enamoró todavía más al confundido capitán.

—¿Estás segura? —Malcolm sabía que había algo más detrás de las palabras de su esposa. Ella estaba acostumbrada a fiestas y eventos de ese tipo, y en la sala tampoco hacía tanto calor como para marearse. ¿Qué le habría importunado? Esperaba que esas odiosas mujeres no le hubieran hecho ningún comentario despectivo. Odiaba reconocerlo, pero las damas tenían una lengua mordaz cuando se lo proponían.

Él le tomó la mano durante todo el trayecto, esperando cualquier indicio de cambio, y ella se perdió. Dejó que su mente vagara entre lo que era y lo que podría ser. Entre lo que habían dicho y el futuro que podría desencadenarse.

Sin duda, aquella velada había cambiado muchas cosas en ella, o, al menos, había sacado a relucir cosas que estaban latentes en su interior. Su preocupación por su prematuro matrimonio, la posibilidad de estar embarazada, el hecho de que el dueño de su corazón se fuera lejos durante

meses dejándola sola, el rechazo social de la comunidad por su nueva posición social… Era demasiado para ella, y eso le oprimía el corazón.

Malcolm y ella no habían tratado el tema de la posible partida del marinero. Violet sabía que era crucial para la felicidad de él, pero, en esos instantes, le daba miedo que su deseo de embarcarse fuera más grande que el de permanecer a su lado. Después de escuchar su animada conversación con el capitán Norton y ver lo bien que Malcolm se llevaba con los miembros de la tripulación, para Violet era un hecho más que claro que ese día llegaría.

Ante todo, se sentía desilusionada. Decepcionada por lo ciega que había estado ante la forma en la que funciona el mundo y la alta sociedad. Era consciente que la duquesa no era una mujer muy amable y que tampoco esperaba mucho de ella, pero le dolía ver lo maleducados que eran los hombres con los que su padre mantenía una fuerte amistad. Sentía que su matrimonio había estado sometido a juicio desde el principio y eso la abrumaba.

Sin embargo, la abrumaba más el maltrato al que habían sometido a Malcolm.

—Tenías razón. No debería haber aceptado la invitación a la cena con tanta rapidez… —empezó a decir ella en voz baja y con timidez, sin atreverse a mirarle a la cara para enfrentar la mirada de su esposo. Le daba vergüenza reconocer que se había equivocado.

—No comprendo lo que…

—Siento que todas esas personas se hayan comportado de una forma tan grosera contigo. No tienen ningún derecho a tratarte de esa manera. Me siento avergonzada por mi falta de buen juicio. Pensé que podría ser una velada agradable en la que podríamos conocer nuevas personas y establecer vínculos para aumentar nuestras amistades. Jamás pensé que mi deseo de socializar podría ofenderte de esta manera.

—No tienes que preocuparte. Hay personas que no nacen con el don de poder alternar con personas de menor estatus.

—No quiero que los justifiques, y mucho menos que consideres que tienes menor estatus que ellos. —Violet estaba dolida. Su corazón se sentía apenado por toda la verdad que estaba cayendo sin reparo sobre ella. Años viviendo engañada…—. Ha sido cruel lo que han hecho.

Levantó la cabeza al fin para poder mirarlo a los ojos mientras hablaban.

—Creo que eres un buen hombre, y me parece muy honesta la forma en la que piensas tratar a tus trabajadores y arrendar tus tierras…

—Nuestras tierras —corrigió Malcolm, sintiendo cómo un ya conocido calor brotaba de su corazón.

—No importa quién te dio esos terrenos, sino lo que vas a hacer con ellos. Podrías ser un holgazán, y sin embargo eres un hombre trabajador, sacrificado y honorable. Sin duda, esos caballeros no son ni la mitad de buenas personas que tú —respondió ella tratando de mostrarle su apoyo y de dejar claro que él era mucho mejor que ellos.

Él no podía estar más complacido. Allí estaba, su sirena. Defendiéndolo.

—¿Eso ha sido lo que te ha molestado? —preguntó de nuevo Malcolm, intentando averiguar si realmente había sido el tema de las tierras y su profesión lo que había molestado a su esposa, o si había algo más que él desconocía.

—Lo siento mucho, de verdad. —Violet no pudo más. La presión, las dudas, la gente, y la intensidad de todo lo vivido la habían puesto a prueba y había perdido. Estalló en llanto y su esposo, sintiéndose fatal por todo lo ocurrido, la abrazó para tratar de calmarla.

—Escúchame, Violet, por favor. Tú no tienes la culpa.

—Claro que sí, yo te presioné para acudir a la cena. Si no hubiéramos venido, nadie te habría insultado y…

—Hemos venido porque yo también he querido. Era perfectamente consciente de que esto podía ocurrir.

—¿Cómo? —preguntó la joven, confusa hipando debido al llanto.

—Violet, soy capitán de un navío. No soy un duque, ni un conde, ni ostento un título menor. Mi pasado es humilde y mi familia no tiene ningún parentesco relevante con la alta sociedad. Estas personas han nacido en cunas de oro y con privilegios que yo nunca tendré, ni he tenido, y está bien, no ocurre nada, soy consciente de ello. Puede que para ellos nunca sea lo suficientemente rico o esté perfectamente relacionado.

—Pero no quiero que pienses, ni por un segundo, que eres menos que ellos. No quiero que tengan poder sobre nosotros.

—Lo que opinen ellos no me importa, Violet. Solo me importa lo que tú valores —respondió él con sinceridad, dedicándole una sentida mirada a su esposa y abriendo su corazón a ella—. Dime, querida esposa, ¿qué quieres tú?

—Yo… Yo te quiero a ti.

Capítulo 20

Sin duda, ese instante en el carruaje quedaría grabado a fuego en la mente y en el corazón del marinero como uno de los más bonitos de su vida. Violet, su querida Violet, le había dicho que lo quería. Lo quería a él. Solo a él.

Malcolm no se había dado cuenta del momento en exacto en el que su mujer dejó de ser la impertinente joven que le había arruinado la vida en un baile de temporada, a ser la dueña de su corazón. Puede que fueran sus besos, o la intensa aunque divertida convivencia que mantenían. Puede que fuera su entusiasmo, lo bien que parecían entenderse, o lo rápido que sus cuerpos habían aprendido a amarse. Fuera lo que fuese, el marinero se sentía orgulloso de la mujer con la que convivía. Y nada le gustaría más que poder expresar abiertamente lo que su corazón estaba sintiendo, pero no era habilidoso con las palabras.

El dormitorio de Violet se había convertido en su refugio y cuando los dos cruzaron el umbral volvieron a encontrarse. Malcolm tomó el rostro de su esposa y la besó como si no la hubiera visto en semanas. Tenía hambre de ella, de sus labios, de sus caricias y de su cuerpo. Le había dicho que lo quería a él, y aunque su corazón estaba rebosante de esperanza y de un futuro compartido, en ese momento quería sentirla cerca, para que esa ilusión no acabase nunca.

Atrás quedaron las perniciosas ofensas de aquellos señores de la alta sociedad, pues en su corazón y en su mente, solo había espacio para ella.

Tras quitarse las ropas con presteza y sin dejar de besarse, ambos se dejaron caer en la cama entre caricias y susurros. La sonrisa pícara de ella, combinaba en una perfecta sinfonía con la mirada de deseo de él, parecían augurar momentos de intenso placer. Él reclamó sus labios como su posesión más preciada y ella se dejó llevar a la deriva en un mar de suspiros.

No podían esperar más. Ambos se necesitaban. Se querían. Malcolm se colocó sobre ella y con la maestría que solo un amante que conoce el cuerpo de su esposa puede demostrar se introdujo dentro de ella. Los movimientos, suaves al principio, los acompasó con besos tiernos que dejó caer por su cuello, su hombro y uno de sus pechos…

Violet tomó a su esposo por el cabello y le invitó a reencontrarse con su seno. Pequeños mordiscos de placer que le permitían alcanzar un cielo prometido, mas cuando sentía que estaba a punto de tocarlo, él se alejaba para hacerla suspirar y provocarle una sonrisa. Malcolm sabía cómo desesperarla cuando, en realidad, quería que ella disfrutara más tiempo del momento. Posponer ese clímax que tanto ansiaban alcanzar juntos.

—Mi indomable Violet.

Esas palabras sobrepasaron la mente de la joven como si fueran fuego incitándole a perder el control del todo. Sorprendiendo a su amante, Violet tomó la iniciativa: se escapó de debajo del cuerpo de su amante, animándolo a que se diera la vuelta y fuera él quien se colocara boca hacia arriba. Malcolm, sorprendido y con energía renovada, aceptó la propuesta más que gustoso, y dejó que su esposa tomara el control. Ella se colocó sobre él como había hecho otras veces, y poco a poco introdujo su miembro de nuevo dentro de ella. Esperó unos instantes y, cuando pudo sentirlo con total plenitud, comenzó a moverse arriba y abajo provocando un placer aún mayor en ambos.

Y cuando el clímax al fin llegó, dejó sus cuerpos agotados. Ella, con las piernas todavía temblando por la experiencia, dejó salir el miembro de él poco a poco y se tumbó sobre el cuerpo

de su esposo, apoyando la cabeza en su hombro. Tratando de controlar sus respiraciones ambos descansaron en silencio. Él le dio varios besos en la cabeza a su sirena mientras trataba de controlar la vorágine de sentimientos que azotaban su corazón. Sin duda, había sido una declaración imposible de ignorar.

—Creo que no podré moverme en las próximas horas.

—Tampoco te dejaría salir de esta cama —respondió él, haciéndole algunas cosquillas en las costillas, justo debajo de su seno.

—No seas malo conmigo —añadió ella tímida, ocultando su rostro en el cuerpo de su esposo.

—¿Acaso desear estar con mi esposa es ser malo? Estoy seguro de que nadie me castigará por ello.

—Yo lo haría si no lo desearas más.

—Nunca podría renunciar a mi indomable fierecilla.

—¿Indomable fierecilla? Pensé que me había casado con un capitán respetado, no con un hombre con ínfulas de poeta maltrecho.

—¿Poeta maltrecho? —preguntó él ofendido mientras se separaba un poco de su mujer para poder mirarla, fingiendo estar herido.

—Sí, me temo que no han sido unas palabras muy elocuentes.

—Déjame demostrarte lo elocuente que puedo llegar a ser.

Y con esa simple promesa, Malcolm inició el primer beso de una expedición al interior del barco del placer en el que ambos compartieron sus cuerpos hasta caer exhaustos a altas horas de la noche.

El despertar del día siguiente en la residencia Williams fue el más placentero que Violet había experimentado hasta el momento. No podía negar que ser amada por su esposo y disfrutar tan plenamente de ello era mucho mejor de lo que había esperado de su vida casada.

Por suerte, los extraños y oscuros pensamientos que habían nublado el corazón de la joven quedaron relegados a un segundo plano en su mente y no volvieron a amenazar con aparecer.

Una vez terminado el desayuno, Violet y Malcolm se despidieron entre besos y promesas delicadas para poder ocuparse de sus respectivas responsabilidades en la propiedad. Él tenía que acercarse a dar la bienvenida a sus nuevos trabajadores, y ella preparar los menús de la semana junto con la cocinera y el ama de llaves, y algunas otras cosas relativas a una pequeña tarde de juegos que quería organizar en el jardín de la casa.

Para su desgracia, Violet apenas pudo concentrarse en sus quehaceres, pues su cabeza regresaba una y otra vez a su lecho. Estar enamorada era una sensación única. Si bien había experimentado atracción por él desde el primer instante en que lo vio en la boda de su hermana, había sido la convivencia y el llegar a conocerlo mejor lo que la había llevado a considerar que no había mayor dicha que estar casada con él. No era lo que había esperado, sin duda. Casarse con un capitán de navío no entraba en sus planes. Ella había soñado con ser la esposa de un duque, tener una distinguida posición social, ser más importante que sus amigas y poder acudir a todos los eventos sociales en el condado, incluso algunos en la capital. Sin embargo, en ese

momento, sentada en el porche de su modesta propiedad, pensó que no cambiaría lo que tenía por nada. Pues de nada le serviría una gran casa, o poseer los mejores vestidos, si no tenía el corazón rebosante de felicidad. Y, ahora, se sentía la mujer más afortunada y dichosa de todo el condado.

Por mucho que el mundo siguiera girando, todo se había detenido en el corazón de un joven capitán. Ansiaba regresar a los brazos de su amante y saborear de nuevo sus labios, mas tenía que organizar a la cuadrilla de trabajo para comenzar la explotación en su finca. Había conseguido reunir una cuantiosa fortuna gracias a sus expediciones y encargos para la corona, pero deseaba poder ofrecerle a su esposa la vida con la que siempre había soñado y para ello necesitaba capital. Para renovar su calesa, comprar más caballos, mejorar el cobertizo…

Sin embargo, él no tenía experiencia en tierra firme, así que se dejó aconsejar por uno de sus nuevos trabajadores que había sido recomendado por su suegro para poder organizarlo todo. Dedicó a esta tarea más horas de las que hubiera deseado y se preguntó, a cada instante, qué estaría haciendo su esposa, demostrándose a sí mismo poco autocontrol que poseía. ¿Qué le había hecho esa sirena?

Esos pensamientos se adueñaron de él en su camino de regreso a casa. Malcolm se quedó pensativo delante del lago de la propiedad. Antes de que se diera cuenta, su mente vagaba por un mar de pensamientos enmarañados, y cuanto más los dejaba, más control tomaban sobre él y sobre su corazón, hasta llevarlo a una deriva que había tratado de evitar.

Ansiaba regresar al mar. Con todas sus fuerzas. El tiempo que había transcurrido desde que había desembarcado en el puerto hasta ese mismo instante, había sido el intervalo más largo que había pasado en tierra desde que se embarcó por primera vez. Su cuerpo quemaba. Le gritaba que regresara. Quería sentir el viento, oler la sal del mar, escuchar a las gaviotas del puerto, las olas chocar contra el costado del barco… Sentir el timón en sus manos, acudir a popa para ver cómo la tierra se queda atrás, buscar en el mapa su próximo destino… Lo necesitaba con toda su alma.

«No», se dijo a sí mismo. Necesitaba más a su esposa. Ella era la causante de haber prolongado su estancia en tierra, de haber comprado una casa, de contratar personal para su nueva propiedad, de estar dispuesto a acudir a estúpidos bailes de salón, e incluso de conversar con personas totalmente incompatibles con sus valores.

Ella. Su felicidad.

Violet estaba preocupada por su esposo. Habían pasado varias horas del almuerzo y todavía no había aparecido. No era consciente de cuánto tiempo requería poner en orden a los trabajadores, pero esperaba que regresara a ella pronto. Al asomarse a la ventana para poder ver si el tiempo seguía estable, lo vio a lo lejos. Estaba justo frente al lago, inmóvil. Salió de la casa y puso rumbo a donde él se encontraba.

Conforme se acercaba, se dio cuenta de que su mirada estaba fija en el agua. ¿Qué estaría pensando? Daría lo que fuera por saberlo. Su esposo podía llegar a ser tan enigmático como profundo podía ser el mar.

—¿Tan interesante es este sitio que lo prefieres a mi compañía? —preguntó Violet rompiendo el silencio.

—No hay nada que prefiera más que tu compañía, querida esposa —respondió el capitán dándose la vuelta para dedicarle una sonrisa. Ella se colocó a su lado y regresó su rostro al lago—. Pero me he detenido aquí y…

—El lago, claro.

Ambos guardaron silencio.

—¿Lo echas de menos?

—¿El qué?

—El mar.

—Desde luego. —«Más que a mi vida», quiso decir en realidad Malcolm.

La rapidez y seguridad con la que lo dijo causó una muesca en el corazón de ella.

—¿Cómo es? ¿Qué se siente al estar navegando? —quiso saber la joven, tratando de comprender la pasión que parecían compartir todos los marineros por el mar. No podía evitar recordar las palabras de la esposa del capitán.

—Puede que los hombres que ya llevan años en el mar hayan dejado de saborear esos instantes, pero, para mí, es como estar en un hogar que no te juzga. Aceptar una aventura hacia lo inesperado… Es confiar en tus hombres. Consolidar una familia basada en el respeto y el honor… Es respetar el entorno y ser uno con la naturaleza. Conocer nuevos lugares y explorarlos con sensatez. —Cogió aire antes de continuar, sintiendo cómo su corazón se aceleraba al recordar todas esas emociones—. Es sentir una libertad que apenas puede definirse con palabras. Saber que eres uno con tu barco… Es luchar contra la naturaleza y sus caprichos —dijo casi en un susurro.

Violet no pudo evitar soltar una lágrima. Dos. Tres. Silenciosas. Su corazón estaba asfixiándola. Había tanto sentimiento en las palabras de su marido, que se sintió el peor ser humano del mundo.

—Sueñas con sus aguas, con sus puertos, con la brisa… Sueñas con divisar tierra firme. Sueñas con sentir el interminable mundo de posibilidades. Es algo que no desaparece. No es una profesión. Es nuestra vida.

Devoción y anhelo. No se había dado cuenta porque estaba ciega ante sus propios caprichos y deseos, pero su marido estaba sacrificando todo cuanto era y deseaba por ella. Por tener una vida acomodada en tierra firme, por acompañarla a cenas y a bailes. No pudo mirar a los ojos a su esposo, pues se sentía tremendamente culpable. Se sentía celosa por la forma en que miraba el agua. Malcolm deseaba volver al mar y ella lo estaba reteniendo.

¿Desde cuándo era tan egoísta? Desde siempre. Esa era la respuesta. Desde que era niña había tenido todo cuanto ansiaba y nunca le había faltado de nada. Eso la había convertido en una joven mimada y caprichosa. Y ahora estaba condenando a su esposo a una vida en la que no podría ser feliz. No cuando su corazón estaba en otro lugar.

—Te dejo a solas con tus pensamientos.

Eso fue lo único que dijo Violet antes de regresar a casa, limpiándose las lágrimas que caían por su rostro y que habían empañado la perfecta felicidad que sentía.

Violet se encerró en su dormitorio y lloró amargamente, en relativo silencio para no alertar al servicio o a su esposo. Se odiaba a sí misma por ser tan desconsiderada. Ella amaba a su marido y todo su ser quería que permaneciera junto a ella. Pero era una dama, no estaba hecha para permanecer en un barco a la deriva durante meses. ¿Tan horrible era eso? «Sí», se dijo a sí misma, pues sabía que, en el fondo, la esposa del capitán Norton tenía razón.

Capítulo 21

Violet Williams no salió de su habitación por el resto del día. Comentó al servicio y a su esposo que se sentía indispuesta y, aunque él la visitó para confirmar que no era nada grave, ella se vio obligada a ocultar la verdadera dolencia que sin duda sentía. No era física. No era visible. Era emocional. Algo que le asfixiaba el corazón.

A la mañana siguiente, Malcolm acudió a despertar a su esposa y Violet, viendo la ternura con la que le acariciaba el rostro, le invitó a compartir un tranquilo momento con ella. Él se tumbó a su lado y se quedaron abrazados durante un rato.

Malcolm no quería presionar a su esposa para que compartiera con él los detalles sobre su estado. Así que lo achacó a las dolencias propias de las mujeres. La besó tanto como le permitió y después la dejó para que se levantara cuando ella quisiera. Él debía encargarse de algunas tareas y de supervisar el trabajo de los granjeros. Quería asegurarse de que todo funcionaba correctamente.

Por muy cómoda que estuviera en su cama, Violet necesitaba enfrentar el nuevo día con energía. Su corazón tenía pequeños agujeros producto de todo lo que había experimentado el día anterior; necesitaba mantener la mente ocupada para no pensar en ellos.

Malcolm la sorprendió indicándole que había respondido a una invitación por parte de su amiga Elisabeth para asistir a una pequeña reunión en su residencia familiar. Violet conocía a la joven de sobra como para saber que «pequeña» era un eufemismo para «grande». No se sentía de humor para asistir, y tampoco creía que Malcolm tuviera predisposición para ello, pero sabía que aceptar la invitación era lo políticamente correcto, y necesitaba distraerse para no pensar en lo que su corazón sentía. No obstante, apenas invirtió tiempo en prepararse para el evento.

—Gracias por aceptar la invitación de Elisabeth. Es un detalle —dijo Violet con una cálida sonrisa. Le sorprendía que su esposo hubiera tomado esa iniciativa por ella.

—Me alegra ver que te has recuperado —dijo Malcolm tomando las manos de su esposa con firmeza mientras se sentaban en la calesa. Esperaba que esa reunión con su amiga pudiera animarla.

—Siento que no he sido la mejor de las compañías durante el día de hoy. Disculpa.

—No pasa nada. Todos tenemos derecho a estar enfermos.

—Sí… Gracias —dijo ella agachando el rostro, porque sabía que no era una dolencia alarmante la que la había mantenido alejada. Si él supiera el verdadero origen, sin duda su relación cambiaría por completo. Era egoísta al querer mantener el secreto, aunque desvelarlo la dejaría más destrozada todavía, pues no estaba dispuesta a saber la respuesta al dilema que se plantearía ante su esposo.

—Seguro que el baile logra animarte. No me gusta ver tu sonrisa apagada, querida. Si te sientes indispuesta, solo tienes que decirme nuestra frase secreta y saldremos de allí.

«Querida». Allí estaba de nuevo. Solo había dicho su nombre una vez, durante un momento fogoso, pero ¿tan complicado era llamarla por su nombre?

—Desde luego.

Malcolm no quería ocultarlo. Estaba preocupado por su esposa. Ella siempre era un mar

de alegría y, en ese instante, estaba apagada. Sin vida. Esperaba que la presencia de sus hermanas, las cuales habían confirmado asistencia a la reunión, le ayudara a mejorar su ánimo. Tenía la esperanza de que un reencuentro fuera crucial.

—Muchas gracias por acompañarme, Malcolm. Soy consciente de que una noche en casa de Elisabeth no es la mejor propuesta para pasar el rato.

—Pero a ti sí que te gustan.

—Gracias. —Había plena sinceridad en las palabras de Violet. Se sentía agradecida por el sacrificio que su marido estaba haciendo por ella al querer formar parte de su mundo. Detalle que consiguió clavar un poco más la espina de la culpa en su corazón.

Llegaron a la residencia familiar de Elisabeth y caminaron con cuidado hasta llegar a la gran puerta de entrada de la casa, donde fueron recibidos por la heredera.

—Violet, querida. ¡Qué placer contar contigo esta noche! —la saludó Elisabeth de forma llamativa para que todos le prestaran atención—. No pensé que fueras a venir.

—No podía negarme. Además, un baile es un baile. Y si lo organizas tú, seguro que será maravilloso.

—Ohhhh, señor Williams, ¡bienvenido! —dijo la anfitriona con un tono que no pasó inadvertido para Violet.

—Si no les importa, señoritas, me acercaré a saludar a mis cuñados, a quienes acabo de ver al otro lado de la sala —dijo Malcolm excusándose. No deseaba pasar más tiempo del necesario con esa mujer.

—Por supuesto, no hay problema. Yo haré compañía a su esposa —dijo Elisabeth mientras ambas mujeres veían cómo Malcolm se alejaba serpenteando entre los invitados hasta llegar a uno de los rincones de la sala, donde se encontraban sus escasos conocidos.

—Oh, Violet. Debes de sentirte tremendamente afortunada —comentó la anfitriona sin quitar la vista del marinero.

—Muchísimo, Elisabeth. Muchísimo.

—Si me lo permites, tengo que saludar a otras personas que han llegado. Hablaremos más adelante.

Y tal y como había llegado, Elisabeth se marchó, dejando a Violet con una idea surcando en su mente. ¿Por qué se había acercado si pensaba pasar tan poco tiempo con ella? No le dio más importancia y continuó buscando por la sala a sus hermanas.

Bella, como era de esperar, se encontraba cerca de la pista de baile, entretenida con la danza; Heather junto a su inseparable marido, gozaba de una felicidad tan plena que era hasta contagiosa; Susan, por otro lado, le guiñaba el ojo a su esposo de una forma tan llamativa que casi le resultaba obscena. En efecto, todas sus hermanas, excepto la menor, estaban felizmente casadas y eso le complacía. La dicha había llegado a la residencia Cavendish, procurando a todas sus hijas unas maravillosas historias de amor.

La velada siguió su curso y Violet habló con más personas de las que podía recordar. Sin duda, Elisabeth era una gran anfitriona, pues no faltó la buena conversación gracias a sus exquisitos invitados, bebida, música y baile. Todos parecían encantados con la velada. Y, durante unos segundos, su pesar pareció alejarse. Pero, por mucho que la marea parecía llevarse consigo ese dolor, pronto regresaba a ella.

Por supuesto, Malcolm invitó a todas sus cuñadas a bailar, lo que había merecido una notable valoración por parte de su esposa, e incluso había provocado el enfado en sus cuñados, al no hacer ellos mismos semejante hazaña. Un marinero en la pista de baile era, cuanto menos, gracioso.

—No puedo hablar de eso todavía, hermana —dijo Heather a sus hermanas, sacando por completo a Violet de su ensimismamiento.

—¿Has escuchado lo que ha dicho, Violet? No quiere hablar con nosotras de eso… —dijo Susan, tratando de llamar la atención de su hermana menor—. Violet, ¿me estás escuchando? Debes unirte a mí o nunca lo confesará.

—Perdona, perdona. No estaba prestando atención.

—No me extraña, llevas parte de la noche con la cabeza en otro lado —la acusó Heather, tratando de cambiar el foco de atención hacia ella.

—Tampoco es que nuestra hermana hubiera estado muy centrada antes de casarse. Debe ser que el amor le nubla la mente todavía más —dijo Bella causando risas entre sus hermanas.

—Tengo muchas cosas en las que pensar últimamente —respondió Violet tratando de escudarse del ataque de su hermana Bella.

—A quién le importa si Violet está centrada o no. Está enamorada, es normal que esté así —resolvió Susan—. Violet, tienes que apoyarme. Nuestra hermana no quiere confesar si nuestro querido Alfred es galante en el lecho.

—¡Y con razón! —exclamó ruborizada Violet, poniéndose del lado de Heather—. No deberías ponerla en un aprieto así.

—¡Tú eras la primera que deseabas saberlo hace menos de un año! —dijo Susan levantando la voz, enfadada.

—Tiene toda la razón, Violet —secundó Bella.

—Sí, bueno… —Violet se dio cuenta de que Susan tenía razón. Ella era la persona más entrometida de la familia. Sin embargo, ahora era consciente de que ciertas intimidades eran privadas, y que Heather, más que ninguna otra, se moriría de vergüenza al admitir ciertos detalles en público.

—Pues si lo prefieres, podrías comentar tú si las fornidas manos de tu marido son dignas de un capitán de navío.

—¡Susan, no seas descarada! —le recriminó Heather, dándole un golpe en un hombro a su hermana para censurar su comentario. Parecía mentira que la mayor de ellas fuera la que tuviera menos juicio.

—Me encantaría conocer a un hombre tan vigoroso como el capitán —confesó la pequeña de las hijas del conde.

—¡Bella! —gritaron todas a la vez.

Violet, en lugar de sonrojarse, se echó a reír. Siempre le había impresionado la forma tan directa y sin tapujos que tenía su hermana de expresarse. Malcolm y ella estaban casados, no había nada malo en las actividades que realizaban en el lecho… o en el salón, o en el río… Se acaloró. Su corazón, se alegró de compartir ese ruidoso momento con sus hermanas, era como volver al pasado.

Al cabo de un rato, después de varios bailes y de alguna que otra conversación animada por el alcohol y la buena compañía, Violet se encontraba cansada. Nada le complacía más en esos momentos que la imagen de su marido y ella descansando en la cama tras haberse amado en silencio, pero el destino tenía reservados otros planes para esa noche.

—Violet, querida, quería darte las gracias por venir —dijo Elisabeth, alzando su copa para brindar junto al resto del grupo. Además de la anfitriona, estaban allí el hijo de los Davenport y el hijo del señor Bell, y también Leonora y Marie.

—No es necesario darlas, Elisabeth. Al contrario, soy yo la que está agradecida —dijo Violet con una media sonrisa en el rostro. Su amiga no era responsable de su estado de ánimo y quería mostrarle su apoyo, aunque no habían vuelto a conversar desde que la había recibido a su llegada—. He podido pasar una velada maravillosa y conversar con vecinos a los que hacía semanas que no veía.

—Es comprensible. La vida de casada tiene que ser complicada al principio.

—Desde luego, aunque tiene sus grandes momentos —aseguró Violet sin apreciar que sus mejillas se habían teñido de rojo. Todos los presentes se rieron ante el mensaje oculto. Sin embargo, su compañera parecía harta de su felicidad.

—No me extraña —añadió Elisabeth cambiando su tono de voz—. Pero no te preocupes, seguro que esa modesta propiedad no requiere mucho trabajo. No es como la residencia Cavendish o como esta casa. Pequeña casa, pequeñas responsabilidades.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Violet sintiendo el dardo envenenado.

—Nada, querida. Solo digo que las posibilidades de un marinero no son como las de un duque, o un marqués. Te visitaré tan a menudo como pueda y podremos decorarla juntas, dentro de vuestras posibilidades, claro.

—Mi casa es perfecta, Elisabeth —proclamó Violet dejando su copa en la mesa que tenía justo al lado, pues empezaba a notar un gran picor en las manos y un calor creciente en el estómago.

—Sí, desde luego. Es adorable. Además, así no notarás tanto la ausencia de tu marido cuando pase largas temporadas en el mar, o cuando desembarque en otros puertos y frecuente tabernas, y…

—¿Qué tratas de decirme?

Violet estaba más que molesta. El resto de los presentes, anonadados por los comentarios tan fuera de lugar de su anfitriona, se quedaron en silencio.

—¿Yo? Nada, querida amiga. Nada. Solo digo que quizá un pescador no ha sido la mejor de las elecciones. Tenías muchas aspiraciones en la vida. Seguro que el conde habría preferido un yerno mucho más… relevante.

—¡Ya basta, Elisabeth! —gritó Violet sintiendo que había llegado al límite de su paciencia. No podía más. Aquella persona había insultado a su marido de todas las formas posibles, apenas la reconocía. O tal vez, era a ella misma a la que no quería reconocer, pues no hacía muchos meses ella había sido como Elisabeth.

—No hace falta que te enfades, querida amiga —dijo levantando las manos—. Solo estaba comentando que los marineros no son famosos por permanecer mucho tiempo en su casa. Seguro que…

—Elisabeth, no te permito que hables así de mi marido —la cortó Violet.

—No, no. No digo que el señor Williams sea de esa forma, solo digo que…

En ese instante, Malcolm se acercó a las jóvenes, alertado por la forma tan expresiva en la que el cuerpo de su mujer parecía estar conteniéndose desde el otro lado de la sala. No sabía de qué estaba hablando con Elisabeth, pero no debía de ser nada bueno, ya que había escuchado a su mujer gritar momentos atrás. Debía ayudarla.

—Se acabó. —Violet no podía más y estalló—. Has insultado el oficio de mi marido, su educación y sus posibilidades. Escogí a Malcolm y lo escogería mil veces más. No me importa si

es marinero, herrero o panadero. Y bien sabes que su oficio es capitán de navío y que ostenta una modesta fortuna. Ser marinero no es ninguna ofensa. Puede que no sea el duque o el marqués con el que soñamos casarnos, pero te aseguro que este hombre es mucho más. Es el mejor hombre que he conocido, y me siento afortunada de ser su esposa. Nunca dejaré que tú, o cualquier otra persona, diga nada malo de él. Soy la mujer de un capitán y soy feliz.

—Pero…—trató de replicar Elisabeth ante el repentino ataque de valentía de su, hasta ahora, amiga, quien la estaba dejando en evidencia delante de todo el mundo.

—Y créeme cuando te digo que la arrogancia, la vanidad y la hipocresía son cualidades muy poco admirables en una dama, Elisabeth. Tenlo en cuenta a la hora de escoger marido.

—Bueno, si escucharas las cosas que se dicen sobre…

—No me importan, Elisabeth. Quiero a mi marido, y estaría dispuesta a enfrentarme a todas y cada una de las personas que lo menosprecien. Por lo visto, tendré que comenzar contigo. —En ese instante, Violet sintió el calor de una mano conocida posarse sobre su cadera. Allí estaba—. He tardado en ver tu verdadera esencia, no obstante, nuestra amistad se zanja aquí, y ahora.

—Vaya, parece que el matrimonio te ha cambiado demasiado, Violet Cavendish. Antes jamás me habrías dicho cosas como estas por un hombre.

—Soy Violet Williams, para ti —declaró con orgullo.

—Creo que no hay más que hablar. Solo me gustaría decirte que no deseo que busques mi compañía cuando estés sola en esa ridícula casa cuando él se lance de nuevo al mar.

—No lo haré.

Y con esas parcas palabras, las que habían sido amigas durante tanto tiempo, se despidieron. Violet respiró. Respiró por primera vez porque sintió como si se quitase una losa de encima. Elisabeth le recordaba a la persona que ella era antes. Disfrutaba cotilleando, compartiendo rumores, conversando sin parar en los salones de la alta sociedad. Se maldijo por haber sido de esa forma y agradeció lo mucho que parecía haber madurado desde entonces.

Y lo que había dicho, lo había hecho de corazón: lo quería a él, sin importar su profesión, su fortuna o sus posibilidades. Prefería unas manos curtidas en el mar que los vanidosos dedos de un duque sin honor.

Puede que no estuviera del todo de acuerdo con Elisabeth en que el matrimonio la había cambiado. No había sido el matrimonio. Había sido Malcolm.

Capítulo 22

Malcolm acompañó a su esposa hasta su círculo familiar y allí se despidieron antes de regresar a casa de inmediato.

En silencio, la joven pareja salió de la fiesta y se dirigió a su propiedad. Discutir con Elisabeth había sido revelador. La joven representaba todas las cualidades que ella misma poseía. ¿Tan mala persona era? Como no iba a serlo, si era incapaz de darle a su esposo lo que más deseaba: la libertad de regresar al mar.

Él le había dado una casa digna, cariño y la paciencia para acudir a cada una de las veladas sociales que había deseado. ¿Y ella? ¿Qué había hecho por él?

—Violet, ¿cómo te encuentras? ¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó el marinero midiendo sus palabras. Sabía que la pérdida de una amistad significaba algo grave para la joven y quería consolarla, aunque no supiera cómo.

—Siento mucho haber tardado tanto en ver la auténtica esencia de Elisabeth, Malcolm. Nunca había encontrado censurable su comportamiento porque era reflejo del mío propio.

—Puede que compartieras intereses con esa joven, sin embargo, déjame decirte que no os parecéis en nada, querida esposa.

—No estaría tan segura. Yo también he sido así…

—Pero todo lo que has dicho, la valentía que has demostrado… Nunca antes nadie me había defendido de esa forma. Ha sido precioso.

—Es que no tenía derecho a decir esas cosas tan horribles sobre ti —dijo con sinceridad, mientras tocaba con delicadeza su rostro. Lo amaba tanto. Se sentía afortunada—. Eres un buen hombre.

—Y con que lo sepas tú, es más que suficiente, Violet.

Violet. Violet. Violet.

Allí estaba. Su ansiado nombre.

Violet se lanzó a los brazos de su esposo para fundirse con él en un fuerte abrazo. No merecía a un hombre como ese. Malcolm Williams había sido un error. Su matrimonio había sido un error, pero su amor, era lo más natural, intenso y auténtico que había existido jamás en su vida. Amarlo era inevitable. Su mirada, tan llena de amor y devoción, solo había reforzado el pensamiento de lo afortunada que era. Al contrario de lo que pensaba Elisabeth, ella no se arrepentía de aquel beso que le dio en la velada de los duques. Había sido el mejor acto impulsivo de su vida.

Con ternura y cariño los jóvenes esposos siguieron besándose hasta que llegaron a su residencia. En cuanto la calesa paró, Violet descendió de ella y, para su sorpresa, su esposo la tomó en brazos y, como si fuera un saco de apenas unos kilos, la llevó entre besos dulces hasta su dormitorio, donde juntos encontraron el consuelo de sus cuerpos en aquella noche de verano.

A la mañana siguiente, Violet se despertó con una mezcla de emociones. Por una parte, se sentía dichosa, pues tenía al mejor hombre a su lado. Un hombre que la amaba y le había demostrado que la respetaba. Y, por otro lado, una especie de bruma se había alojado en su corazón, nublando su juicio y su ánimo. La voz de la esposa del capitán Norton, la de Elisabeth y otras tantas, chocaban constantemente entre sí como las olas contra las rocas.

Trató de alejarlas y centrarse en admirar al maravilloso hombre que yacía dormido a su lado. Su hombre. No se había dado cuenta hasta ahora. Tenía varias cicatrices en la espalda, algunas más visibles que otras. Sabía que, como él mismo le había comentado una noche, no empezó siendo capitán, sino que fue el trabajo duro el que al final trajo su recompensa.

—Si sigues deslizando la mano por mi espalda de esa forma, tendré que tomar medidas inmediatas —dijo Malcolm para sorpresa de la joven. No sabía cuándo se había despertado.

—Me temo que tu joven esposa se ha levantado demasiado cansada como para satisfacer tus deseos.

Malcolm se dio la vuelta para mirarla. Estaba tan hermosa cuando se despertaba que apenas podía creer lo afortunado que era de compartir su día a día con ella.

—¿No has descansado bien?

—En parte. Gracias a cierta actividad nocturna confieso que me quedé dormida muy rápidamente, pero… me desvelé en mitad de la noche.

—¿Por algo en particular? —preguntó Malcolm mientras se sentaba en la cama para tomar las manos de su esposa.

—No, a veces mi cabeza simplemente no puede parar.

—¿Quieres compartirlo conmigo? —Quería mostrarle su apoyo y que se sintiera cómoda para expresar sus sentimientos. No deseaba otra cosa.

Existía algo que había caracterizado a Violet desde niña. Su impulsividad. Quería hacer algo que sabía que no estaba bien, y por mucho que su mente tratara de mantener la serenidad y le dijera que no estaba bien, ella terminaba haciéndolo de todas formas. Y eso mismo estaba a punto de suceder. Ella sabía que preguntar ciertas cosas a su esposo no eran adecuadas, pero no podía reprimirse.

—Malcolm, ¿eres feliz aquí?

Sin duda, no era lo que él esperaba.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a si esta es la vida con la que soñaste. Si estar casado conmigo te hace feliz, y si…

—No puedo mentirte, Violet. Sería deshonesto por mi parte. Esta no es la vida que soñé. Ansiaba ver el mundo y explorar… —En ese instante, Violet vio el brillo en los ojos de su marido y su corazón se rompió. Se rompió en mil pedazos, pues sabía que por su culpa jamás podría alcanzar sus sueños—. Pero estar casado contigo es una aventura maravillosa.

—¿Y es suficiente para ti? —preguntó Violet tratando de que no se apreciara cómo la emoción estaba tratando de salir. Sentía la amenaza de las lágrimas en sus ojos y todo su ser vibraba. Temía esa respuesta al mismo tiempo que la ansiaba.

—Por supuesto.

Dos simples palabras que, aunque parecían ser sinceras, habían demostrado todo lo contrario a la joven. Su marido se acercó y le dio un beso tierno cargado de sentimiento que le hizo olvidarse por un momento de sus pensamientos. Unos pensamientos que la estaban apartando del camino de la felicidad.

Esa misma mañana, Heather, Susan y Bella se presentaron en su casa, preocupadas por el estado en que su hermana se había marchado la noche anterior de la velada. Necesitaban hablar con ella. Tomando un té en el pequeño salón de su casa, Violet les contó todos los detalles de lo ocurrido, por si se habían perdido algo con el barullo del baile, y para que supieran exactamente las palabras que su supuesta amiga le había dedicado.

—Es que no me lo puedo creer. Es una descarada. ¿Cómo tuvo la decencia de conversar con nosotras y despedirse de forma tan afectuosa después de lo que hizo? —juzgó Susan muy enfadada. Su hermana mayor, que se había levantado de su butaca, recorría el salón de un lado a otro, moviendo de forma exagerada los brazos.

—Es inaudito. No esperaba ese comportamiento por su parte —murmuró Heather.

—El hecho de que me haya casado con un marinero parece que no ha sentado bien a la comunidad.

—Eso no debe importarte lo más mínimo, Violet —dijo Heather totalmente seria y convencida de sus palabras—. Le dijiste a Elisabeth exactamente lo que tenías que decirle. Es imposible que alguien tenga malas palabras para Malcolm después de conversar durante una hora con él. Alfred se deshace de halagos hacia él.

—Con Benjamin ocurre lo mismo —añadió Susan.

—Además, Elisabeth es solo una joven malcriada. Es la menos indicada para hablar. Han pasado cuatro temporadas sociales y todavía no está casada. Seguramente son los celos los que hablan por ella — añadió Bella con un golpe de malicia. Desde que eran niñas había tenido una conexión especial con su hermana y no podía tolerar que nadie hablara mal de ella. Sin duda, le retiraría la palabra a Elizabeth de ahora en adelante.

—Eso no significa que no me duela su comportamiento.

—Por supuesto que debe dolerte. Estarías loca si no te importase que tu amiga te hubiera menospreciado en público de esa manera. ¡Qué sinvergüenza! Solo de pensarlo… —Susan seguía enfadad y sin poder dar crédito—. Espero que tenga la decencia de no hablarnos en el próximo evento social, o tendré que sacar mi temperamento a relucir.

—Tranquila, Susan. No quiero crear un conflicto en la comunidad por esto. Además, no es lo que más me aflige —dijo con tono alicaído Violet.

—Si no es eso, ¿qué más te preocupa? —pregunto Heather preocupada. ¿Qué más podía ser?

—Es Malcolm.

Sus hermanas la miraron con el ceño fruncido.

—¿Qué ha hecho nuestro querido cuñado? —quiso saber Susan.

—Él nada, en realidad. El problema soy yo.

—Perdona, hermana, pero creo que no te estás explicando muy bien —dijo Heather con gran confusión.

—Siento que no soy la mejor opción para él.

—¿Desde cuándo Violet Cavendish duda de ser suficiente para un hombre? —preguntó Bella sin terminar de comprender a su hermana. Lamentaba verla triste y como una sombra de la mujer fuerte que siempre había sido.

—Desde que mi gran competidor es un océano inmenso con el que mi esposo sueña y al

que anhela regresar —expresó con total tristeza Violet. Todas se miraron.

—¿Eso te lo ha dicho él?

—No hace falta. En ocasiones se queda con la mirada perdida junto al lago durante mucho tiempo. Y tiene un brillo especial en la mirada cuando regresa al pasado para contarme anécdotas o misiones en alta mar. Creo que su cuerpo está aquí conmigo; sin embargo, su cabeza… Su alma está en otra parte.

—Yo no aventuraría nada, Violet. Si él no te lo ha dicho… Sería sacar conclusiones precipitadas, ¿no crees, Susan? —dijo Heather para instar a su hermana a que apoyara su comentario. No estaba segura de qué ocurría en el matrimonio de su hermana, pero no quería verla triste. Necesitaba el apoyo de todas.

—Apenas conocemos a nuestro cuñado. Si es tan buen amigo de mi esposo como afirman, será un hombre de firmes convicciones y moral intachable, por eso…

—¿Por eso…? —animó Violet a su hermana mayor para que continuara con la frase. Odiaba cuando dejaba las cosas en suspenso para aportar dramatismo a la situación.

—Estoy de acuerdo con Heather —rectificó Susan a tiempo mientras contemplaba la cara de circunstancias de su hermana pequeña. Si lo que su esposo le había contado de su cuñado era cierto, sería un hombre forjado en el mar, que amaba más las olas que las criaturas que vivían al otro lado, en tierra. Aquello no auguraba un futuro prometedor para el matrimonio de su hermana menor. Por primera vez, prefirió no ser sincera. Solo esperaba equivocarse.

—Entonces, ¿creéis que debería arrojar esos pensamientos lejos?

—Está dispuesto a acudir a eventos sociales y no podemos negar que ha logrado sobrevivir casi tres meses conviviendo contigo. Eso dice mucho de un caballero —argumentó Heather con sensatez. También quería creer que era verdad.

Las tres se rieron.

—Está bien, tenéis razón. Quizá son solo fantasmas en mi cabeza.

—Además, cualquier persona presente anoche en la fiesta podría declarar que sois una pareja enamorada. La forma en que bailasteis, cómo te buscaba con la mirada por la sala, cómo se lanzó para salvarte de Elisabeth… Sin duda, un hombre de los que pocos quedan —aseguró Heather adelantándose a las ganas de Susan de responder. Esperaba tener ocasión de hablar con su marido sobre lo ocurrido para infundir valor en su cuñado y que le dejara claras las cosas a Violet.

A continuación, Violet compartió con ellas un tema muy delicado que sorprendió a las presentes. Algo que había decidido. Fue una conversación complicada y larga. Luego trataron de reconducir la conversación para aligerar el ambiente.

El resto del día las hermanas Cavendish compartieron confidencias sobre sus nuevas vidas de casadas y todo aquello que pudieron rescatar de la mente para hacer que su hermana se olvidara de su pesar. Por mucho que intentaron animarla, su mente regresaba una y otra vez a su última conversación con su marido y la culpa crecía cada vez más.

Se despidió de ellas cuando sendos carruajes llegaron para recogerlas y las tres emprendieron su camino de regreso a casa con sus esposos. Mientras tanto, Violet se quedó allí, esperando.

Su marido se había marchado temprano al campo y todavía no lo había oído regresar, así que le esperó durante un rato en el jardín, recogiendo unas flores. Pero tampoco llegaba. Eso le recordó al inicio de su matrimonio, cuando él se ausentaba durante horas sin explicación. Analizó su comportamiento y no encontró nada que diera pie a que se ausentara del hogar. Por ello, emprendió el camino a casa con la cesta llena de flores bajo el brazo, no sin antes limpiar

sus rodillas llenas de tierra.

Atravesó la entrada y se dirigió a la cocina para poder coger un poco de agua y colocar las flores en un jarrón. Alegrarían mucho la sala de estar en la que pasaba tantas horas del día. Sin embargo, cuando estaba atravesando el pasillo, escuchó dos voces provenientes del despacho de su esposo. Los largos años conviviendo con sus hermanas le habían otorgado habilidades para escuchar más allá de la puerta y, aunque sabía que estaba mal espiar a su esposo, lo hizo.

—No pensé que llegaría tan pronto —dijo su marido con la voz triste—. Apenas han pasado tres meses.

—Bien sabe que es más tiempo del que hemos pasado en tierra en los últimos cuatro años. Capitán, esta es la oportunidad que habíamos estado esperando.

—¿Seguro que la propuesta viene avalada? —preguntó Malcolm para asegurarse de lo que su primer oficial le estaba contando.

—Por supuesto, las instrucciones llegan del propio gobernador y él indica que ha sido el propio rey Guillermo. Se trata de una expedición hacia la India para la importación de algodón de alta calidad. Requieren de una tripulación experimentada, puesto que la manipulación de este material es delicada, y han pedido a los mejores.

—¿Cuándo comenzaría?

Violet se quedó sin aliento. Se puso la mano en el pecho para tratar de acallar el dolor que empezaba a sentir. ¿Malcolm se iba de expedición? ¿Habría oído mal?

—En apenas unos días. Los hombres estarán listos en menos de dos días y tendríamos el navío preparado antes de tiempo. Cuando nos demos cuenta, estaremos levando anclas y surcando de nuevo los mares.

—Lo comprendo —añadió Malcolm bajando el tono de voz.

—Sin duda, la suma que han ofrecido permitirá a nuestras familias vivir de forma holgada durante varios años, capitán. Es el sueño del Liberty. Nuestro sueño.

Violet no quiso escuchar más, pues no estaba segura de que su corazón resistiera la respuesta que su marido tenía que dar. Siguió su camino hacia la cocina, sujetándose el pecho con la mano. Sin embargo, no fue su corazón quién salió, sino que fueron sus lágrimas las que desbordaron su alma, evidenciando lo que ella ya sabía desde hacía tiempo.

Había llegado el momento que había temido.

Capítulo 23

Sentados en la mesa a cenar, Violet y Malcolm notaban que el ánimo no los acompañaba y ambos se sentían culpables por no hacer disfrutar al otro de una conversación animada.

—Me ha comentado el ama de llaves que han estado aquí tus hermanas. Es una lástima que no hayamos podido coincidir.

—Sí, Heather, Susan y Bella han venido para saber cómo me encontraba después de mi nefasto encuentro con Elisabeth.

—Me parece perfecto que le hayas contado todo a tus hermanas, y cuantas más personas de vuestro círculo sepan sobre los detalles de su comportamiento, mejor.

«Vuestro círculo» no «nuestro círculo». A veces una simple elección de palabras podía herir mucho a un corazón que estaba viviendo por primera vez la intensidad del amor. Ella intentó acallar el extraño temblor de su cuerpo. ¿Era su comentario significativo o era ella quien estaba sacando de quicio las cosas?

—Si te apetece, podríamos invitar a tus hermanas y a sus respectivos esposos a cenar.

—Sería maravilloso, sí.

—Todavía me resulta irónica la idea de que mis mejores amigos sean justamente los esposos de tus hermanas. Es una gran coincidencia.

Violet asintió, pensativa y dijo con un ligero tono de voz:

—El destino es caprichoso. Sin duda.

—Me encantaría conocerlas más. Lo cierto es que las pocas veces en las que hemos coincidido no hemos charlado en profundidad.

—Es posible que encuentres su compañía… demasiado estimulante.

—¿Qué quieres decir?

—Las hermanas Cavendish somos… intensas. De hecho, todavía no comprendemos cómo nuestro padre ha permanecido cuerdo por tantos años en nuestra compañía.

—Me temo que formo parte de una familia muy diferente —respondió él entre risas. Aunque apenas había dedicado tiempo a conocer a sus cuñadas, estaba deseoso de hacerlo; así podría conocer mejor el vínculo que las unía. Su decisión de quedarse en tierra firme sin duda le ayudaría a ello. No había motivo para compartir la visita de Robbins con su esposa, puesto que no iba a seguir ese camino. Sí, sería lo mejor.

—Disculpa, esposo, pero estás acostumbrado a una tripulación de bastantes más hombres. No me creo que la convivencia sea sencilla.

—Y no lo es. Desde luego que no.

Y así, compartiendo una simple conversación sobre la familia y habiendo nombrado a su tripulación, Violet se sintió molesta, pues su esposo parecía no querer compartir con ella la noticia de su inminente viaje. ¿Por qué no se lo mencionaba? Como su mujer tenía todo el derecho de conocer sus planes. Si iba a abandonarla, quería saberlo. Quería estar preparada.

La pareja compartió cada instante del día juntos. Violet había programado un listado de actividades prácticamente eterno que puso en más de un aprieto al marinero, pero que, para sorpresa de todos, arrancó más de una sonrisa de satisfacción.

Partidas de criquet, el té, lectura en voz alta, bailes privados… La sonrisa de su esposa y su dulce mirada embrujaba a Malcolm de una manera abrumadora. No existía nada más. ¿Cómo había permanecido tanto tiempo ciego a lo evidente? Se justificó diciéndose que era porque nunca antes había conocido el amor.

Y cuando llegó la noche, bajo el cobijo de las estrellas más brillantes que el marinero jamás había visto, ambos hicieron el amor como si fuera la primera vez. Dedicando un tiempo infinito a conocer sus cuerpos, a explorar cada pliegue, a sentir su tacto, a recordar sus aromas y disfrutar de cálidas caricias.

—Nunca ha existido, ni existirá, sirena capaz de embrujarme más que tú, Violet.

—Tú me atrajiste con un embrujo más poderoso, capitán. No puedo hacer otra cosa salvo pensar en ti.

—Te quiero, mi indomable lady Violet.

—Yo te quiero aún más.

Y entre declaraciones de amor y suspiros de alivio por los sentimientos correspondidos, los jóvenes amantes cayeron rendidos sobre la fina hierba, junto al lago.

A la mañana siguiente, ambos enamorados despertaron en el lecho de ella. Malcolm había tomado en brazos a su amada en mitad de la noche y la había llevado con cuidado hasta su cuarto para que ambos descansaran bajo techo. Aunque era verano, conocía perfectamente las desavenencias de dormir al aire libre, y no deseaba que su esposa cayera enferma debido al frescor de la mañana, combinado con la humedad del lago.

Cuando despertó, la observó en silencio. Debía de estar loco para haber considerado en alguna ocasión que su indomable esposa era poco apropiada. Nunca lo había pensado, en realidad, pero por desconocimiento la había tachado de curiosa, caprichosa e infantil. Mas, en ese instante, consideraba que eran cualidades que admiraba notablemente de ella. Amaba la necesidad que tenía de descubrir cada detalle de sus pensamientos, de sus planes y de sus deseos. Lo decidida que era para saber qué quería y cuándo lo quería. Y lo infantil que demostraba ser a veces cuando sus nervios la traicionaban en una conversación. Debajo de esa fiera se escondía una joven tierna, maravillosa y única que él había tenido la suerte de convertir en su esposa.

Quería hablar con ella y reiterarle los sentimientos que habían aflorado aquella noche de forma tan vívida. Era consciente de que llevaba semanas enamorado de Violet, y materializarlo en palabras había sobrecogido su corazón, pero saber que ella le correspondía, había sido la mayor de las dichas. Mucho más que el día que recibió el inmenso honor de tener su propio navío.

Esa misma noche, mientras hacían el amor, había tomado la decisión más complicada de su vida. Una que marcaría su destino: no volvería al mar. La amaba. Amaba a Violet con todo su ser y quería ser feliz a su lado. Dejar el mar era el precio que debía pagar, puesto que su sirena había perdido su cola muchos años atrás. Dejaría los galones de capitán por ella. Aunque la noticia del señor Robbins le había emocionado y estaba agradecido porque hubiesen pensado en

su tripulación y él para hacer ese trabajo, sintió que su etapa en alta mar había acabado, aunque eso supusiera dejar a sus hombres. Esperaba que algún día lo entendieran. Tendría que comunicarle su decisión a la tripulación.

—Buenos días, fierecilla —dijo él mientras depositaba delicados besos sobre el cuerpo desnudo de su esposa.

—Buenos días, capitán. ¿Ya es de día? —dijo ella girándose para estar frente a él.

Malcolm pensó que estaba preciosa.

—Hace ya algunas horas que el sol ha salido. No me parecía muy cortés por mi parte despertarte.

Violet miró de un lado a otro, extrañada por no encontrarse junto al lago. La calidez de las sábanas y de sus cuerpos le había permitido descansar plácidamente; debía estar agradecida con su esposo.

—¿Tienes que trabajar hoy temprano?

—Sí, y con todo el dolor de mi corazón, debería marcharme dentro de poco o los hombres me tacharán de ser un jefe poco cumplidor.

—De acuerdo. No queremos que eso sea así, ¿verdad?

—No, pero antes… Quiero decirte que anoche viví uno de los momentos más hermosos de mi vida, Violet. —dijo el capitán tocando con delicadeza el rostro de su esposa. Era tan hermosa.

—Es una confesión un poco empalagosa y poco apropiada para un hombre tan fornido como tú, ¿no crees?

—Eso no quita importancia al hecho de que sea verdad.

—Para mí también fue especial. Malcolm, quiero que sepas que tú has cambiado mi mundo, y te estoy tremendamente agradecida por ello. Antes pensaba que los bailes de salón, los vestidos nuevos y la temporada social eran lo más emocionante de mi vida. Aspiraba a un matrimonio de alta posición en el que sabía que el amor no tenía que estar presente necesariamente, aunque soñaba como una ilusa poseer ambas cosas. Contigo he descubierto lo que es el verdadero significado de ser querida. —Hizo una pausa para respirar—. De sacrificarse.

—¿Y acaso esa declaración no es recargada o empalagosa? —ironizó el capitán sintiéndose el hombre más dichoso.

No podía dejar de mirarla.

—Eso no quita importancia al hecho de que sea verdad —dijo ella repitiendo las palabras de él.

Ambos rieron y se abrazaron.

—Malcolm Williams, eres el mejor capitán y hombre que he conocido, y siempre te estaré agradecida por amarme.

—Siempre.

Dedicaron unos minutos más a intercambiar dulces besos y cálidos abrazos, y cuando empezaron a escuchar voces al otro lado del pasillo, el matrimonio se despidió para pasar el día.

—Malcolm, espera —dijo ella rápidamente, antes de que su esposo saliera de la habitación.

—Dime.

Él se detuvo y se giró para mirarla. Sus ojos conectaron y Violet volvió a perderse en ese azul que tanto amaba. Lo contempló en todo su esplendor, memorizando cada detalle de su persona. Omitiendo cómo el latido de su corazón marcaba un compás que haría que el mejor bailarín desfalleciera. Malcolm lo era todo para ella y, precisamente por eso, debía tomar esa

decisión.

—Nada, solo quería contemplar esos ojos antes de que te marcharas.

—No te preocupes, mi fierecilla indomable, en unas horas volveré a ti —dijo el caballero guiñando un ojo a su esposa mientras salía a paso acelerado de la habitación por si se arrepentía. Ella, respiró por primera vez sintiendo como su corazón lloraba desconsolado sin poder remediarlo.

Malcolm invirtió las siguientes seis horas del día en terminar de comprar y pedir prestada cierta maquinaria y utensilios que necesitaba para poder trabajar. Tenía un terreno cedido por el conde entre ambas propiedades para poder explotar a nivel agrícola. Sus ideas revolucionarias tenían previsto incrementar la producción en un veinte por ciento. Descontando los materiales, jornales y otros elementos requeridos, esperaba obtener un beneficio del dieciséis por ciento si el tiempo era bueno. Ese podría ser un fantástico arranque de temporada para su primer año en el condado. Si fuera así… esos pensamientos le llevaron a darse cuenta de algo: todos los planes de futuro que había hecho desde hacía semanas lo situaban con los pies en tierra. Intentaba vislumbrar su futuro, pero solo era capaz de ver esa propiedad, el lago y a Violet en él. No estaba el mar. Ese pensamiento y los sentimientos que había experimentado en las últimas horas solo corroboraban su decisión.

Pasadas las primeras horas comenzó a sentir el cansancio en el cuerpo. Sin embargo, nada tan extenuante como las largas horas de travesía en el mar. Muchas personas ajenas al mundo marítimo con las que había conversado consideraban la posición de capitán ventajosa y libre de cargas físicas. Y tal vez lo fuera. Pero no era la forma en la que Malcolm se comportaba en su barco. Más allá de los protocolos y el respeto que sus hombres tenían hacia él, el capitán había decidido trabajar como el que más. Se había prometido no olvidar nunca sus orígenes, por muy alto que le llevara su carrera naval. Nunca renegaría de su origen humilde.

Cuando acabaron de preparar todo cuanto tenían que hacer, Malcolm regresó a su casa, advirtiendo que la hora de la comida había pasado hacía ya mucho tiempo. Esperaba que su esposa no estuviera enfadada. Entró en la casa y todo estaba en calma. Una de las doncellas estaba llevando ropa de cama a la planta superior, otra estaba limpiando el polvo de los muebles del salón, la cocinera estaba descansando en el pasillo… Todo estaba como siempre.

Recorrió las distintas estancias de la casa en busca de su esposa. Quería compartir con ella la noticia de que por fin tendría un poco más de tiempo libre ahora que los arreglos de la propiedad habían finalizado, pero no estaba en la sala de estar. Tampoco en el comedor. Ni en el jardín. Ni en el patio delantero. No recordaba que le hubiera dicho que tenía recados que hacer en el pueblo, o que iba a visitar a alguna de sus hermanas o amigas. ¿Dónde se había metido?

Buscó a una de las doncellas para preguntarle por ella, pero ninguna de ellas dijo nada, solo agacharon la cabeza y siguieron su camino, disculpándose. ¿Cómo no iban a saber dónde estaba su esposa? Seguro que estaba en el dormitorio descansando, se dijo a sí mismo. Subió con rapidez las escaleras hasta llamar a la puerta de su esposa. No respondió. Esperó un poco y volvió a llamar. Otra vez sin respuesta. Abrió la puerta y no encontró a nadie.

Recorrió la habitación, y entonces la vio.

Una carta encima de la almohada.

Capítulo 24

¿Por qué había una carta encima de la almohada? En ese instante, Malcolm dejó de respirar. Se acercó lentamente hasta ella y vio su nombre escrito con una letra pulcra y cuidada en el sobre. Estaba dirigida a él. Necesitaba cogerla y ver lo que había escrito, mas todo su cuerpo le decía que algo malo ocurriría. ¿Dónde estaba su mujer?

Se armó de valentía y con cierto temblor en la mano derecha la tomó. La abrió con cuidado, rompiendo el lacre, y se dispuso a leerla, sabiendo que su corazón ya estaba roto antes de leer la primera palabra.

Mi muy querido Malcolm,

He comenzado decenas de veces esta carta, y el fuego es testigo de mis duros intentos, así que espero que esta sea la definitiva. No hay nada más duro para mí que plasmar mis sentimientos en papel, pues, como te habrás dado cuenta, prefiero vivirlos a retratarlos.

Malcolm, eres el mejor hombre que he conocido. Sin duda, el error que cometí al besarte al inicio de esta temporada ha sido la maldición más hermosa de todas, pues he podido vivir con plenitud el amor que solo el hombre indicado puede hacer sentir a una mujer.

Gracias a ti he crecido como persona y he logrado madurar y comprender que el mundo y la vida son algo más que frívolos eventos sociales y bailes. Que las personas son más que lo que nos muestra su apariencia y que no debemos juzgar a nadie sin conocerlo. Que un simple capitán de navío puede ser un rey, y una duquesa puede ser un ser despreciable.

Tú eres mi rey, Malcolm.

Y aunque creo que hemos sido felices juntos, también sé que te he robado la mayor felicidad de tu corazón. Antes de que yo llegara a tu vida, tenías una amante a la que deseabas por encima de todas las cosas. No tenía cuerpo de mujer, sino que era un todo en el que te mecías y al que deseabas por las noches. El mar. Nuestro matrimonio, te ha robado una parte importante de tu alma y sé que vivir en esta propiedad conmigo es el mayor sacrificio que has hecho en tu vida y que, en gran medida, nunca te sentirás completo. Y yo nunca dejaría de sentirme culpable si fuera tan egoísta como para privarte de la mayor felicidad que has tenido y que te ha permitido convertirte en el hombre que eres.

Tú eres el mar y el mar te ha hecho quien eres.

Por eso, con todo el dolor de mi corazón, quiero que aceptes la propuesta del rey. Quiero que te marches y vivas las aventuras que estás destinado a vivir, y que sigas creciendo como capitán y persona.

A lo largo de estas semanas te he observado. Cuando te quedabas absorto mirando el lago o conversando con tus hombres sé que había un hueco en tu corazón que yo jamás podré llenar. Solo soy un obstáculo para que te sientas completo. Por eso he decidido marcharme. Tú te quedaste conmigo y aceptaste nuestro matrimonio tras el escándalo, sacrificando tu vida en alta mar por mí. Ahora me toca a mí renunciar a mi corazón para que tú tengas la vida que siempre soñaste.

Te quiero, Malcolm Williams.

Por favor, no me odies, pues mi corazón siempre latirá por ti. Hasta el fin de los tiempos.

Con cariño,

Violet.

Malcolm no lo había apreciado, mas las lágrimas le impidieron leer con fluidez la carta de su esposa.

Se había marchado.

Lo había dejado.

¿Cuándo había tomado esa decisión? Apenas unas horas antes habían hecho el amor con pasión, intercambiando dulces palabras y expresiones de cariño. Un rayo de luz pareció cruzar su rostro y al fin vio las cosas con claridad. Mirándolo con perspectiva, algunas de las cosas que le había dicho Violet esa mañana tenían un tono de despedida oculto. Un tono que él, enamorado y ciego, no supo captar en ese instante. ¿Se estaba despidiendo de él?

Malcolm estaba furioso. Tremendamente triste. Ofuscado. Frustrado. Herido. ¿Cómo podía su esposa pensar que era un obstáculo en su vida? Ella lo era todo para él. No podía negar que había echado en falta el mar, ser capitán, a su tripulación… Llegar a tierras nuevas y descubrir nuevas culturas… Dejar que el mar los llevara a nuevos puertos… Pero a su lado había encontrado una nueva forma de vivir.

¿Acaso no había expresado su deseo de quedarse? No, no lo había hecho. Se había guardado para él esa decisión, esperando que sus actos lo dijeran todo. Aunque no había sido suficiente y ella se había ido.

Estaba seguro de que su esposa lo amaba, y por ello se sentía aún más dolido de que se hubiera alejado de él para permitirle alcanzar su sueño. ¿Qué haría él ahora que se habían encontrado? ¿Ahora que había descubierto que ella era su mundo?

Revisó los armarios de su dormitorio. Estaban vacíos, al igual que su tocador. No había ni rastro de ella. No parecía que se hubiera ido para pasar fuera una semana, sino que su presencia parecía haber sido borrada.

Se sentía destrozado.

En la carta no dejaba señas de su paradero, así que decidió dirigirse a casa de sus hermanas para averiguar si ellas conocían más detalles. Quizá estuviera incluso en su casa familiar.

Malcolm tomó el caballo y, sin esperar a que lo ensillaran, salió a la carrera hacia la residencia Cavendish. Tenía el corazón en un puño.

Trató de reprimir el gran dolor que sentía, pues, sin que ella pudiera ser testigo presencial, había destrozado su alma. Descubrir que la casa estaba vacía y que ella no lo esperaba era el mayor castigo que podía recibir.

No quería perderla. No estaba dispuesto a dejarla marchar.

Entró en la propiedad Cavendish y llamó con rapidez a la casa del conde. Él lo recibió y le informó de que no conocía el paradero de su hija. Sus palabras eran ciertas, pues no había pizca de mentira en su rostro. Incluso pareció molesto por el comportamiento de su hija y se comprometió a unirse a su búsqueda. Malcolm no quiso perder más tiempo, se despidió de su suegro y continuó la marcha hacia la casa de Heather y su buen amigo Alfred.

Al llegar allí pudo ver a sus cuñados sentados en el jardín, tomando el té. Cuando lo vieron llegar con prisas y no detenerse en las caballerizas sino bajar del caballo a apenas unos metros de ellos, pudieron comprobar que se trataba de algo serio. Por el semblante de su cuñado, Heather supo que había llegado el momento.

—Heather, ¿sabes dónde se encuentra mi esposa? —preguntó el capitán directamente a su cuñada, con la mirada triste. Alfred los miraba contrariado, paseando la mirada de uno a otro.

—¿De qué está hablando, Heather, querida?

—Tu rostro me indica que sabes qué está ocurriendo. Por favor, ten piedad de mí y dímelo —suplicó Malcolm poniéndose de rodillas delante de su cuñada y tomando sus manos entre las de él.

—Yo… yo… —dudó Heather. Era una mujer de buen corazón, y aunque le partía el alma ver tan desencajado al hombre que tenía a sus pies, no quería faltar a su palabra para con su hermana—. Malcolm, lo siento en el alma. Le prometí que no compartiría contigo…

—Por favor, necesito verla y desmentir algunas cosas que ella piensa. Por favor, no puedo perderla.

—Ella quiere que seas feliz, Malcolm. Quiere que regreses al mar y continúes con tu vida.

—Heather, ¿qué estás ocultando? —preguntó contrariado Alfred tratando de seguir la conversación. No tenía todos los detalles de lo que estaba ocurriendo, pero las palabras y el rostro de su amigo evidenciaban que estaba hundido—. Necesito saber qué está ocurriendo, ahora mismo.

—Mi esposa se ha marchado, Alfred —dijo el marinero entre lágrimas. Ese instante conmovió a Heather, quien empezó a sentir una tremenda culpa y un dolor enorme en el corazón. ¿Y si su hermana se había confundido? Aquel hombre parecía derrotado, demostrando una humildad y un amor irrefutables—. Violet se ha ido porque considera que no la antepondría al mar. Dice que quiere que siga con mi vida… sin ella.

—Heather, ¿es eso cierto? ¿Tú sabes dónde se encuentra?

—Sí… pero…

—Heather, te lo suplico. No puedo respirar si no estoy con ella. Te lo imploro, por favor, dímelo.

—Ella… escuchó tu conversación con el señor Robbins. No quiere que desperdicies la oportunidad que el rey os ha otorgado.

Fue en ese instante cuando algunas palabras de la carta cobraron sentido para él.

Heather rompió a llorar. Había pensado desde el principio que el plan de su hermana era una verdadera locura, que su vida sería muy infeliz si abandonaba a su marido. Lo que pretendía hacer era muy noble, aunque viviría en eterna desdicha desde entonces.

Su cuñado estaba pálido, descompuesto, con los ojos rojos de llorar y con la voz tomada por el dolor. Nunca había visto a un hombre en esas circunstancias. En el fondo, esperaba que no se tomara tan mal la idea de regresar al mar, pues, tal cual lo había mencionado Violet, era posible que incluso se alegrara de poder reunirse con su tripulación.

La joven rompió su promesa y compartió con su cuñado las señas del paradero de su hermana. Se encontraba en Worthing, un pequeño pueblo costero no muy lejos de donde residían unos tíos de su difunta madre. Había dispuesto pasar unos días allí antes de partir al norte.

Malcolm se sintió aliviado porque sabía que su esposa estaba bien y cuidada en casa de unos parientes. Sabía que podía ser un tanto alocada y su corazón no podría soportar que hubiera cometido una locura mayor.

Dio las gracias a sus cuñados y se quedó inmóvil. Incapaz de pensar con coherencia. Solo podía sentir la ligera brisa en su rostro. Sentir cómo su cuerpo no respondía a las indicaciones que trataba de darle. Jamás se había sentido bloqueado o paralizado de esa forma. Incapaz de seguir.

—Malcolm, lo siento de corazón. Violet no es mala persona, por favor, perdónala. Ella cree que está haciendo lo mejor para ti. Solo quiere que seas feliz.

—Lo sé —logró decir.

—Te quiere muchísimo —intervino Heather—. No puedes imaginarte lo mucho que lloró cuando nos lo dijo. Estaba destrozada, pero sabía que tú serías desdichado, y no quería que algún día sintieras que tu vida no había sido plena por haber abandonado tu barco y tu pasión.

«Ella te quiere muchísimo».

«Te quiere muchísimo».

«Te quiere».

Esas fueron las únicas palabras que retumbaron en su mente. Se zarandeaban en su corazón como las olas chocando contra el casco de su barco. Él se quedó pensativo, mirando a la nada, mientras su cuñado entraba en la casa para buscar unas bebidas fuertes y su cuñada lo custodiaba.

Pensó en lo que Violet le había ofrecido. Dios, no la odiaba. No podía hacerlo. Ella misma se lo había dicho, aunque no fuera capaz de entenderlo en ese instante. Esa mañana, en la cama, le había dicho que él se había sacrificado por ella al aceptar este matrimonio y dejar su vida atrás.

Sacrificio. Una curiosa palabra que debería haber despertado sus alertas, pero que parecía natural dada la conversación que habían mantenido. Ellos no habían empezado de la mejor manera, y es cierto que al principio la convivencia resultó complicada porque ambos eran muy diferentes.

Y ahora ella le estaba devolviendo el favor. Se estaba sacrificando por él.

¿Podría aceptar la oportunidad que le había brindado? ¿Renunciar a lo que habían construido juntos, a la felicidad que habían alcanzado, y regresar con su tripulación a explorar nuevos territorios? ¿Podría seguir con el camino que había iniciado tantos años atrás y olvidarse de todo?

Capítulo 25

Habían pasado diez días desde que dejó su casa. Diez días desde que abandonó a su esposo. Diez días desde que su corazón se rompió; desde que era solo un fantasma de lo que una vez fue. Diez días desde que su vida había perdido todo rumbo; desde que era la mujer más desdichada de la tierra.

Nunca, en toda su vida, había conocido lo que era el sacrificio. Nunca había tenido que trabajar, ni organizar o dirigir una casa en plenitud, ni gestionar una obra de caridad propia de las mujeres de su posición. Ni tampoco había sido una joven activa en la iglesia.

Su vida había estado llena de banalidades, caprichos, fiestas y cotilleos, y ahora todo eso había quedado atrás. No era la misma joven que había iniciado la temporada social ese año y sabía que, en gran medida, era gracias a Malcolm. Él le había ayudado a madurar, a comprenderse a sí misma, a mirar a los demás antes que a una misma y a ser responsable.

Tan responsable que había decidido entregar su corazón al primer monstruo marino que le había prometido en sueños que cuidaría de su capitán.

Le dolía en el alma que, el primer gran acto desinteresado que hacía fuera el que la destruyera como persona. Sentía un vacío tan grande en el alma, que no sabía si podría recuperarse algún día. Era tan desdichada que no había querido salir de casa de sus tíos desde su llegada. No estaba lista.

Ellos la habían acogido después de que llegara sin previo aviso y apenas les dio indicaciones de lo que había dejado atrás. Su tía había intentado hablar con ella en varias ocasiones, para poder darle su apoyo y tratar de comprender lo ocurrido. Sin embargo, Violet no quería hablar del tema. Su tía fue paciente y no la presionó, mas sabía que, en algún momento, tendría que saciar su curiosidad.

Le resultaba extraño no tener noticias de su padre o de sus hermanas, pero confiaba plenamente en Heather, Susan y Bella; sabía que no la traicionarían.

Apenas había podido conciliar el sueño desde que había tomado la decisión de marcharse. Escuchar a su marido y al señor Robbins hablar en su despacho fue devastador. Había sopesado todas las posibilidades, negado lo imposible, aceptado lo improbable… Había llorado amargamente en su habitación, pues la decisión que tenía que tomar no era sencilla y su alma se afligía con solo pensar en abandonarle. Pero sabía que, si no se marchaba, nunca le daría la oportunidad de ser libre. Él pertenecía al mar. Era un hombre libre y ella lo estaba domesticando en una jaula de cristal.

Esperaba que, con el tiempo, todo el dolor que sentía en su interior se fuera mitigando y la culpa se diluyera entre sus amargas lágrimas. Aunque una parte de ella, la que era honesta consigo misma, le decía que no. Que nunca olvidaría al marinero que le había dado tanta felicidad.

Habían pasado diez días y había imaginado un sinfín de posibilidades en su mente. Seguramente en ese momento Malcolm estaría recorriendo el océano Atlántico, rumbo a la India junto a sus hombres. Tardaría en llegar unos cuatro meses y medio según lo que Malcolm le había contado de su última visita. Esa era la vida que él siempre había querido. Su elección. Su futuro. No una casa, propiedades, esposa e insufribles compromisos sociales.

Echando la vista atrás se sentía tremendamente egoísta, pues en el tiempo que estuvieron

juntos él había hecho decenas de gestos que habían demostrado sacrificio. Cosas que le gustaban a ella, pero que él detestaba solo por seguir adelante con su matrimonio. Ahora había llegado su turno de permitirle ser feliz.

A la mañana del undécimo día, Violet se levantó de la cama y accedió a las exigentes peticiones de su tía de dar un paseo por la costa para airearse. Apenas había salido de su habitación y apreciaba lo viciado que estaba al aire de la misma. Apenas se podía respirar. Ella lo achacaba a la presión que sentía en el pecho, pero, en realidad, la habitación necesitaba ser ventilada.

Bajó a desayudar y luego salió junto a su tía a pasear por los alrededores de la propiedad. Rehuían a cualquier vecino o conocido de su tía que estuviera interesado en hacer preguntas que, teniendo en cuenta las dimensiones del pueblo, la presencia de una joven recién casada sin su esposo era, sin duda, lo más emocionante acontecido en semanas. Violet no quería hablar con nadie. En esa ocasión, compartió con su tía algunos detalles de su partida. Quería sincerarse porque no podía seguir guardando tanta presión.

Su tía no actuó como esperaba. Pensaba que, al igual que su padre haría si estuviera delante, la reprendería por su acción y por la censura que eso traería para la familia. En su caso, ella le abrazó y le dejó llorar desconsolada en sus brazos.

—Violet, querida. Ojalá tu amada madre estuviera aquí para poder decirte unas palabras de aliento. Puede que no sea la mejor persona para ello, aunque te agradezco que pensaras en nosotros para buscar refugio. Te queremos. Os queremos a todas, y aunque tu madre ya no esté aquí sabéis que podéis contar con nosotros.

—Gracias, tía Anne. Gracias por acogerme.

—Es evidente que sufres con tu decisión y eso me lleva a preguntarte: ¿crees que hiciste lo correcto?

—No lo sé, tía. Yo solo quiero que él sea feliz. Y desde el primer instante en que nuestra relación se tornó en amor supe que, en algún momento, él se marcharía. Porque él es capitán, y su vida y su corazón están abordo de su barco. Y sé que, si yo le hubiera dicho que se quedara, él habría renunciado a todo por quedarse en casa conmigo. Sin embargo, con los años, habría crecido un vacío en él. Y yo no podría vivir sabiendo que le robé esa parte de su vida.

—Es muy noble, querida. Pero ¿eso te hace feliz?

—No importa si soy o no feliz, tía Anne. Lo que importa es que él lo sea.

—Sí que importa, Violet —dijo una voz masculina justo detrás de ella. Ambas mujeres se detuvieron ante aquellas palabras y Violet sintió cómo su cuerpo se paralizaba.

La reconocía. Por supuesto que lo hacía.

—Es imposible… es… no es po-posible… —tartamudeó mientras se daba la vuelta poco a poco hasta enfrentarlo. Su tía, que se había volteado más rápidamente, sospechó que el caballero que se encontraba frente a ellos era el famoso Malcolm Williams del que habían estado hablando—. Tú… deberías estar en alta mar.

—Si me disculpáis, creo que acudiré al… al salón del pueblo a… Sí, me iré —se excusó como pudo la tía Anne para dejar a la joven pareja a solas.

Violet miraba a Malcolm. Pensó que estaba completamente desmejorado y con una cara que mezclaba ilusión y tristeza.

—¿Cómo me has encontrado?

—Heather. No la culpes a ella. Insistí demasiado.

Malcolm no pudo reprimir las ganas y se acercó corriendo a abrazar a su esposa. Ella estrechó con fuerza su cuerpo, como si hubiera pasado una vida o dos desde su último abrazo.

—Me alegro tantísimo de que estés bien, Violet.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella rompiendo su abrazo. No había esperado tener que enfrentarse a su marido, pero tenía que armarse de valor—. Se supone que deberías estar en un barco, en mitad del océano.

—Si por mi tozuda mujer se tratase, así sería. Pero no pude embarcar, ni por un segundo.

—No lo entiendo. Dios mío, debes de odiarme profundamente.

—Pensé en hacerlo, y Dios es testigo de ello. Mas necesitaba hablar contigo y aclarar algunas de las cosas que escribiste en la carta.

—No me lo puedo creer. Estás aquí… —la joven no podía dar crédito. ¿Acaso aquello era una ilusión fruto de sus días de encierro?

—Violet, escúchame. Es cierto que me ofrecieron una gran oportunidad. Sin duda, para un capitán de navío como yo, sin título ni vínculos sociales, era una misión envuelta en un lazo dorado. Perfecta para consolidar mi carrera y ganarme el favor del rey. Habría permitido que mis hombres vivieran de forma holgada durante años junto a sus familias y a mí… me habría ofrecido otra posibilidad de regresar al mar.

—A donde perteneces, Malcolm.

—¡No! Yo pertenezco aquí —corrigió el capitán tomando las manos de ella entre las suyas y llevándoselas al pecho de su esposa—. Soy tuyo. Eternamente tuyo, Violet. Nunca pensé en embarcar, y así se lo dije a Robbins. No podía estar lejos de ti. Siendo sincero estos tres meses a tu lado han sido los más intensos, confusos y difíciles de mi vida. —Esa elección de palabras opacó la mirada brillante y llorosa de su esposa—. Pero también han sido los más maravillosos, vibrantes y tiernos. Violet, conocerte ha sido la aventura más trepidante que he vivido.

—Pensé que deseabas regresar al mar. Que nuestro vínculo y la obligación que suponía te limitaría. Que no te permitiría ser quien eres. Durante estos meses has sacrificado tanto por mí, que me moría solo de saber que nunca llegarías a ser quien verdaderamente eres. Había tanta ilusión en tu mirada cuando hablabas de tus expediciones, tanta familiaridad cuando conversabas con tus hombres y con el capitán Norton… Sentí que te estaba robando tu esencia. Tu libertad. —Una lágrima rodó por su mejilla.

—Oh, Violet —empezó a decir Malcolm, agradecido por compartir su vida con una mujer así. Acercó una de sus manos hasta el rostro de su esposa para secar sus lágrimas—. Te quiero. Te quiero por encima de todas las cosas. Te quise incluso antes de hablar contigo en la boda de tu hermana. Me impresionó tu energía y tu vitalidad, la forma tan extrovertida con la que bailabas y te relacionabas con la gente, el movimiento de tus caderas, tu sonrisa… Me obsesioné contigo durante los meses siguientes en los que estuve embarcado y tu mirada era mi compañera cada noche.

»Te quise incluso antes de que nos obligaran a casarnos. Te quise en cada discusión. En cada capricho. En cada momento de intimidad. Te quise más incluso tras leer la carta, aunque mi corazón no lo entendiera. Por lo que estabas renunciando por mí. Y te quiero ahora.

Ese fue el momento. Ese fue el instante preciso en el que Malcolm aprovechó la valentía líquida que había tomado de sus amigos antes de partir para confesar sus sentimientos a su esposa. Algo que debería haber hecho hacía semanas y que habría evitado estos días de desesperación.

—Tú eres el único barco en el que quiero estar, Violet. El único mar en el que quiero navegar. Y la única vela que quiero que me impulse. Quiero que lleves el timón de mi corazón. Que seas el norte de mi destino. Y que juntos navegaremos donde el destino nos quiera llevar.

—¿Acaso esto es un sueño, Malcolm? —preguntó, sintiéndose bendecida. No era digna de aquel hombre—. Dime que no estoy alucinando. Te vi en sueños cada noche antes de reencontrarnos en casa de la duquesa. Rechacé a cada hombre por ti sin saberlo. Deseé nuestro primer beso, aunque te odié por comportarte de manera ruda y prepotente. Te amé sin reparo por cada gesto que tenías hacia mí. Por cada baile al que venías, por cada discusión que reprimías y por cada una que incentivabas. Mi corazón nunca se sintió tan rebosante como cuando estaba contigo, y nunca se rompió tanto como cuando te dejé. Eres toda mi vida, Malcolm Williams. Siento mucho si te hice daño con mi decisión. Creí que era lo correcto, que era lo mejor para ti.

—Y lo comprendí. Mi corazón vio tu gesto, aunque al principio no lo aceptara, pues solo deseaba regresar a tu lado. Siempre lo ha hecho.

La joven pareja se fundió en un cálido abrazo mientras los labios de él depositaban besos en la frente de su esposa. Ella fue la primera en separarse para enfrentar la mirada a su esposo. Deseaba perderse en ese azul que tanto había añorado. La tristeza que había visto minutos antes se había transformado en pasión, agradecimiento y devoción. Ese hombre era un regalo que no merecía en la vida.

—Te amo tanto, Malcolm.

—¿Aunque no tenga título ni una propiedad extensa?

—He estado pensando que… ¿para qué sirve un título? ¿Y una casa grande? Soy muy feliz con nuestra casa, el lago que tanto amor ha visto, con nuestro pequeño jardín y nuestro sencillo carruaje. Nada más es necesario. Solo estar juntos. No pude estar más equivocada todos estos años.

—Entonces, ¿qué debemos hacer ahora? Porque, al parecer, yo no puedo vivir sin ti y tú tampoco sin mí.

Allí estaba. Esa sonrisa retadora que había enamorado a la joven. Se deleitó en ella y dejó que su mente vagara en el mundo de las ilusiones hasta que una idea cruzó su mente. Era algo imposible, improbable y una completa locura. Como era ella. Pero, sin duda, sería una insensatez que podrían vivir juntos.

—Se me ha ocurrido una posibilidad que nos hará felices a los dos.

—¿Y cuál es, mi indomable Violet?

—Una en la que voy a desafiar las creencias en alta mar.

Epílogo

2 meses más tarde

Bella todavía no podía creer que la vida de su hermana hubiera cambiado tanto en poco menos de medio año. Habían empezado la temporada con el deseo de contraer un matrimonio ventajoso con el soltero más cotizado, el que ostentara el título más honorable y la fortuna más escandalosa. Sin embargo, Violet se comprometió con un total desconocido, sin posición, y, por si fuera poco, con el corazón puesto en un barco en alta mar.

Por eso mismo, le llamaba la atención ser testigo de este momento tan anodino. Susan, Heather, Charlotte y ella misma, estaban junto a su padre, contemplando cómo su hermana e hija embarcaba en el Liberty, el barco donde Malcolm Williams era capitán. Una travesía de cuatro, o tal vez cinco meses.

La joven lucía un traje ligero, muy apropiado para el viaje, y un sombrero para proteger su rostro del sol. Bella pensaba que aquella era una disparatada idea, pero Violet estaba convencida de querer recorrer el mundo con su marido. Les dijo que quería comprender la pasión de su esposo, y que había quedado tan desencantada de la sociedad que una aventura podría ser excitante para ambos.

—No se preocupe, joven. Su hermana está en las mejores manos —dijo una voz, justo detrás de Bella. Ella dio un respingo y se giró para conocer al dueño de tan profunda voz—. Disculpe, he sido un grosero. Mi nombre es James Johnson, el gobernador —se presentó él con tono prepotente, tratando de llamar la atención de la joven a la que había visto desde el mismo instante en que llegó a puerto. A continuación, añadió tratando de provocarla—: Soy de la opinión de que una mujer no es la mejor compañía para una expedición en barco. La mayoría son demasiado delicadas para soportar la travesía.

—¿Y acaso usted ha tenido la valentía de subirse a uno? —lo retó ella. No se dejaría amedrentar por ese joven—. No me cabe la menor duda de que mi hermana disfrutará del viaje, gobernador. No es una muñeca frágil. Es una mujer de armas tomar.

—Tiene las aptitudes de su hermana en alta estima —añadió él dándose por satisfecho al haber logrado la reacción deseada, pues la joven parecía vibrar de enfado.

—Quizá es que infravaloro la de la tripulación. No sé si serán capaces de llegar a destino sin haberse tirado antes por la borda.

Él sonrió de forma divertida ante el comentario. Bella encontró seductora esa sonrisa, así como el impoluto traje del gobernador, su pelo castaño perfectamente peinado, su afeitado apurado, su cuerpo fuerte, sus ojos castaños tan oscuros como la noche y la forma en la que todo su cuerpo irradiaba seguridad y confianza.

—Solo el tiempo lo dirá, jovencita.

—Para usted soy la señorita Isabella Cavendish.

—No tema, no olvidaré su nombre.

Nota de autora

“La indomable Lady Violet” ha sido una aventura trepidante llena de parones creativos, momentos de euforia, plenitud y alegría. Espero que la hayas disfrutado y que te hayas dejado llevar por el poder del océano.

Si te ha gustado la obra me encantaría que pudieras dejar una reseña en la página de Amazon. Esto me ayudaría a llegar a nuevos lectores y seguir creando nuevas historias para vosotras.

A continuación, te proporciono un código QR o el enlace a la web. Solo con escanearlo con tu móvil o entrando directamente en la página de producto de Amazon podrás dejar tu valoración. Te lo agradezco infinito.

Mis redes sociales:
Instagram @littleredread
Twitter @littleredread
Facebook: Little Red
Página web: www.patriciagarciaferrer.com

REGALO PARA TI.

Si te unes a mi newsletter recibirás 2 capítulos gratis de "La inocencia de Lady Charlotte"

Quiero unirme

Otras publicaciones

Cartas a Middleton (Middleton #1)

La trilogía que ha cautivado a miles de lectoras en todo el mundo.

Comienza la temporada social en Middleton y todas las miradas están puestas en Margaret Westworth, una de las solteras más codiciadas del condado. Después de años de bailes, de ser objeto de rumores entre los habitantes del condado y de rechazar a pretendientes muy bien posicionados, su familia ha perdido la esperanza. Lo que la mayoría de los vecinos de Middleton desconocen es que, posiblemente, sea la única joven que no esté deseando casarse y formar una familia. Al menos, eso piensa Margaret hasta que el caballero William Bright se cruza en su camino.

William Bright reúne todas las cualidades que Margaret detesta en un hombre: es pretencioso, engreído y mujeriego. Aún así, desde el primer instante en que se ven, Margaret queda atrapada en la red de los enigmáticos ojos de Bright, lo que le llevará a vivir un romance apasionado y provocará que dude entre lo que su mente le indica que está bien y lo que su cuerpo anhela.

ENLACE DE COMPRA DIGITAL

La rosa de Middleton (Middleton #2)

Grace Westworth ha disfrutado toda una vida libre de preocupaciones y sin responsabilidades hasta que su hermana mayor, Margaret, contrae matrimonio, convirtiéndola así en la soltera de oro de la temporada. Grace posee dos de las cualidades admirables en una joven de la sociedad: belleza y fortuna. Por supuesto, está dispuesta a aceptar las atenciones de un buen caballero, soñando con vivir un romance intenso como los que tantas veces ha leído en sus novelas. Un romance que le haga perder la razón por completo.

El destino será caprichoso y Grace pronto descubrirá que el amor no es tan sencillo de alcanzar y que, al mismo tiempo, puede encontrarse en el momento menos preciso con la persona menos oportuna.

¿Serán capaces ambos de dejar atrás los demonios de su pasado para permitirse vivir lo que realmente sienten?

ENLACE DE COMPRA DIGITAL

Escándalo en Middleton (Middleton #3)

La luz vuelve a brillar en los ojos de Rose Westworth con el regreso de la temporada social a Middleton y, con ella, la posibilidad de encontrar un buen marido. Rose siempre ha soñado con encontrar a un hombre que le haga vibrar de emoción. Sin embargo, los pensamientos de la joven se verán muy distraídos tras una inesperada noticia en su ámbito familiar.

Rose nunca se ha interesado por los negocios hasta que Frank Muller, el nuevo socio de su padre, aparece juzgando su despreocupado estilo de vida. Rose hará todo lo que esté en su mano para demostrar al mundo que Frank no es un hombre perfecto al mismo tiempo que intenta por todos los medios no caer rendida a sus pies.

Dos polos opuestos que chocarán una y otra vez para vivir una apasionante historia llena de pasión, tensión y muchos, muchos rumores.

ENLACE DE COMPRA DIGITAL

Te robaré el corazón

¿Qué ocurriría si tu destino y tu felicidad dependieran de tu mayor rival?

Gwendoline Williams, la heredera de un adinerado marino retirado, tiene que sobrevivir a los constantes intentos de su madre de encontrar un pretendiente para ella mientras Londres busca sin descanso a un escurridizo ladrón que desvalija las fortunas de las familias pudientes y que ha trabajo con impunidad durante años.

Gabriel Wood es todo lo que Gwendoline no espera encontrar en el amor pero justo lo que necesita para que su corazón comience a arder con intensidad. Un reto, un placer oculto. Y un ladrón experto.

Un amor que traspasa las fronteras de la rivalidad hasta llegar al puerto.

ENLACE DE COMPRA DIGITAL

La inocencia de Lady Charlotte (Serie Cavendish #1)

Lady Charlotte Cavendish está decidida a empezar una nueva vida lejos de las obligaciones asociadas a su título y a un matrimonio concertado que nunca deseó hasta que un accidente a caballo trunca sus planes de huida. ¿O tal vez no? Charlotte será rescatada por un joven jinete que le ofrecerá la oportunidad de vivir en la propiedad del duque de Wellington.

Alejada de su familia, y desprovista de cualquier habilidad para trabajar en el campo, la joven tendrá que esforzarse para encontrar su sitio y a sí misma en ese nuevo mundo mientras descubre el poder de la amistad, los sentimientos y la pasión ardiente por primera vez.

Una carrera a caballo será el pistoletazo de salida de una inesperada y apasionante aventura para Charlotte.

ENLACE DE COMPRA DIGITAL

La picardía de Lady Susan (Serie Cavendish #2)

Susan Cavendish encarna todas las cualidades reprochables en una dama: es insolente, imprudente, impulsiva, caprichosa… Y todo aquello que una suegra no desea para el bienestar de su hijo. Sin embargo, y por encima de todas las cosas, es decidida y está comprometida. Comprometida a que esta sea la mejor de las temporadas sociales para ella.

Susan no desea un matrimonio por conveniencia; ni un título. Ella busca otro tipo de entretenimientos más placenteros en su futuro esposo, y estará dispuesta a todo para descubrir lo que se esconde tras la palabra pasión, aunque eso suponga aceptar una peculiar propuesta.

Benjamin Collins tiene un temperamento que desespera a Susan; unos ojos de color verde esmeralda que la atrapan y seducen; y una gran predisposición a satisfacer su curiosidad. ¿Cómo podrá mantenerse alejada cuando reconozca que solo él está presente en sus sueños?

Juntos caerán en un juego de pasión, deseo y satisfacción que los llevará a convertir su enemistad en una emocionante historia de amor, llena de secretos y encuentros furtivos y apasionados.

ENLACE DE COMPRA EN DIGITAL

El encanto de Lady Heather (Serie Cavendish #3)

Heather Cavendish es una persona tímida. Una virtuosa del piano con tendencia al aislamiento social, pero, ante todo, es una joven encantadora que ha renunciado a la idea de ser feliz. Enamorada desde la infancia de Alfred York, el mejor amigo de su hermana Susan y heredero al título de duque, ha vivido durante toda su vida bajo la sombra de sus hermanas, con pocas pretensiones y el sentimiento de que nunca podrá llegar a alcanzar la plenitud puesto que no conseguirá casarse con el dueño de su corazón.

Alfred, por otro lado, es un joven inteligente, introvertido y abnegado hijo que hará todo lo posible para demostrarle a la joven Cavendish que su corazón le pertenece, aunque eso suponga lidiar con los deseos de su propia madre y el camino que esta tiene trazado para él.

Sin embargo, el destino tiene formas curiosas de jugar con el corazón de dos enamorados y Heather pronto descubrirá que su determinación de no casarse puede verse truncada cuando los sentimientos de Alfred y los suyos estallen.

¿Podrá el amor luchar contra las adversidades sociales y la timidez? ¿Podrán estos dos enamorados vivir al fin su tierno romance?

ENLACE DE COMPRA EN DIGITAL

Una promesa a medianoche

Rosalind tenía todo preparado para su velada especial de Nochebuena con amigos y parientes de la alta sociedad hasta que su padre incluyó a unos invitados a última hora. Un misterioso caballero bajo una máscara, un baile seductor y apenas unas palabras son suficientes para remover profundos sentimientos en la joven.

El futuro duque de Dorset acude a la residencia de su futuro socio con el objetivo de cerrar un negocio sin saber que su corazón quedará atrapado por unos ojos color miel y un dulce aroma a esperanza y amor.

¿Podrá una promesa Navideña otorgarles aquello que más desean sus corazones?

ENLACE DE COMPRA EN DIGITAL